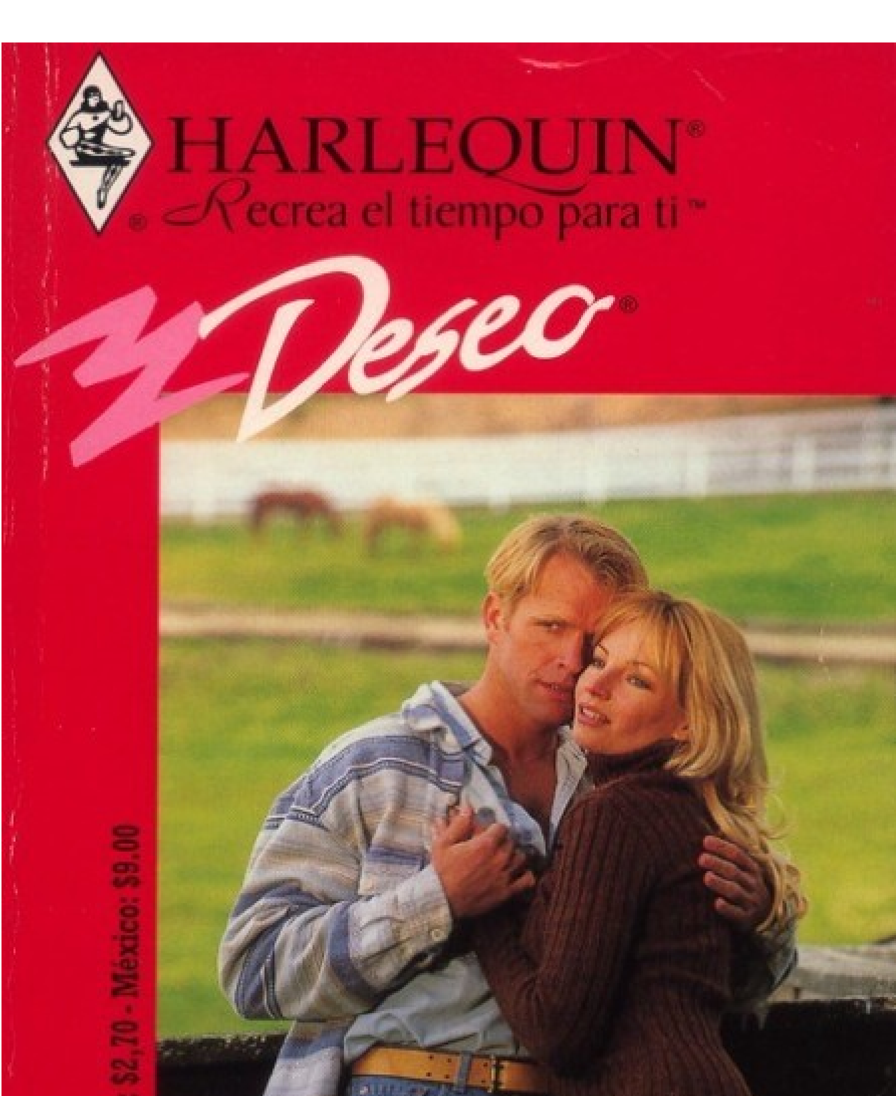


Deseo

350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

A MI LADO

Cathie Linz


HARLEQUIN®
Recrea el tiempo para ti™
Deseo®
350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00
A MI LADO
Cathie Linz

A MI LADO

CATHIE LINZ

A mi lado (1998)
Serie: 3º Janos
Título Original: Abbie and the cowboy ()
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 788
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dylan Janos y Abigail "Abbie" Turner

Argumento:

Dylan Janos no tenía ninguna intención de casarse. Cuando raptó a Abbie Turner, simplemente estaba reviviendo una romántica tradición gitana. Lo único que deseaba era poderse llevar consigo recuerdos cargados de erotismo cuando se marchara. Y se marcharía. Siempre lo hacía...

Abbie sabía que Dylan no hablaba en serio de boda. Le interesaba tan poco sentar cabeza... como a ella enamorarse de un vaquero que se dedicaba a participar en rodeos.

Así que, ¿por qué no saltarse la boda y empezar la luna de miel sin más preámbulos?

RESUMEN

Dylan Janos no tenía ninguna intención de casarse. Cuando raptó a Abbie Turner, simplemente estaba reviviendo una romántica tradición gitana. Lo único que deseaba era poderse llevar consigo recuerdos cargados de erotismo cuando se marchara. Y se marcharía. Siempre lo hacía...

Abbie sabía que Dylan no hablaba en serio de boda. Le interesaba tan poco sentar la cabeza... como a ella enamorarse de un vaquero que se dedicaba a participar en rodeos.

Así que, ¿por qué no saltarse la boda... y empezar la luna de miel sin más preámbulos?

Capítulo Uno

-¡So! ¡So! -gritó Abigail Turner, mientras tiraba con fuerza de las riendas de Salvaje la enloquecida yegua sobre la que iba montada, tratando de que no entrara en el bosque que empezaba a poca distancia de ellos.

El animal seguía corriendo y se iban aproximando cada vez más al bosque. Cada árbol le parecía igual al anterior, y se le asemejaba más a la peligrosa barrera en que se convertiría en caso de chocar contra ellos. Su ramaje tupido y espeso creaba una impenetrable fortaleza. Abigail sabía muy bien que no había ningún camino trazado entre aquellos árboles.

También sabía que había una familia de perros salvajes poco antes de la entrada del bosque que habían dejado el terreno sembrado de agujeros, agujeros que podían partir las patas de una yegua desprevenida. Si no conseguía desviarla, Salvaje y el a perecerían sin remedio.

-¡So! ¡So!

El viento hizo que le empezaran a escocer los ojos al inclinarse sobre una de las orejas de la yegua para instarla con urgencia a detenerse, sin obtener ningún tipo de reacción positiva por parte del animal.

Desesperada, Abigail tiró de las riendas con fuerza, tratando de dirigir a la yegua hacia la derecha, sin ninguna fortuna. Era una buena amazona y estaba tratando de detener a Salvaje poniéndose casi de pie sobre los estribos cuando oyó un ruido aún más atronador que el de los latidos de su propio corazón y el trote de su yegua.

Por el rabillo de sus ojos llorosos vio a un hombre, cabalgando como si le persiguiera el mismísimo satanás, sobre un enorme caballo indio moteado.

-¡Suelta las riendas! -le gritó- ¡y saca los pies de los estribos!

No había tiempo para discutir, así que hizo lo que le pedía. Un segundo más tarde el desconocido la levantaba del caballo y la subía al suyo, mientras ambos animales cabalgaban a la par.

Sintió como se golpeaba el muslo contra la silla del desconocido, que la había colocado delante de él y la apretaba contra sí con una mano, mientras con la otra sujetaba las riendas del caballo. Abigail se aferró con ambas manos a su cintura, como si en ello se le fuera la vida.

En el cambio de un caballo al otro había perdido la cinta que le sujetaba sus largos y ondulados cabellos y el viento hacía que le taparan la cara... y que tampoco dejaran ver a su desconocido salvador. No veía nada... pero no se atrevía a soltarse una mano para apartarse el maldito pelo del rostro.

Le sintió moverse, cambiar las riendas a la mano con que hasta

entonces le había estado apretando contra él. Segundos más tarde, el cabalo, respondiendo a los movimientos de los talones de su dueño viró hacia un prado.

Hasta que no estuvieron casi parados, Abigail no se dio cuenta de que el desconocido tenía las riendas de Salvaje en sus manos fuertes y bronceadas. No pudo evitar respirar con alivio.

-No te vayas a desmayar encima de mí -le susurró la voz masculina al oído.

Abigail se puso muy rígida al notar una cierta irritación en su tono de voz. Además ahora que ya había pasado el peligro se empezaba a dar cuenta de que su muslo estaba demasiado cerca de una parte muy íntima de la anatomía masculina. Pudo sentir cada flexión de los músculos de aquel hombre, al hacer detenerse a su caballo.

Mantuvo las riendas de la yegua en las manos hasta que se detuvo tras de él. Se la veía muy cansada, pero no parecía herida.

El desconocido se echó un poco hacia atrás el sombrero con el pulgar derecho y la miró. Abbie se apartó el pelo de la cara y trató de mirarlo, pero aunque se había apartado el sombrero un poco de la cara, todavía le hacía bastante sombra como para que lo único que pudiera percibir fuera que tenía los ojos negros.

-¿Le importaría decirme por qué iba corriendo como una loca en aquella dirección? -le preguntó con una manera de hablar lenta y cansina que delataba su procedencia del oeste así como el modo de expresarse de los fuera de la ley. Era brusco y suave, tosco y sexy a la vez. No era un modo de hablar que se pudiera aprender, sino que se nacía con él y el a lo sabía muy bien ya que era una famosa autora de novelas románticas del oeste.

Aquel tipo de hombres eran su especialidad, tanto en la ficción como en la vida real.

Siempre había sentido debilidad por los vaqueros.

Pero tras tres relaciones fallidas, había jurado no volver a salir con aquel tipo de hombres y mantenerlos en los confines de sus populares libros. Las cosas le iban mejor desde entonces.

-No iba como una loca —se apresuró a responder-. Mi caballo empezó a correr de repente y...

-Escuche señorita, será mejor que monte en un caballo más dócil hasta que tenga más experiencia...

-¡Soy una buena amazona!

-Tal vez sí en un granero vacío o en un establo, pero no aquí. Ha sido una suerte para usted que haya aparecido yo en el momento apropiado.

-Muchas gracias -le respondió con el mismo tono seco de voz que reservaba para los lectores de la biblioteca pública en la que trabajaba que le causaban problemas-. Ahora, si me lo permite, me gustaría

marcharme.

-No tan deprisa -le dijo, al tiempo que se echaba un poco hacia atrás para mirarla mejor-. ¿Qué estaba haciendo por ahí sola?

-Podría preguntarle lo mismo -le replicó-. Es propiedad privada -al darse cuenta de donde estaba mirando se puso una mano en el escote a pico de su jersey, preguntándose si se le vería algo.

-Así que propiedad privada -le dijo con una sonrisa picarona que le iluminó la cara-.

¿Quiere decir que no se puede pasar? -le preguntó deslizando el dedo por el rostro de Abbie, hasta la curva de su mandíbula.

-Eso mismo -se apresuró el a a responder.

-Bueno, ¿cómo se llama?

-¿Y usted?

-Dylan Janos, para lo que pueda necesitar, señora -le dijo, al tiempo que se levantaba un poco más el ala del sombrero.

-Bueno, señor Janos, ahora podría dejarme marchar. Me gustaría ver qué tal está mi yegua. Algo le hizo echar a correr como si la persiguiera el mismísimo diablo...

-Tal vez viera una serpiente, o algo parecido.

-Salvaje está demasiado bien entrenada como para que le asuste una serpiente, a no ser que la pise y no ha sido el caso.

-¿Salvaje? -repitió Dylan-. ¿Cómo puede atreverse a montar una yegua que se llame así? Sería mejor que montara un rocín que se llamara Suave o algo así.

-Es mi yegua y quiero llamarla Salvaje.

-Todavía no me ha dicho cómo se llama -le recordó.

-Ya lo sé y no tengo la intención de hacerlo.

-No es que sea usted muy amable que digamos.

-Ha acertado -le replicó.

-¿Sabe que una antigua leyenda india dice que si salvas la vida de una persona te debe un favor muy importante? Bueno, en realidad que su vida te pertenece

-¿Ah, sí? Bueno, pues una leyenda del oeste dice que si alguien entra en propiedad ajena, el propietario tiene derecho a...

-¿Dispararme? -preguntó Dylan con sequedad-. Eso se les hace a los ladrones de caballos, no a los intrusos.

-La leyenda también dice que un vaquero no debe aprovecharse nunca de una dama...

-Yo no me he aprovechado de nadie. Todavía no -añadió con una sonrisa maliciosa.

-Un caballero me hubiera dejado marchar hace cinco minutos.

-Yo no he dicho que fuera un caballero.

-¡Ya lo veo! -le dijo, al tiempo que aprovechaba un descuido para soltarse y se apresuraba a bajarse de golpe del caballo.

Dylan se bajó un momento después. Al hacerlo, a Abbie no le pasó desapercibido que se frotaba el muslo derecho, como si le doliera, y tampoco el modo en que los vaqueros moldeaban sus masculinas piernas. Hasta que no se le acercó no se dio cuenta de que cojeaba ligeramente.

-¿Se ha hecho daño? -le preguntó, preocupada.

-Podría llamarse así -le respondió, al tiempo que pensaba en la lesión que había sufrido en un rodeo y le había apartado de poder participar en más. Los médicos le habían dicho que había tenido suerte de poder andar y montar a caballo, aunque nunca volvería a montar como solía hacerlo. La hebilla de campeón que llevaba era prueba de su destreza en los rodeos, una destreza que se había hecho pedazos al igual que los huesos de su pierna derecha. No, en aquel momento no se sentía muy afortunado.

-¿Puedo hacer algo? -le preguntó Abbie.

-Sí puede decirme su nombre y lo que estaba haciendo en el rancho de Pete Turnen A Pete no le gustan las visitas, por lo tanto es usted la intrusa que ha violado una propiedad ajena y no yo.

-¿Qué le hace pensar eso?

-Como ya le he dicho conozco a Pete y sé que no le gustan las visitas.

-¿Ah, sí? ¿Ha hablado con él últimamente?

-Hace unos meses. En marzo, o tal vez en febrero.

Abbie lo sabía todo de los vaqueros. Sabía que no tenían el más mínimo sentido del tiempo, como tampoco lo tenían del dinero o las mujeres. Estaban en julio.

Aunque Dylan no hubiera sido muy amigo de su tío le quería dar la noticia de su muerte lo más delicadamente posible. Mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas, él le preguntó con impaciencia:

-¿Quién es usted?

-Soy la sobrina de Pete.

-¡Imposible! La sobrina de Pete es una estirada bibliotecaria de la ciudad.

Abbie apretó los dientes tratando de no tomarse a mal que la llamaran estirada. Era consciente de que sus dos profesiones solían dar lugar a conceptos erróneos.

-Soy bibliotecaria, o al menos lo era hasta hace unas semanas.

Dylan la miró de arriba abajo, como si sospechara que estaba mintiendo.

-No te pareces a ninguna bibliotecaria de las que he conocido -le replicó.

-¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue la última vez que estuviste en una biblioteca? -le preguntó con 4

dulzura.

Dylan había visitado muchas veces la biblioteca del hospital durante el tiempo que pasó ingresado, pero no iba a decírselo a aquella mujer que no tenía en modo alguno aspecto de bibliotecaria. Ninguna bibliotecaria llamaría a su caballo Salvaje. Pensó que le gustaría conocerla. Era toda piernas y curvas sinuosas. En cuanto a su cabello, le hacía pensar en ondulados lazos de seda. Le había acariciado el rostro como si fuera una sutil cuerda que tratara de enlazarlo y capturar su corazón, desprendiendo un delicioso aroma a lilas, sus flores favoritas.

Cuando de repente se dio cuenta de que no había estado escuchando ni una sola de sus palabras, Dylan murmuró:

-¿Qué?

-No importa.

Abbie dejó de prestarle atención y pasó las manos por la cabeza, el lomo, las patas y las pezuñas de Salvaje. Incluso le metió la mano en la boca, por si tenía algo extraño en ella que pudiera resultar sospechoso. Aquella primera inspección resultó infructuosa.

Gracias a Dios la yegua parecía encontrarse en perfectas condiciones, aunque aún un poco temblorosa. No se apreciaban cortes o heridas en sus miembros. Fue al retirar la silla cuando Abbie descubrió la razón del extraño comportamiento del animal.

-¡Lo sabía! -exclamó Abbie.

Capítulo Dos

-¿De qué estás hablando? -le preguntó Dylan.

-Sabía que Salvaje no había echado a correr de aquel modo sin un buen motivo. ¡Mira!

-le dijo, al tiempo que le mostraba los erizos que había prendidos en la manta de la silla de montar. Había marcas en la piel del animal, aunque su color caoba las hacía imperceptibles a primera vista-. Pobrecita mía -susurró melosa, haciendo que Dylan deseara que fuera a él y no a la yegua a quien hablara de aquel modo.

-¿No te diste cuenta al ensillarla?

-No había nada cuando lo hice. Estoy segura. Les debe haber llevado un rato hincarle los pinchos en la piel hasta hacerle daño, pero cuando lo han conseguido le han hecho perder el control. No pueden haberse subido ahí solitos. Alguien los ha puesto a propósito.

-¿Dejaste la yegua sola después de ensillarla?

-Tan sólo un momento, mientras atendía una llamada telefónica de mi móvil... -Dylan puso cara de circunstancias-. Era mi editor que me llamaba desde Nueva York -continuó-.

Pero no tardé más de cinco minutos.

-Lo suficiente como para que tuvieran tiempo de enredar en la silla -dijo, al tiempo que se acercaba a acariciar la nariz de la yegua.

-A Salvaje no le gusta que la toque ningún extraño -le advirtió Abigail.

-Como a su dueña, ¿verdad? -se burló Dylan, mientras pasaba sus enormes manos por el lomo del animal, para tranquilizarlo. A la yegua, la muy traidora, parecía encantarle aquellas atenciones extras.

Al recordar el roce de aquella mano en su mejilla, Abigail se estremeció, a pesar de que, sin mirarlas, sabía que estaban encallecidas por el trabajo. Era un vaquero de verdad, no un sucedáneo de ciudad.

-¿Por qué crees que alguien podría desear que te cayeras del caballo? -se volvió a preguntarle Dylan.

-No lo sé. Tal vez porque me he negado a vender a Hoss Redkins, el pez gordo de la zona.

-¿Vender? -repitió Dylan, con el ceño fruncido-. Podrás ser la sobrina de Pete, pero este rancho es suyo, y jamás aceptaría vendérselo a ningún pomposo payaso como Redkins.

Abigail se mordió el labio al darse cuenta de que aún no le había dicho nada de la muerte de su tío.

-Mi tío falleció hace dos meses -le dijo, con tristeza-, y su abogado me llamó para comunicarme que me había dejado el rancho.

-Pensaba que había renegado de su familia desde que vendieron sus tierras a Hoss.

-Así fue, pero yo traté durante todos estos años de mantener el

contacto con él.

-Ya. Comprendo que no quisieras llevarte mal con él.

-Detecto una cierta ironía en tu tono de voz. ¿Qué insinúas?

-Nada -le respondió con desgana, al tiempo que se quitaba el sombrero y tras pasarse los dedos por el pelo, se lo volvía a colocar otra vez. Le había impresionado la noticia de la muerte de Pete. Lo había conocido en uno de los rodeos de la zona, ya que él proveía algunos de los caballos. Era tan amable como un puercoespín, pero había disfrutado de su compañía durante los últimos diez años, los mismos transcurridos desde su llegada al oeste. En realidad Pete le había enseñado mucho y le entristecía pensar que ya no le iba a seguir contando batallitas sobre los viejos tiempos, mientras se tomaban una taza de café humeante, con un generoso chorro de whisky-. ¿Qué piensa hacer entonces con el rancho? -le preguntó Dylan.

-Pues, quedarme con él, por supuesto.

-¿Quedarse con él? ¿Como si fuera un experimento? ¿Tiene idea de cuánto esfuerzo, por no mencionar dinero hace falta para mantener un rancho, aunque sea tan pequeño como éste?

-Claro que lo sé. Me documenté bien antes de venir aquí.

-Ya, en la biblioteca de Great Falls donde trabaja, me imagino -le dijo, burlón.

-Pues sí, y no olvide que crecí en un rancho muy cerca de aquí.

-De eso hace mucho tiempo.

-¡No tanto! -replicó herida.

-¿Ah, no? ¿Cuántos años tiene?

-¿Y usted?

-Veintiocho.

Abigail pensó horrorizada que era un niño, aunque al mirar las formas que le marcaban los vaqueros no le hicieran pensarlo. Estaba bien crecidito, aunque era cuatro años menor que ella.

Nunca le habían parecido tantos los treinta y dos, pero tal vez fuera porque hasta entonces jamás se había sentido atraída por un hombre menor que ella. En realidad hasta hacía poco la había irritado bastante. Sus traidoras hormonas le estaban haciendo perder la memoria temporalmente.

-Déjeme adivinar. Un caballero nunca pregunta la edad a una dama, ¿no es así?

Bueno, señorita bibliotecaria, van usted y su yegua a venir conmigo tranquilamente o tendré que atarlas -al ver la cara de susto que ponía Abigail continuó-. Tengo un remolque para caballos aparcado cerca de aquí. Está enganchado a mi camioneta y puedo llevarlas a ambas hasta el rancho.

-Si se piensa usted que voy a aceptar subirme a un vehículo con un extraño...

-No soy ningún extraño, ya sabe mi nombre, aunque yo no conozca aún el suyo.

-Me llamo Abigail -le respondió, mirándole con la barbilla levantada, desafiante-. Abigail Turner.

-Ya ves que no es tan difícil decir el nombre -bromeó, aunque ella no se dio cuenta porque no le estaba ya prestando atención. De repente había llegado a la conclusión que aquel vaquero podía ser un regalo del cielo.

-Ahora que pienso en ello, podrías ser justo lo que estoy buscando -murmuró.

-¿Ah, sí? -le dijo, al tiempo que levantaba una ceja con malicia-, ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

-¿Estás buscando trabajo? -le preguntó.

-¿Por qué? ¿Estás pensando en mí para algo en concreto?

-Tal vez. Sé que eres un hombre experimentado... con los caballos, quiero decir -se apresuró a añadir Abigail, sintiéndose como una idiota-. La verdad es que los diálogos que escribo son mejores que éste -murmuró.

-¿Eres escritora? -le preguntó Dylan.

-Así es -levantó la barbilla, a la espera de la inevitable pregunta de qué tipo de libros escribía, pero se equivocó.

-¿De qué tipo de trabajo estás hablando? -le preguntó en cambio, con cautela.

-Me imagino que no sabes taquigrafía, ¿verdad? -le preguntó con una sonrisita.

-Has acertado.

-¿Y mecanografía?

-Tampoco.

-¿Esa hebilla de campeón que llevas puesta, es tuya de verdad?

Los ojos negros de Dylan brillaron a la luz del sol.

-¿Quieres comprobar las iniciales tú misma? -le preguntó con picardía, al tiempo que se metía los dos pulgares bajo la hebilla, con un gesto que era claramente sugerente y muy, muy sexy.

Por un momento Abigail se preguntó lo que haría él, si ella aceptara su fanfarronada, pero decidió enseguida que mejor sería que no lo tratara de averiguar, al menos por el momento.

-Estoy buscando un capataz para mi rancho -le dijo, con energía-. Durante mucho tiempo mi tío ha estado descuidándolo y se nota en los campos y en las vallas. Además hay ganado del que ocuparse. Necesito a alguien que trabaje duro y Hoss ha amenazado veladamente a cualquier hombre de la zona que acepte el trabajo, así que tengo que advertirte que si Hoss te asusta, este trabajo no es para ti...

-Hoss no me asusta

Dylan estuvo a punto de añadir que ella, en cambio, sí.

Aquella bibliotecaria rubia podía ser la sobrina de Pete, pero parecía una mujer de ciudad y con mucho carácter. Aunque llevaba unos simples vaqueros y una camisa, irradiaba feminidad por todos sus poros y se notaba que vivía bien. Lo que le asombraba era recordar la facilidad y destreza con que había examinado a la yegua. Aquella mujer estaba llena de contrastes y además, para su mortificación desprendía un sensual aroma a lilas.

Pensó que sus problemas no le incumbían y que si le quedaban dos dedos de frente, lo mejor que podía hacer era largarse de allí lo antes posible, pero su caballerosidad de vaquero no se lo permitía, la misma caballerosidad que le había hecho correr en su ayuda cuando la había visto en peligro. Dylan no era el tipo de hombre que fuera por ahí buscando problemas, pero los problemas parecían siempre encontrarle a él, aunque no le gustara nunca permanecer mucho tiempo en el mismo sitio y siempre estuviera de un lado para otro.

Le gustaba aquel estilo de vida. Su hermano mayor se había casado y su hermana convivía con un hombre, pero él no estaba todavía preparado para comprometerse con nadie. Ni creía que lo estuviera en muchos años.

Aún así, Dylan no había podido nunca resistirse a un desafío, fuera en forma de un caballo que decían que nadie podía montar o de una mujer tan arisca como un puercoespín. Había algo en ambas cosas que hacía hervir a su sangre gitana.

Salvaje relinchó como si así protestara por que no le hicieran caso.

-Creo que aceptaré tu oferta de llevarnos -le dijo Abigail-, y así podemos hablar con más detenimiento sobre el trabajo de capataz cuando lleguemos al rancho.

En cuanto los caballos estuvieron enganchados al remolque y ella se sentó en el camión con Dylan, Abigail tuvo la sensación de que acababa de dar el primer paso hacia una vida completamente diferente. De lo que no estaba tan segura era de que esa vida le conviniera.

Dylan no se quedaría mucho tiempo. Era lo habitual en los vaqueros. Pero tal vez se quedara lo suficiente como para que consiguiera encontrar a alguien fijo para el trabajo de capataz. Una persona mayor y a poder ser casado. Más asentado.

Sabía que no sería fácil, porque las palabras vaquero y asentado según su experiencia no solían ir juntas. Su tercera y última relación con un vaquero había terminado hacía dos meses cuando él decidió marcharse a Arizona y la dejó con el corazón destrozado. Era la primera en admitir que resultaba irónico que una escritora famosa de romances del oeste como era ella, fuera capaz de escribir una novela de gran éxito de ventas con un final feliz y no ser capaz de encontrarlo

para ella misma. Por el momento estaba más preocupada en averiguar quién había saboteado a su caballo, poniendo sus vidas en peligro.

-¿Qué demonios es eso? -le preguntó Dylan, al tiempo que contemplaba, sin dar crédito a sus ojos, una extraña estructura situada a uno de los lados del camino que llevaba a la casa del rancho. El compacto edificio daba la impresión de haber surgido de la tierra, y a menos que sus ojos le engañaran, hasta tenía hierba en el tejado. Sabía que Pete se había vuelto un poco excéntrico en los últimos años, pero no podía haber construido algo tan extraño.

-Es la casa de Ziggy -le dijo Abigail, cuando Dylan detuvo el camión.

-¿Y quién demonios es Ziggy?

-Un amigo mío.

-¿Y le has dejado construir semejante monstruosidad en tus tierras?

-Ziggy es un artista.

Como para corroborar aquella afirmación se empezó a oír el inconfundible ruido de una sierra eléctrica, haciendo que una cotorra que estaba tranquilamente sobre un álamo de Virginia, saliera volando de repente, emitiendo ruidos de desaprobación. Los caballos empezaron a dar coces en el suelo mostrando también el nerviosismo que les causaba aquel desagradable ruido desconocido para ellos.

-Dile que apague esa maldita cosa -le ordenó Dylan-. Está poniendo nerviosos a los caballos.

-Un momento, ¿tengo que recordarte quién es aquí el jefe? -le preguntó, aunque como si hablara para el aire, porque para cuando terminó la frase ya se había bajado del camión y se dirigía a la casa, como decidido a acallar aquel ruido él mismo.

Aunque hacía un día soleado, Ziggy llevaba puesta su gorra del ejército suizo, de la que se escapaban sus largos cabellos canosos. Pantalones muy anchos y una camisa de leñador completaban su indumentaria. Aquel ebanista bohemio era descrito como único por sus amigos, como loco por sus enemigos y como persona de talento entre aquellos que compraban las esculturas que tallaba en troncos enteros de árboles. Estaba lleno de polvo hasta los tobillos cuando lo encontraron dentro de la extraña casa que él mismo se había construido.

Ziggy hablaba inglés, aunque con acento, pero cada vez que se enfadaba empezaba a despotricar en alemán y francés, con un toque de italiano, que había heredado de su ascendencia suiza. Cuando Dylan lo interrumpió, le expresó su enfado llenando el aire de una internacional retahíla de juramentos que sustituyó al ruido de la motosierra.

-¿Cómo voy a poder trabajar, si me están interrumpiendo continuamente? -preguntó Ziggy a Abigail, con evidente enfado.

-Baaaaaaah.

-¿Ves lo que estáis haciendo? Disgustando a Heidi y a Gretel -afirmó Ziggy.

-¿Quiénes son? ¿Sus hijos? -le preguntó Dylan.

-Se les podría llamar así -respondió Abigail en nombre de Ziggy-. Hijos cabras -añadió, señalando al tejado del edificio donde pastaban un trío de cabras.

Para sorpresa de Abigail, Dylan empezó a esbozar una sonrisa, que resaltó aún más sus labios perfectamente esculpidos. Al igual que antes la sombra que proyectaba el ala de su sombrero ocultaba parte de su rostro de la vista de Abigail, pero el sol le iluminaba la boca y acentuaba la estética curva de su labio superior y la sensual redondez del inferior.

-Tiene unos amigos muy simpáticos -ironizó Dylan.

-Muy gracioso -le dijo, sonriendo.

Dylan se echó el sombrero hacia atrás con un ligero toque del pulgar. Aparte de la pluma granate que llevaba en el ala, el sombrero era de lo más sobrio, pero añadía un toque muy especial a su apariencia. La verdad era que todo en él era muy sobrio, hasta estaba segura de que el roto en forma de L que llevaba en los vaqueros no se lo había hecho a propósito para ir a la moda, sino que era consecuencia del uso.

Al sentir los ojos de Abigail clavados en él, Dylan decidió que era justo que la mirara a su vez, y así lo hizo, de una manera bastante apreciativa y descarada, mientras fantaseaba que la estaba tocando con algo más que los ojos.

-¡Queréis dejarlo vosotros dos! -exclamó Ziggy-. Hasta yo puedo sentir el fuego. Toda esta demostración de emociones distrae demasiado a un artista como yo.

Al ver lo roja que se ponía Abigail, Dylan movió la cabeza, sorprendido.

-Vaya, creía que enrojecer era un arte perdido -murmuró.

-Es por el sol -replicó Abigail-. Nos tenemos que marchar, Ziggy.

-Por cierto, me llamo Dylan -dijo a Ziggy, con una inclinación de cabeza a modo de presentación-. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en esa pieza? -preguntó, señalando el tronco en el que Ziggy estaba esculpiendo.

-Desde primera hora de la mañana -replicó Ziggy-

-¿Por casualidad viste a Abbie montando a caballo por aquí, mientras estaba trabajando?

-Mi nombre es Abigail.

-Yo te llamo Abbie -comentó Ziggy.

-Pero porque tú eres mi amigo. Dylan es...

-El nuevo capataz del rancho -respondió Dylan.

-Temporalmente.

-Así que entonces vas a ayudar a Abbie -comentó Ziggy con una sonrisa de oreja a oreja-. Me parece fenomenal porque necesita ayuda y yo no lo puedo hacer todo. Se me dan bien los caballos, ya que me crié en una granja suiza donde los teníamos, así como cabras.

-¿Dices que se te dan bien los caballos? -preguntó Dylan.

Ziggy asintió pero añadió.

-Soy mejor artista que vaquero.

-Esta bien, porque el papel de vaquero lo va a hacer Dylan -dijo Abigail.

-¿Por casualidad visitaste el granero esta mañana? -le preguntó Dylan.

-He estado aquí toda la mañana, trabajando en mi escultura -afirmó Ziggy.

-Ya, bueno pues a los caballos no les gustan los ruidos, sobre todo los repentinos. Si te has criado en una granja deberías saberlo.

-Sí, bueno, pero los caballos suizos se comportaban mejor que los americanos

-aseguró Ziggy.

-Ya y yo soy Buffalo Bil -se burló Dylan-. Procura asegurarte de que nadie está montando a caballo cerca cuando uses esa motosierra.

-Nadie monta cerca de aquí. Todos saben que estoy trabajando.

-Dylan, tengo que regresar al rancho -intervino Abigail, casi dando golpecitos en el suelo con la bota, impaciente.

Una vez de nuevo en ruta, con el desagradable ruido de la motosierra de Ziggy de fondo, Abbie empezó a hacer preguntas a Dylan.

-¿Por qué estabas sometiendo a Ziggy a ese interrogatorio?

-Estoy intentando aportar un poco de luz a lo sucedido esta mañana. ¿Viste a Ziggy esta mañana en las cuadras, cuando estabas ensillando el caballo?

-Claro que no. Le gustan los caballos, pero le encanta esculpir y resulta difícil apartarlo de su trabajo. ¿A qué viene esa repentina curiosidad?

-A que alguien puso esos erizos en la manta de la silla.

-No fue Ziggy.

-¿Cómo se te ocurrió traer aquí a un excéntrico como él?

-Solía venir a la biblioteca y hablábamos de libros y artistas. Con el paso de los años nos hicimos amigos y al trasladarme aquí me dio pena que siempre le estuvieran poniendo denuncias los vecinos por el excesivo ruido que hacía trabajando. Pensé que aquí había el suficiente espacio para que trabajara en paz y tranquilidad.

-Tengo la sensación de que paz y tranquilidad no son dos palabras que vayan muy de acorde con Ziggy.

-¿Y contigo? ¿Van de acuerdo contigo?
-A veces.
-Cuando duermes, ¿verdad?
En aquel momento la imagen de Abigail durmiendo hecha un ovillo le llegó muy dentro y se preguntó qué se pondría para dormir ¿un insinuante camisón, una camisa de algodón o tal vez nada?
-Procuro que así sea para evitar problemas -respondió, más como recordándoselo así mismo que para contestar a la pregunta de Abigail.
-¿Y cómo lo consigues?
-No quedándome mucho tiempo en ningún lugar.
Era la respuesta que Abigail se esperaba, pero no la que más hubiera deseado escuchar.
Cada vez que volvía a ver la casa del rancho, Abigail sentía algo muy dentro de ella, algo que la conmovía. Los demás podían fijarse en la pequeñez de la deteriorada casa de madera, compuesta apenas por tres piezas y darse cuenta de todas las reparaciones que necesitaba, como arreglar los canalones hundidos, el descuidado jardín o hasta el columbio del porche, que estaba pidiendo a gritos una mano de pintura, pero ella lo único que veía en aquel lugar era su hogar. Siempre le había encantado la situación del rancho de su tío, que tenía incluso mejores vistas a las montañas que lo rodeaban que había tenido el rancho de sus padres. Justo detrás había una colina con dos enormes abetos a modo de perennes centinelas. Al atardecer, Abigail solía subir a lo alto y sentarse allí, disfrutando del aroma de los árboles, mezclado con el del humo de la chimenea, procedente de la cabaña. Más abajo la pálida corteza de los álamos brillaba a la luz del sol. La colina protegía la casa de los fuertes vientos del norte, mientras que el porche tenía orientación sur.
Dylan y ella se habían bajado de los caballos en silencio. Dylan conocía las cuadras tan bien como ella y Abigail descubrió que su caballo indio se llamaba Viajero.
Sus pensamientos sobre Dylan y sus costumbres nómadas quedaron interrumpidos al darse cuenta de que tenían compañía. Un hombre muy obeso estaba con Raj, la amiga de Abigail, montado en su caballo, agobiado por el sobrepeso.
-¿Qué está haciendo aquí, señor Redkins? -le preguntó Abigail.
-Como le estaba diciendo aquí a su criada...
-Raj no es mi criada, sino mi amiga -puntualizó Abigail.
-Bueno, da igual. He venido para ver si ha decidido aceptar mi oferta de venta -le dijo Hoss, moviéndose inquieto sobre su montura.
-Ya le dije que no estaba interesada en vender.
-Pensé que podía haber cambiado de opinión.
-¿Y qué le ha hecho pensar tal cosa? -preguntó Abigail.
-Eso, ¿qué le ha hecho pensar tal cosa? -intervino Dylan por

primera vez.

En vez de responder, Hoss dijo:

-¿Qué estás haciendo aquí, chico? Oí que te habías destrozado una pierna en algún rodeo de Oklahoma. Si habías venido a pasar el verano holgazaneando en las tierras del viejo Turner te habrás quedado de piedra al saber que la ha palmado.

-Veo que sigue siendo tan encantador como siempre, señor Redkins -le replicó Dylan.

-¿Le está molestando este hombre? -preguntó Hoss a Abigail, con una sonrisa.

-No, pero usted sí —respondió entre dientes.

-¿Decía algo? -preguntó Hoss.

-Decía que Dylan no me está molestando. Ha...

-Venido para ayudarla -terminó Dylan.

-No me digas -se burló Hoss-. Mejor será que digas que has venido a dar el sablazo a una desvalida mujer. Dylan se ha labrado toda una reputación en lo que se refiere a las mujeres -informó Hoss a Abigail. Claro que eso era antes de que se destrozara la pierna.

La presión de la mano de Abigail sobre su brazo impidió que Dylan tirara del caballo a Hoss y le metiera la cabeza en el estercolero más cercano.

-Dylan fue amigo de mi tío y es bien recibido aquí -se apresuró a constatar Abigail.

-Acabo de aceptar el trabajo de capataz -añadió Dylan.

Hoss frunció el ceño al oír aquello.

-¿Por qué lo has hecho? Nunca te has quedado en ningún sitio durante mucho tiempo.

Una cosa era que Dylan supiera que tenía razón y otra que Hoss tratara de decirle que aquel trabajo no era para él. Nadie le había dicho nunca como tenía que vivir su vida, ni él le había dicho a los demás como vivir las suyas.

-¿Qué sabe de llevar un rancho? -Hoss se dirigía ahora a Abigail-. Por cierto he oído que escribe noveluchas románticas...

-¡Ha oído mal! -le interrumpió Abigail, enfadada-, ¡lo que escribo son fabulosas novelas históricas románticas! No hay razón alguna para hablar despectivamente sobre ellas. Por desgracia no puedo decir lo mismo de algunos de mis vecinos -dijo, mirándole desafiante.

-¿Por qué no se larga a su casa, señor Redkins, ahora que ha impresionado a la señorita Turner con su inteligencia y encanto personal.

-Métete en tus asuntos -le replicó Hoss-. ¿Qué demonios te importa cuánto tiempo me quede charlando aquí, con la señorita?

-La señorita le ha pedido que abandone su propiedad -le recordó Dylan, con un brillo peligroso en los ojos.

-¿Y qué vas a hacer si no me voy? -le provocó Hoss-. ¿Me vas a obligar a salir con esa pierna tuya hecha polvo?

-No me tiente -le replicó Dylan.

-¿Tú y quién más?

-Ya he tenido bastante... -rugió Dylan, que sacudió el brazo para que Abigail le soltara y se dirigió a Hoss con mirada asesina.

Capítulo Tres

-¡No lo hagas! -gritó Abigail, temiendo lo peor, pero ya era demasiado tarde.

Sin poder dar crédito a sus ojos vio como, obedeciendo a una orden silenciosa de Dylan, el caballo de Hoss retrocedía de repente y tiraba al corpulento ranchero en uno de los abrevaderos.

La cantidad de agua que salió despedida debería haber ahogado a Dylan, pero sin embargo, cayó milagrosamente a unos centímetros de él.

-¿Có... como lo has hecho? -preguntó Hoss, con su rolliza cara roja como un tomate.

-¿Quién, yo? \b no he hecho nada -negó Dylan, levantando una ceja.

-He oído historias sobre ti y la brujería gitana que practicas -le dijo Hoss, mirándole con una mezcla de rabia y desconfianza.

-¡Eh!, no es culpa mía que no seas capaz de mantenerte sobre tu montura, Redkins.

¿Necesitas ayuda para salir de ese abrevadero? -le preguntó con cortesía burlona.

-Mantente alejado de mí -gritó Hoss, haciendo que su caballo retrocediera aún más-.

Esto lo vas a lamentar, chico -le dijo, tras conseguir incorporarse.

-Lo dudo.

-Bueno, pues vigílate la espalda -amenazó Hoss, al tiempo que se volvía a poner el sombrero, y al hacerlo le caía unos litros de agua en la cabeza.

Abigail no pudo contenerse y soltó una carcajada, uniéndose así al regocijo de Dylan que sonreía con malicia.

Hoss se limpió el agua de los ojos antes de mirarlos con odio y les dijo:

-Los dos vais a lamentar este día.

-Lo dudo mucho -replicó Dylan, mientras Hoss, empapado de agua, volvía a montar en su todavía inquieto caballo.

El animal protestó al sentir el enorme peso que le caía encima. Al ver lo furioso que se alejaba el ranchero Abigail comentó:

-Lo que acaba de pasar tal vez no haya sido una buena idea -murmuró.

-¿Y a quién le importa? -le contestó Dylan-. Yo me siento de maravilla.

-Esa no es razón para hacerlo.

-¿Ah, no? Pues a mí en cambio me parece que es la mejor razón para hacer algo

-mientras lo decía le recorrió la mejilla con el dedo.

Aquel dedo encallecido por el trabajo causó estragos dentro de

Abigail. Ella, que supuestamente manejaba con fluidez el lenguaje del amor, después de haber escrito sobre el tema durante tantos años, se vio incapaz de describir las emociones tan fuertes que estaba sintiendo y lo único que pudo hacer fue dejarse llevar por ellas, aunque sólo fuera por un segundo o dos, ya que en el momento en que se dio cuenta de que había cerrado los ojos de placer, salió del trance en que la había hecho entrar Dylan.

-¿Es que estás tratando de utilizar también conmigo esa brujería gitana de la que hablaba Hoss? Si es así, vete olvidándote de ello -le dijo, enfadada-. ¿Entendido?

-Claro -le respondió Dylan con rabia, forzando una sonrisa-. No soy más que un empleado y ya que no es que sobren los trabajos por aquí, será mejor que me porte bien, porque después de todo no hay mucha demanda de corredores de rodeos minusválidos, ¿verdad?

-Yo no he dicho eso.

-Tal vez no con las mismas palabras -afirmó con la misma rabia contenida de antes-.

Escuche señorita, podría encontrar trabajo en muchos otros ranchos.

-Me lo imagino.

-No tengo necesidad alguna de buscarme problemas.

-Si te quieres ir, no tienes más que decirlo.

-Ya -se burló- y dejar que arruines el rancho de Pete para que Hoss pueda ponerle sus sucias y avariciosas manos encima. ¡De ninguna manera! Protegeré este lugar. Se lo debo a Pete.

Dylan y Abigail estaban muy cerca, sin apartar la mirada uno del otro, cuando la voz de Raj les interrumpió.

-Bueno, no quisiera interrumpir tan amigable conversación, pero me gustaría saber si...

si se va a quedar a cenar -preguntó Raj.

-Sí -dijo Abigail, dando un paso atrás para alejarse del niego que desprendían los ojos de Dylan.

-Entonces, pondré un cubierto más. Por cierto, me llamo Raj Patel -le dijo a Dylan.

—Encantado de conocerla -le respondió con un educado movimiento de cabeza.

-¿Por casualidad es Dylan Janos?

-Así es.

-¿Por qué conoces su nombre? -preguntó Abigail.

-Porque es famoso. Todo el mundo sabe quien es Dylan Janos.

Dylan se pasó la mano por el mentón pensando que por desgracia ya no era el mismo.

-Ganó casi todos los rodeos importantes que hubo el año pasado en Las Vegas -al ver la cara de asombro que ponía Abigail, añadió-. Abbie

nunca lee los periódicos especializados en rodeos. Lamento que no sepa lo impresionantes que son sus credenciales. Dylan, oí que habías tenido un accidente grave... hace cuatro meses. ¿Es verdad?

-Algo así -respondió, sin mostrar ningún tipo de emoción en la voz.

Abigail se dio cuenta de que aunque trataba de parecer impasible, su rostro mostró por un momento el tormento interior que sentía.

-No creo que Dylan quiera hablar de ese tema, Raj -apuntó.

-Lo siento mucho -se disculpó Raj, apesadumbrada-. A veces me dejo llevar por el entusiasmo. Entre a tomar algo.

-Me gustaría instalarme y asearme un poco antes. ¿Dónde está mi habitación?

-Yo te la mostraré -le dijo Abigail.

Cuando Dylan dejó sus pertenencias en la pequeña cabaña cercana a la casa, donde normalmente se alojaban los capataces, Abigail se dio cuenta lo ligero de equipaje que viajaba, rasgo común a todos los vaqueros, como ella sabía muy bien. Además estaba segura de que la mayoría de las cosas que llevaba en sus bolsas tenían relación con los caballos.

No tenía el cuerpo exageradamente musculoso de la mayoría de los protagonistas de sus libros, sino que era delgado, pero se le veía duro y fuerte. Todavía recordaba la fuerza de sus brazos al levantarla de su caballo y transferirla al que montaba él, apenas unas horas antes. Se había sentido totalmente a salvo en sus brazos, y al mismo tiempo había experimentado un nerviosismo extraño y que no tenía nada que ver con la primera emoción.

-Eh... el baño está en la esquina. No te esperes ningún lujo.

-He estado en sitios peores.

-Sí, bueno... -Abigail se detuvo para inclinarse sobre la cama y alisar unas arrugas que tenía la colcha-, todavía no has probado el colchón. Cuando lo he estado ventilando me he dado cuenta de que está lleno de bultos -se dio cuenta de que el hecho de estar en la misma habitación con Dylan la hacía tartamudear-. Entra en casa cuando quieras. La cena es a las seis -se apresuró a decir antes de salir.

-¿Dónde está el fuego? -le preguntó Raj, al verla entrar a toda prisa en la cocina.

-No hay ningún fuego. Sólo he venido a ver si me necesitas -aseguró Abigail.

-¿Me vas a decir que el culpable de que estés sin respiración no es Dylan Janos? ¡Pero si está de impresión!

-No es más que un muchacho.

-Sí, pero muy guapo.

-Tiene el pelo demasiado largo.

-Aja, te gusta -afirmó Raj, con tono triunfal.

-¡Te equivocas! —negó Abigail.

-Muy bien, tal vez me gustó al principio, cuando me salvó. Durante un minuto o dos.

-¡Espera un momento! ¿De qué te salvó?

-Del aburrimiento.

-Venga ya. Tu no has estado aburrida ni un sólo momento de tu vida. Ven a contármelo todo.

-Ya sabes que había salido a dar un paseo con Salvaje. Bueno, pues no habíamos cabalgado mucho cuando, de repente echó a correr como una loca y no era capaz de detenerla. Se dirigía a aquel bosque donde están los agujeros que hacen los perros salvajes. Bueno, pues de repente apareció Dylan como de la nada y nos salvó.

-¿Y cómo te salvó? -preguntó Raj-. ¿No sería de algún modo en que por casualidad terminaras en sus brazos? ¡Lo sabía! -exclamó, al ver como enrojecía Abigail.

-Ya te he dicho que pude estar impresionada al principio, pero me recuperé enseguida.

Es un vaquero.

-Sí, ya me he dado cuenta -le respondió Raj con aire soñador.

-Déjalo ya. Está trabajando aquí. Soy su jefa y no estoy dispuesta a repetir los errores pasados. Ya conoces mi norma de no volver a implicarme con ningún vaquero. He terminado con ellos para siempre.

-Como dice Katharine Hepburn, si sigues todas las normas... te pierdes la diversión.

-Tengo toda la diversión que me apetece en este momento, gracias -le respondió Abigail-. Además no es que tú seas muy objetiva en este asunto. Te gustan los vaqueros casi tanto como a mí.

-Tonterías. Sólo me interesa observar las costumbres y la vida social de la gente americana.

-Sí, ya, puedes decirlo de ese modo, si quieres. Pero el hecho es que adoras a John Wayne y has obtenido un sobresaliente en tu tesis doctoral sobre el vaquero como héroe mítico.

-Sí, ya sé que no ha sido lo más práctico que he hecho en mi vida, aunque tampoco es que haya sido una vida muy normal.

Raj había llegado de la India cuando tenía sólo quince años, para visitar a un primo lejano que poseía un restaurante en Nueva York. Ya habían pasado veinte años, pero Raj decía a menudo a Abigail que nunca se había arrepentido de haberlo hecho. Cuando la conoció en Great Falls estaba trabajando de camarera por la noche y estudiando por el día.

La primera vez que visitó el diminuto estudio de Raj, le sorprendió ver que lo tenía literalmente empapelado con postres de John Wayne y Barbara Stanwyck y que tenía todos los vídeos de sus películas.

Era una pasión que Abigail compartía con ella. Tenía suerte de poder combinar sus dos pasiones, los libros y la vida en el oeste, en su

segunda carrera como escritora de novelas románticas del Oeste.

-Sí, la verdad es que no es de una persona muy práctica dejar mi trabajo en la biblioteca para venir aquí a vivir en este rancho -comentó Abigail-. Mis padres sobre todo piensan que estoy pasando una fase de locura temporal y esperan que recobre el sentido común y me decida a vender la propiedad.

-¿A ese idiota que estuvo aquí antes?

Abbigail asintió.

-Mis padres no lo entienden y yo no sé cómo explicárselo. Lo que ocurre es que siento una paz aquí, una sensación muy intensa de que pertenezco a este lugar.

-Entonces hiciste bien viniendo aquí.

-¿Te he dicho ya cuánto me alegro de que hayas venido aquí a pasar el verano conmigo? -le preguntó Abigail.

-No te puedes imaginar lo duro que ha sido para mí dejar aquel cubículo donde vivía para venir a pasar dos meses en este maravilloso lugar -dijo Raj, en tono burlón.

-Por lo menos allí no te encontrabas ratones en la puerta.

-Le dieron emoción a nuestra primera mañana aquí, ¿no te parece? -recordó Raj, con una sonrisa-. Y tengo la sensación de que la presencia de Dylan va a hacer más emocionante nuestro verano.

-Es un poco menos hogareño que aquel ratón -replicó Abigail-, y me sorprendería que se quedara todo el verano. Los de su especie no se suelen quedar mucho tiempo en un lugar.

-Puede que te sorprenda.

-Cuenta con ello -dijo Dylan desde la puerta.

Abigail se puso roja como un tomate y se preguntó cuanto tiempo habría estado escuchando la conversación.

Enseguida lo averiguó, cuando él añadió:

-Y me alegro de que me consideres menos hogareño que un ratón.

Para alivio suyo, Abigail se salvó de tener que replicarle, porque en ese momento entraron de forma bastante ruidosa Shem Burskik y sus dos hijos, Hondo y Randy. Shem había trabajado en el rancho de su padre bastantes veranos y fue la única persona que respondió a su anuncio solicitando ayuda para el rancho. Como Hoss era el propietario del periódico local, hasta había tenido suerte de que su anuncio hubiera aparecido siquiera. Hoss le había dicho que no respondería nadie, pero se había equivocado.

No es que Shem supusiera una gran amenaza para Hoss, porque aunque nadie sabía su verdadera edad, contaba cosas que había hecho en los años treinta y su rostro tenía más líneas que un mapa de carreteras. No había querido ser el capataz, porque decía que era demasiada responsabilidad para él, pero había accedido a trabajar en el rancho.

Sus dos hijos, a los que también era difícil calcularles la edad habían venido con él y estaban dispuestos a trabajar sólo por el alojamiento y la comida. Ninguno de los dos era muy listo, pero trabajaban duramente, aunque no hacían nada que no se les hubiera ordenado previamente. Pero Abigail no podía permitirse el lujo de escoger y además en el rancho de su tío, abandonado durante años, había demasiado que hacer.

Aprovechando que el ruido que hacían Shem y sus hijos no dejaba que se oyeran sus palabras, Raj dijo al oído de Abigail:

-No sé si habrá sido una buena idea traer a Dylan al rancho, si dices que pasas de vaqueros. Es como poner una caja de bombones delante de un adicto al chocolate que dice que acaba de ponerse a dieta.

Como siempre, Raj tenía razón. Era uno de los rasgos menos agradables de su carácter.

-¿Dónde está tu amigo tirolés esta noche? -preguntó Hoss a Abigail, con la boca llena de puré de patatas.

-Ziggy está trabajando. A veces viene a ayudar a Raj con la cena -explicó a Dylan-.

Seguro que no has probado nada tan rico como su fondee en tu vida.

Todos los hombres presentes pusieron la misma cara de horror y Abigail no tuvo más remedio que echarse a reír.

-No os preocupéis -le dijo, burlona-, que no voy a obligar a hombretones como vosotros a comer una comida tan fina como la fondee. Quién sabe el efecto que podría produciros.

-Ahí te doy la razón -dijo Randy-. Comida de ese tipo podría tener efectos negativos en nuestra masculinidad. Podría hacernos... ya sabes -bajó la voz-, competentes.

-Hay pocas posibilidades de que vosotros seáis competentes de todos modos -afirmó Raj.

-La palabra es impotentes -dijo Shem a su hijo-. Lo sabrías si leyeras el diccionario como yo.

-Tengo cosas mejores que hacer que leer un libro que es mejor usarlo para que no se cierren las puertas -replicó Randy.

-Indudablemente -dijo Shem.

-¡Eh! ¿Qué me estás llamando?

-Búscalo en esa porquería de revistas que lees.

-Menuda panda que tenemos aquí -dijo Dylan a Abigail, al lado de quien Raj se había encargado de sentarle.

Abigail sabía que no le hacía ninguna gracia estar allí y que únicamente había aceptado el trabajo porque creía que ella necesitaba su ayuda y lo peor era que tenía razón y no le hacía ninguna gracia.

-Aquí tienes más guisantes -le dijo, pasándole el cuenco.

Tampoco le hacía gracia sentir la excitación que sentía tan sólo con notar el roce de los dedos de Dylan al pasarle el cuenco. Pero ya era mayorcita y no iba a dejar que algo como la química la controlara.

El que no tenía las cosas tan bajo control como el a era Hondo que estaba empeñado en sacar hasta la última gota de mostaza de un frasco de plástico. Lo había puesto boca abajo y no dejaba de apretarlo. Hondo era la única persona en el mundo que conociera Abigail que le ponía a todo mostaza, incluido el puré de patatas y los guisantes que estaban comiendo aquella noche. De repente, tras mucho apretar un chorro de mostaza fue a parar a la frente de su padre que estaba sentado frente a él.

Shem lo único que hizo fue mirarlo asustado, y siguió comiendo como si no tuviera mostaza en la frente y en la punta de la nariz.

A Abigail le hizo tanta gracia la escena que empezó a reír sin parar y hasta empezaron a saltársele las lágrimas.

-Necesito un poco de aire -dijo Abigail sin dejar de llorar de risa.

-Yo saldré contigo -le dijo Dylan.

En cuanto estuvieron fuera, el frío de la tarde y la cercanía de Dylan hicieron que Abigail se calmara enseguida.

Aunque eran casi las siete todavía brillaba el sol. En la parte más al norte del país, donde se encontraban el sol no se ponía en junio hasta las diez de la noche. Aunque estaban ya en julio los días seguían siendo largos y muy agradables. Abigail siempre había pensado que era la forma que tenía la madre naturaleza de compensarles por los atroces inviernos que sufrían a veces.

Había algo en aquel período del año que le daba una sensación de paz, de esperanza.

Pero eso era cuando Dylan aún no había entrado en su vida, porque en ese momento se sentía inquieta y curiosa.

-Cuando me ayudaste esta tarde en que montaba a Salvaje dijiste algo de una leyenda gitana...

-¿Quieres decir cuando salvé tu vida? -le interrumpió Dylan.

-¿Era sólo una frase?

-¿Lo de salvar tu vida?

-No, quiero decir lo de que tenías ascendencia gitana.

Dylan apretó la mandíbula.

-¿Tiene eso alguna importancia?

Abigail percibió su incomodidad.

-Lo siento, no quería ser cotilla...

-Claro que querías.

-Está bien, sí quería -se encogió de hombros-. Al fin y al cabo soy escritora y me interesa la gente y sus raíces. ¿O es que la gente errante como tú no tiene raíces?

-Sí tengo raíces. Mi familia está en Chicago.

-¿Eres de Chicago?

Dylan sonrió al oír el modo en que decía el nombre de la ciudad. Con el mismo desdén que empleaban toda la gente del oeste al hablar de alguna ciudad al este de Denver.

-Hace mucho que me fui de casa. Soy el nómada de la familia y mi padre dice que me viene de mi sangre gitana. Mis padres vinieron de Hungría a principios de los sesenta, antes de que naciera yo.

-¿Eres hijo único?

-No. Tengo un hermano y una hermana mayores que yo: Michael y Gaylynn.

-Así que eres el pequeño de la familia. Ya me parecía a mí -murmuró Abigail.

-¿El qué te parecía a ti?

-A menudo se malcría al pequeño de la familia.

-¿Lo has leído en algún libro, o estás hablando por experiencia?

-Soy hija única.

-Lo que quiere decir que estás totalmente malcriada.

-¿De dónde sacas eso?

-Tal vez de la manera en que andas con la nariz levantada.

-¡Yo no ando así!

-Y no es que no sea una naricilla muy bonita. Pero es que te da un aire muy altanero.

-¿Es tu modo de granjearte mis simpatías...?

-¿Y por qué iba a querer hacer eso?

-Es propio de la tierra -murmuró Abigail.

-¿De qué tierra hablas?

-De la de los vaqueros.

-Ya, y me imagino que tú lo sabes todo de los vaqueros.

-Podría escribir un libro sobre ellos. De hecho he escrito varios. Créeme lo sé todo acerca de los vaqueros con los pies doloridos -le informó con arrogancia.

-No son los pies lo que tengo dolorido en este momento -le aseguró Dylan, burlón-, es una parte de mi cuerpo que se encuentra... mucho más arriba.

-No tengo la más mínima intención de hablar de tu anatomía.

-¿Preferirías simplemente mirar?

-Sí. ¡Por supuesto que no, quiero decir!

-Entonces es que eres más partidaria de hablar de ello.

-Preferiría no prestarlo ninguna atención.

-Yo también, pero es difícil, cuando tengo esta tremenda comezón...

-¡No quiero oír hablar de ello!

-Es aquí -movió la mano de forma sugerente hasta posarla en el muslo.

-Tal vez debieras poner un poco de linimento para caballos -le sugirió burlona-. Me han dicho que funciona muy bien también en muías testarudas.

Y tras decir esto se dio media vuelta y entró en la casa, dejando a Dylan mirándola.

-Primero me compara con un ratón y ahora con una muía. Creo que le gusto -le dijo a un gato que estaba echado en el deteriorado columbio del porche-. ¡Sí, creo que le gusto mucho!

La primera semana de Dylan en el rancho pasó volando. Trabajar de sol a sol cuando la luz del día duraba quince horas hacía volar el tiempo, pero trabajar para Abigail producía además otros efectos en un hombre, como trastornarlo. Ella lo había conseguido con sus rizos despeinados que trataba de apartarse de los ojos constantemente, unos ojos tan azules como el cielo de Montana.

Las duchas de agua fría se habían convertido en una constante de la vida de Dylan.

Aquel día tras tomar una de ellas, mientras cantaba una canción de George Strait a grito pelado, se vistió y se puso a beber directamente de una botella de zumo que había sacado de la nevera, mientras pensaba en qué estaría haciendo Abbie en aquel momento.

Dylan siempre había pensado en ella como en Abbie, incluso al principio cuando pasaba a su lado con aquel os aires altaneros. Hasta entonces nunca había tenido que perseguir a una mujer. Normalmente revoloteaban a su alrededor como abejas en el panal, aunque tenía que reconocer que no había encontrado a ninguna de ellas esperándole a la puerta del hospital cuando salió después del accidente.

Tras limpiarse la boca con el reverso de la mano, dejó la botel a en la nevera y se puso a hacerse una tortilla.

Acababa de terminar de cenar cuando oyó que golpeaban a su puerta. Era Shem.

-¿Has oído ese ruido tan extraño? Ya ha parado, pero sonaba como una mezcla entre una hiena y el alarido de un perro loco. Randy asegura que lo que se oía era a alguien cantando una canción de George Strait, pero yo le he dicho que ningún humano puede emitir un sonido parecido.

Dylan no estaba dispuesto a admitir que había sido él. No era la primera vez que sus cánticos habían producido una reacción semejante. Recordaba veces en que hombres hechos y derechos le habían suplicado casi de rodillas que se callara, pero se limitó a decir:

-No he oído nada. ¿Ésa es la razón por la que has venido?

-Ésa y traerte este paquete que me entregó el cartero -sin decir más, le dio el paquete y se marchó.

El envoltorio parecía bastante deteriorado y al mirar todas las

veces que había sido sellado no le sorprendió, ya que le había seguido por tres estados, en las diferentes direcciones que había tenido hasta alcanzarle allí. La posdata era casi ilegible, debido a todos los sellos oficiales que le habían puesto encima, pero tras observarla con detenimiento llegó a la conclusión de que era de su hermana Gaylynn y se la había enviado hacía dos meses desde Carolina del Norte.

La última vez que había llamado a su madre para felicitarla por su cumpleaños, le había dicho que Gaylynn se había casado con Hunter Davis, marchándose a vivir al estado de donde procedía el paquete. La última vez que la había visto había sido en la boda de su hermano mayor Michael y ahora Gaylynn también se había casado.

Dylan meneó la cabeza y pensó que ojalá no se tratara de una epidemia matrimonial contagiosa. Si antes del accidente el matrimonio no entraba en sus planes, ahora mucho menos. Primero tenía que ver cómo se recuperaba del accidente aquel verano. En septiembre debía hacerse una revisión con el médico que le había tratado en Arizona. En el fondo todavía fantaseaba con la idea de poder regresar al circuito de rodeos. Le habían dicho que tenía pocas posibilidades, pero le resultaba muy duro aceptar que nunca regresaría a la vida que tanto le había gustado llevar durante más años de los que podía recordar.

Abrió el paquete, mientras pensaba que debería enviar un regalo de boda a Gaylynn y Hunter, aunque no hubiera habido boda, sino que simplemente se hubieran ido a vivir juntos.

Los golpes que se había llevado por el camino no podían haber deteriorado el contenido porque Gaylynn lo había empaquetado muy bien, metiendo dentro un montón de esas irritantes bolitas de plástico, que se pegaban a los dedos como cola.

Lo primero que encontró fue una nota.

Querido hermano pequeño:

Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien. Ojalá que la caja te ayude tanto como nos ha ayudado a Michael y *a mí. Mira, lo único que te puedo decir es que confiere unos poderes especiales a su propietario. A mí me ha convertido en una artista. ¿Te acuerdas de que yo no sabía ni trazar una línea recta? Bueno, pues ahora hasta he vendido algunos de mis dibujos.*

Quién lo habría pensado, ¿verdad?

Un beso,

Gaylynn.

P.S: Es muy antigua, así que trátala con cuidado. No la vayas a meter en esa especie de bolsa que tú llamas maleta.

Ah, ¿por qué no me llamas de vez en cuando? Por si no lo sabes en Arizona hay teléfonos. Ya te habrás enterado de que ahora soy una mujer casada. A los viejos no les hizo mucha gracia que no pasáramos por la

iglesia, pero les alegró que dejara mi trabajo en aquel colegio público de Chicago. Ahora estoy trabajando en una biblioteca y me encanta mi trabajo.

Junto a la nota de su hermana había otra que Michael había escrito a Gaylynn. El hermano mayor de Dylan era mucho más lacónico que su hermana y por lo tanto la nota era más breve.

Pensé que podrías encontrar esto interesante. Brett jura que en nuestro caso ha surtido efecto. Júzgalo tú misma.

Y por último había una carta, cuya escritura alargada no le resultaba familiar.

Al hijo mayor de la familia Janos:

Ya es hora de que conozcas el secreto de nuestra familia. Te envío esta caja que tiene una interesante leyenda. Estoy envejeciendo y no tengo tiempo, ni conozco tu idioma lo suficiente como para contártela. Pide a tus padres que lo hagan. Pero debes saber que esta bonita caja tiene el poder de hacerte encontrar el amor, allá donde lo busques. Si la usas con cuidado, serás muy feliz, pero si no la usas bien, serás muy desgraciado.

Dylan sacó del paquete una caja de metal, hermosamente labrada y enseguida pensó que aquella debía ser la famosa caja de la que había oído hablar en la boda de su hermano Michael. Se suponía que aquella cajita había juntado a Brett y a su hermano. Y a Gaylynn y Hunter parecía haberles pasado lo mismo.

Dylan se limitó a menear la cabeza. Sus hermanos siempre habían sido más fantasiosos que él. No sabía si había algo en la caja, lo único que había oído era que después de abrirla te enamorabas de la primera persona del sexo opuesto que veías, si es que creías en algo semejante, que no era su caso. Agitó la caja y oyó que algo se movía dentro.

AI abrirla, encontró una pequeña geoda, piedra que no había visto nunca hasta entonces.

De repente oyó un chillido que distrajo su atención de la geoda y la caja gitana y le hizo mirar a la ventana desde donde vio a Abbie. Estaba de espaldas a él, subida en lo alto de una valla. El siguiente chillido se tornó en gemido cuando tras perder el equilibrio se cayó en medio de un enorme barrizal.

Capítulo Cuatro

Dylan dejó la caja sobre una mesa a toda prisa, preocupado por si Abbie se habría hecho daño, ya que no la veía levantarse. No había caído desde muy alto, pero él sabía muy bien que sólo había que caer mal y... Por desgracia lo había visto en muchos rodeos.

Casi estuvo a punto de sacar la puerta de su cabaña de los goznes, cuando salió a toda prisa para ver cómo estaba Abbie.

-¿Estás bien? -le preguntó desde la posición en cuclillas en que se había puesto para verle la cara-. ¿Te has hecho daño? ¿Te has roto algo?

-No, sólo mi imagen ha quedado hecha pedazos. Es de idiotas caerse de una valla -al ver la cara de preocupación que tenía Dylan añadió-: No me he hecho daño, de verdad.

Sólo estoy avergonzada.

-Entonces, ¿por qué demonios sigues ahí tirada?

-Bueno, ya que estoy aquí, he pensado que debería aprovechar el momento. ¿No sabías que hay mujeres que pagan por darse baños de barro? Se supone que hacen maravillas en la piel.

Dylan se limitó a menear la cabeza al tiempo que ayudaba a Abbie a levantarse. Nunca reaccionaba como esperaba que lo hiciera. Era una caja de sorpresas.

-Déjame ayudarte -le dijo.

Abbie lo rechazó amablemente, negando con la cabeza y al hacerlo alguno de los rizos de su dorada cabellera cayó sobre su rostro, ligeramente manchado de barro.

-Estoy bien. No te preocupes. Me puedo levantar sola.

Justo acababa de decirlo cuando volvió a resbalar y estuvo a punto de caer, esta vez de bruces, sobre el barro.

-A no ser que lo que quieras ahora sea aplicarte una mascarilla de barro, te sugiero que me agarres la mano.

-De acuerdo -le dijo, tomándole la mano con desconfianza-, pero no intentes nada raro.

-No te preocupes, tu ya tienes una pinta lo suficientemente rara por los dos -se burló, entrelazando los dedos de Abbie con los suyos.

-Te estoy llenando de barro -le dijo, pesarosa, al tiempo que trataba de soltarse de él antes de mancharlo más.

-Tu eres la que tienes barro en la nariz -cuando Abbie, sin pensárselo dos veces fue a limpiarse, le dijo-: no, no, quieta, o no harás más que empeorar las cosas.

Abbie se miró los vaqueros llenos de barro.

-No creo que sea posible.

-Cualquier cosa puede ser posible -susurró él, antes de bajar la cabeza y rozar los labios de Abbie con los suyos.

Sorprendida ante tanta delicadeza inesperada se quedó como

petrificada.

Dylan la sujetó por los codos, pero no hizo ni el más mínimo intento de abrazarla, aunque aquel beso era tan poderoso que la mantenía allí inmóvil, expectante ante lo que no tardó en llegar. Dylan le apartó los labios con delicadeza y sus lenguas se buscaron con frenesí. El dulce beso se transformó así en toda una cálida manifestación del más apasionado deseo.

Las ansias que sentía de él impresionaron a Abigail, que parecía haber dejado a un lado todo su sentido común, y agarrada a las trabillas del vaquero de Dylan dejaba que el mundo diera vueltas a su alrededor, mientras ella era incapaz de separarse de aquel hombre. Cada vez que tomaba aire, sus senos rozaban el pecho masculino, haciendo que una oleada de placer le recorriera todo el cuerpo.

Como si se hubiera dado cuenta del estado en que se encontraba, Dylan le pasó una mano por la cintura, mientras que con la otra le sujetaba la nuca, lo que le permitió hacer su beso aún más apasionado.

Desde que lo conoció, su instinto femenino le había dicho que besar a Dylan le iba a perturbar de algún modo, pero lo que no había imaginado siquiera era aquellas maravillosas sensaciones que le estaba haciendo experimentar. Aquello era alarmante, pero por alguna razón se sentía incapaz de luchar contra ello, y en cambio se estaba abandonando.

Quien sabe cuánto tiempo hubiera permanecido allí, a la vista de todo el mundo, besando a Dylan como si en ello se le fuera la vida, de no haber sido por el inconfundible estruendo del claxon del todo terreno de Ziggy.

Que le hubieran tirado encima todo un barril de agua fría no le hubiera hecho recuperar el sentido común con tanta rapidez. Al separarse a toda prisa de Dylan se dio cuenta, por las manchas de barro que le había dejado en la ropa, que había llegado a apoyar las manos en sus hombros.

Para alivio suyo, Ziggy estaba demasiado emocionado con las noticias que traía como para hacer algún comentario sobre la embarazosa situación en que les había encontrado.

-¡He terminado mi último trabajo y es magnífico! ¡El mejor! Anoche me habló y no pegué ojo -tomó a Abigail en sus brazos y la besó en la mejilla-. Has hecho de mí un hombre nuevo, dejándome venir aquí a trabajar y he venido a mostrarte mi agradecimiento. ¿Estás lista para la cama?

-¿Qué clase de pregunta es ésa? -gruñó Dylan, tirando de ella para apartarla de Ziggy y atraerla contra él.

-¡No seas ridículo! -exclamó Abigail, al tiempo que se apartaba bruscamente de él.

-¿Te está dando problemas? -le preguntó Ziggy, que de repente se dio cuenta de las chispas que aún desprendían los ojos de Dylan y Abigail.

-¡Sagrada empanada de búfalo! -masculló Abigail.

-¿Qué has dicho? -preguntó Dylan, sorprendido.

-Abbie tiene sus propios juramentos -le respondió Ziggy-. Yo puedo jurar en tres idiomas: alemán, francés e italiano y le he ofrecido enseñarle alguno, pero ella prefiere los suyos.

-¿Qué tiene que ver eso con que le preguntes si está lista para la cama? -preguntó Dylan, que no estaba dispuesto a dejar pasar aquello.

-Porque ya he terminado una cama para ella -le respondió Ziggy, al tiempo que señalaba el todo terreno, donde apenas si se podía adivinar el cabecero y parte trasera de una cama de madera.

-Ziggy hace maravillosos muebles de encargo además de sus esculturas -le explicó Abigail, separándose más de Dylan.

-También he traído a Mutti, Heidi y Gretel, y las he dejado en el granero. Me dijiste que podías cuidar de ellas mientras yo buscaba más madera que me hablara.

-¿En alemán, francés o italiano? -preguntó Dylan, burlón, lo que le valió un codazo de Abigail en el estómago, que añadió una mancha más a su camisa.

-Abbie, ¿por qué estás llena de barro? –preguntó Ziggy

-Me caí de la valla como una estúpida. Me he subido a vallas como ésa desde que era una cría, pero de repente, sin saber por qué, simplemente me resbalé -se encogió de hombros-. Me debo de estar haciendo descuidada con la edad.

Dylan se acercó a examinar la parte de arriba de la valla.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Abbie.

-Asegurándome de que ha sido sólo un accidente y no un intento más de sabotaje.

-No le puedes echar la culpa de mi torpeza a Hoss Redkins. Puede haber sido tu magia cíngara la que me hizo caer en el charco de lodo, del mismo modo en que hiciste que el caballo tirara a Hoss al abrevadero.

Dylan pensó en su caja mágica, pero no dijo nada. Sabía muy bien las sospechas que solían despertar sus orígenes húngaros. Había veces que constituía un aditivo más a la mística de su persona como participante en rodeos, pero otras veces provocaba que la gente al enterarse se palpara la chaqueta para ver si tenía la cartera. El hecho de que él, nacido y criado en Chicago, tuviera supuestamente magia con los caballos, sólo hacía creer más a la gente que era diferente de los demás vaqueros.

Dylan no creía que a los caballos se les domase. Decía que lo que hacía era conseguir que pensaran como él. Montar a caballo, según él

tenía más que ver con la cabeza que con cualquier otra cosa, y las mejores herramientas eran las manos.

Se preguntó si conquistar a Abbie, no sería un poco lo mismo. Lo que necesitaba era un plan para cortejarla, para hacerla pensar como él.

Se solía fijar mucho en los ojos y orejas de los caballos para tratar de sintonizar con ellos. En una mujer los ojos eran también importantes y en los de Abbie había visto que le deseaba y además se había dado cuenta de cuánto en aquel beso tan apasionado.

Dylan había deseado a muchas mujeres antes, pero nunca con aquel a intensidad.

Estaba decidido a hacerla suya lo antes posible.

Ziggy le pareció de lo más oportuno cuando le pidió que le ayudara a subir la cama a la habitación de Abbi. Aceptó de inmediato, a pesar de las protestas de el a.

-Randy y Hondo te pueden ayudar.

-Están arreglando vallas -indicó Dylan.

-No estaría mal que tú hicieras lo mismo -masculló Abbie.

-Sólo estoy tratando de ayudar, señora -dijo Dylan, con picardía en la mirada.

Ver a Dylan en el santuario que para ella representaba su dormitorio resultó ser tan perturbador como había imaginado. Además la instalación de la cama llevó más tiempo del que pensaba y estaba deseando darse una ducha, pero no se atrevía porque el baño comunicaba con la habitación y no estaba dispuesta a desnudarse para meterse en la ducha, teniendo a Dylan tan cerca. Resultaba demasiado tentador...

Enseguida se dio cuenta de que tentador no era la palabra que debía pensar, sino más bien, perturbador.

Cuando vio que la mirada de Dylan estaba fija en la cómoda que Ziggy le había hecho cuando aún vivía en Great Falls, no tardó en darse cuenta de que uno de sus cajones estaba medio abierto dejando ver parte de uno de sus camisones. Enseguida se acercó al mueble y cerró el cajón.

-Acabo de ganar una apuesta -le dijo, mirándola con picardía-, la de que cerrarías ese cajón tan sólo diez segundos después de darte cuenta de que estaba abierto.

-Eres demasiado observador -ironizó.

-En lo que a ti se refiere nada es demasiado.

Abigail trató de decir algo ingenioso, pero su mente estaba totalmente en blanco.

-Me gusta la fotografía de los álamos temblones que tienes sobre la cama -le dijo Dylan al notarla incómoda.

-Gracias. La tomé en Colorado hace unos años porque me

recordaba a la arboleda que hay aquí. ¿Sabes que si destruyes un álamo temblón muere toda la arboleda?

-Yo no uso álamos para mis trabajos -intervino Ziggy-. El pino se trabaja muy bien

-pasó la mano con cariño por los nudos de la madera-. Le he puesto un barniz especial.

Fijaos como brilla.

Lo que Dylan vio bril ar fue los ojos de Abigail, tan azules como el cielo. Había visto un ardiente deseo en ellos. Suficiente como para darle esperanza.

Aquella noche, después de cenar, Abigail estaba sentada en la habitación de la planta superior, que había convertido en despacho, tratando de escribir un capítulo de su novela, cuando oyó tocar la guitarra a alguien. Apenas si consiguió escribir unas frases más en su ordenador, antes de que aquella dulce música le hiciera levantarse y asomarse a la ventana para ver quien estaba tocando.

Aunque apretó la nariz contra el cristal no consiguió ver quién estaba en el porche.

Sabía que tenía que terminar el capítulo aquel a noche, así que el sentido del deber le hizo regresar a su ordenador.

Pero la seductora música continuaba sonando, así que un cuarto de hora después tiró la toalla y con la disculpa de tomar algo fresco se dirigió a la planta de abajo. Tras tomar una botella de zumo del viejo frigorífico salió al porche.

Lo primero que vio fueron sus botas, apoyadas en la barandilla del porche. Eran las mismas botas que había visto cuando estaba tirada en el barro, aunque ahora estaban limpias. Ella también y se había puesto una falda de flores y una camisa rosa que la hacían sentirse muy femenina. El hecho de saber que estaba guapa le daba más confianza en sí misma a la hora de enfrentarse a la misteriosa mirada de Dylan.

Su única audiencia era un gato que estaba cómodamente tumbado sobre la barandilla, no muy lejos de sus pies.

-Parece que has hecho un amigo -le dijo, al tiempo que se sentaba en la otra mecedora que había en el porche-. Ese gato mantiene las distancias conmigo, pero parece haber hecho muy buenas migas contigo.

-Se me dan bien los animales -admitió Dylan.

-No me sorprende. Lo que si me resulta extraño es encontrarte aquí tocando eso -le dijo, señalando la deteriorada guitarra. La había encontrado en el armario del capataz y como el a también sabía tocarla, la había dejado allí, por si acaso no regresaba su dueño.

-Yo soy el primer sorprendido -replicó Dylan.

-¿Por qué?

-Digamos que hasta ahora nunca había tenido talento para la

música. De hecho, de niño el sacerdote que nos dirigía en el coro me pidió que no cantara, sino que simplemente moviera los labios. Imagínate lo malo que era.

-¡Vaya forma de tratar a un niño! -dijo Abigail, indignada por él.

-Lo dices porque nunca me has oído cantar.

-Pues déjame escucharte ahora.

Dylan negó con la cabeza.

-Vamos, yo cantaré contigo algo sencillo, como por ejemplo *Mi casita de papel.*

Aunque se inventó la mayoría de la letra, tenía una voz muy bonita y muy sexy. Abbie pensó que no cabía duda de que aquel hombre sabía cantar casi tan bien como besar.

Por más que lo había intentado, Abigail no había podido olvidar aquel beso que se habían dado. Un beso que, por un momento, le había hecho perder el control de sí misma. Aunque después de eso sentía aún más ganas de él, sabía que tenía que ser cautelosa.

Mientras cantaba con Dylan no podía dejar de mirar la parte del muslo que le dejaba al descubierto el roto de su pantalón y tampoco sus manos, unas manos encallecidas, pero de largos dedos que acariciaban con suavidad la guitarra, siendo capaz de crear pura magia, y no sólo en un instrumento sino también en el cuerpo de una mujer. El suyo.

Al darse cuenta de que le estaba mirando con deseo bajó la mirada hacia el gato y preguntó a Dylan:

-¿Dónde aprendiste a tocar?

-No te lo vas a creer si te digo que hace unos días. Encontré la guitarra en un armario.

Espero que no te moleste que la esté usando.

-No, claro que no. Debes de tener muy buen oído, a pesar de lo que dijera aquel sacerdote.

-Ya, o a lo mejor es que soy más lento que los demás y no he aprendido hasta ahora

-le dijo, sonriendo con picardía.

-Lo dudo mucho. Me pareces muy rápido en general.

-No lo dirás por ti. Llevo aquí casi dos semanas y todavía no te he pedido que salgas conmigo. Por cierto, hay un baile el sábado por la noche en Big Rock, ¿por qué no vienes conmigo?

-Gracias, pero es mejor que no.

-¿Por qué? No me digas que tienes miedo -le preguntó burlón-. ¿De un pobrecito como yo?

-Cualquier mujer lo tendría si sus hormonas...

-¿Sí? Sigue -le instó, con una sonrisa de satisfacción.

Molesta porque actuara como si supiera exactamente lo que ella estaba pensando, decidió decirle algo que le asustara.

-Le pidieran que se estabilizara y formara un hogar -Abigail pensó que sólo con decir esto huiría despavorido-. Cualquier hombre inteligente debería fijarse más en el terreno que pisa en casos como éste.

-Lo haré. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación tan interesante.

-No contengas la respiración -murmuró Abigail, al tiempo que apartaba los ojos de él.

-Eres tú la que lo haces cuando te beso.

-Será mejor que olvidemos ese beso. Como si nunca hubiera sucedido.

-No creo que podamos.

-Cualquier cosa es posible. Tú mismo lo dijiste.

-Pues si cualquier cosa es posible, ven conmigo al baile.

-No creo que sea una buena idea.

-¿Por qué no?

-Porque trabajas para mí.

-¿Tienes miedo de no ser capaz de resistirte a mis encantos?

-Claro que no. De acuerdo -aceptó, dándose cuenta de que era inútil discutir con él-, iré contigo a esa fiesta.

A pesar de todos los recelos iniciales de Abigail, se pasó mucho tiempo preparándose para su cita con Dylan.

-No es una cita de verdad -murmuró por enésima vez delante del espejo de su tocador.

-¿Y cómo lo quieres l amar entonces? -le preguntó Raj desde la puerta de la habitación.

Toda la pieza estaba revestida con pino que hacía juego con el color de las vigas. Abigail había además comprado una moqueta de color crema, aún a sabiendas de que no era el color más apropiado para el rancho-. ¿Sabes? la moqueta está manteniéndose mejor de lo que había pensado.

-Sí, tienes razón -corroboró Abigail.

-Creo que deberías ponerte esa falda vaquera con volantes que tienes.

-Ya, y tener a todos los vaqueros de Big Rock mirándome las piernas -le dijo Abigail, horrorizada ante la idea-. De ninguna manera.

-¿Te preocupan todos los demás hombres o Dylan?

-¿Tú qué crees?

-Que existe una poderosa química entre vosotros dos. Y por cierto, me he dado cuenta de que el héroe de tu última novela se parece mucho a Dylan.

-¿En que es terco como una mula?

-No. Me refería más bien a cuando hablas de sus labios carnosos y el brillo de sus ojos.

O del modo en que se pasa los dedos por el pelo antes de volverse a colocar el sombrero.

-¡Vaya! -Abigail se dejó caer en la cama, compungida-. No me había dado cuenta.

-Pues está claro que se lo has visto hacer a Dylan antes de escribirlo en tu libro -dijo Raj.

-No, me refiero a que no me había dado cuenta de que lo había escrito. ¿Qué voy a hacer?

-Vestirte. Dylan vendrá dentro de un cuarto de hora.

-¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros?

-¿Nunca has oído lo de que tres son multitud? Además, esta noche tengo una cita erótica con Clint.

-¿Qué Clint?

-Clint Eastwood. ¿Quién va a ser? ¿Es que hay otro Clint? Van a poner tres películas suyas seguidas en la televisión.

Abigail se subió la cremallera de la falda vaquera más discreta que tenía. Aún así se le subió un poco mientras, sentada, se ponía las botas.

-¿Sabes? -dijo Raj-, me sorprende que tu tío pusiera una antena parabólica, teniendo en cuenta lo destartalado que estaba el rancho.

-Shem me dijo que había sido Dylan el que se la trajo a mi tío hace unos años.

-Muy generoso por su parte.

-Nunca dije que no fuera generoso, pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que sea un vaquero. No estoy dispuesta a volver a tener ninguna relación amorosa con un vaquero.

-A pesar de todo lo que te quejas, sabes que te lo vas a pasar de maravilla esta noche.

-¿Sabes? Creo que esos vaqueros llevan en la sangre lo de perseguir cualquier cosa que se mueva. Piensa en ello un momento, están acostumbrados a correr detrás de terneros y vacas, hasta que los acorralan. Todo se limita a una competición para ver quien aguanta más.

-Me parece que esto se va a poner muy interesante -comentó Raj, con una sonrisa picara.

Abigail le tiró un cojín a la cara.

-¡Te estoy hablando en serio! Tal vez si dejo de correr, él deje de perseguirme. ¿Qué te parece?

-Lo que me parece es que es él quien está a la puerta. Se te ha olvidado ponerte el pendiente izquierdo -le dijo Raj, dándole el pendiente de plata y turquesas.

-Lo que tendría que ponerme es un cinturón de castidad -murmuró Abigail.

-Después de ver con que pasión os besabais el otro día en el corral,

la verdad es que creo que no te vendría mal.

Abigail se detuvo en seco mientras bajaba las escaleras, haciendo que Raj se tropezara con ella.

-¿Lo viste?

-Resultaba difícil no verlo.

-¡Fantástico! ¿Y quién más lo vio? ¿Estaban Shem y sus hijos por allí?

-No, recuerda que estaban arreglando vallas.

-Gracias a Dios. ¿Qué haces? -preguntó Abigail, al ver como Raj le desabrochaba los dos botones superiores de la blusa.

-¿No ibas a dejar de correr para que Dylan dejara de perseguirte?

-Tienes razón.

Abigail se echó el pelo hacia atrás, dejando a la vista un prudente escote. El collar de plata que se había puesto, que tenía a en el centro el dibujo de una pata de oso, era para el a como un amuleto de buena suerte. Tenía la sensación de que aquella noche lo iba a necesitar.

Otro golpe impaciente en la puerta le recordó que Dylan estaba aún esperando a que lo recibiera. Al abrir la puerta y verlo casi se quedó sin respiración.

Estaba como para comérselo. Se había puesto muy elegante, o al menos todo lo elegante que se podía poner un vaquero. Camisa blanca, impecable, y vaqueros nuevos.

Lo que la dejó de piedra fue que llevaba un lazo de cuero en el cuello de la camisa sujeto con un broche de plata en el que se podía ver grabado el mismo dibujo de la pata de oso que tenía el a en su col ar. Abigail se preguntó cómo era posible tanta casualidad. No podía saber que ella tenía un col ar como aquél porque no se lo había puesto nunca delante de él. Por supuesto era un dibujo bastante popular, pero aún así, le ponía nerviosa tanta casualidad. Era como si se tratara de una señal de que aquel a cita, o como se la quisiera l amar estuviera ya predestinada.

-Te veo muy bien -le dijo Dylan.

-Yo a ti también -replicó ella.

-Muchas gracias, señora -le dijo, al tiempo que se echaba un poco hacia atrás el borde del sombrero con el pulgar. ¿Estás lista?

-Portaos bien, chicos -les dijo Raj, con sorna desde la puerta.

-Yo siempre me porto bien -afirmó Dylan.

-Y eres todavía mejor cuando te portas mal, ¿verdad? -dijo Abigail, dando la primera señal a Dylan de que aquella noche estaba diferente. Ya se había percatado de los dos botones desabrochados, así como de que no podía apartar la vista del nacimiento de sus senos. Por alguna razón aquella mujer le ponía nervioso.

Mientras la ayudaba a subir a la camioneta Dylan recordó la última vez que había estado allí, el día en que le salvó la vida. No habían

tenido más percances desde entonces, a pesar de las advertencias amenazadoras de Hoss. De todos modos Dylan había tomado precauciones, haciendo instalar, por ejemplo un sistema nuevo de iluminación para todo el rancho. Después de todo, toda precaución resultaba insuficiente cuando se trataba de proteger a una mujer. Sobre todo si esa mujer era Ábbie.

El baile tuvo lugar en un edificio que se usaba para todo, desde jugar al bingo hasta celebrar reuniones de rancheros. Una placa en la puerta dejaba constancia de que el padre de Hoss Redkins lo había hecho construir en 1947 para el provecho de la comunidad y no era más que una prueba más del poder que durante décadas había ostentado la familia Redkins. Estaban acostumbrados a conseguir siempre lo que deseaban y ahora querían el rancho de Abigail.

-Hondo y Randy me dijeron que vendrían también -le dijo, al tiempo que le abría la puerta educadamente con una mano, manteniendo la otra en su hombro-. Si Hondo baila igual que come, lo tenemos claro.

La banda ya estaba tocando música tradicional. No habían pasado cinco minutos desde que estaban allí cuando Dylan la sacó a bailar.

Como el recinto estaba lleno no les quedó más remedio que bailar muy juntos, para satisfacción de Dylan que estaba encantado de tener a Abbie en sus brazos.

-Eres estupenda -le dijo al oído, porque la música estaba muy alta.

-Tú también -le replicó Abbie, que como tuvo que volver la cabeza para decírselo no pudo evitar que sus labios quedaran a pocos milímetros de los de Dylan. Al darse cuenta, perdió el paso y estuvo a punto de pisarlo.

-No te preocupes -le dijo él, con una voz tan seductora que hizo que un cosquilleo le recorriera el cuerpo-. Las cosas irán más lentas dentro de poco.

¿Las cosas? ¿Qué cosas....? ¿Tal vez su corazón? Lo sentía como un cabal o desbocado.

Tal y como había intuido Dylan, cuando la banda terminó de tocar aquella pieza, interpretaron una balada, que hablaba de un hombre que había engañado a una mujer.

Dylan no se limitó a sujetarla por la cintura, como había hecho en la canción anterior, sino que la estrechó en sus brazos y bailaron mejilla contra mejilla. Abigail se sintió tentada a cerrar los ojos y recorrerle la cara con los labios; tentada a quitarle el sombrero y enredar los dedos en su pelo negro como la noche.

Hasta el tercer golpecito que recibió en el hombro, Dylan no se dio cuenta de que Randy estaba a su lado, mirándolo.

-Piérdete -gruñó Dylan.

-Eso no ha sido muy amable por tu parte -le reprochó Abigail, al

ver cómo Randy se apartaba con el ceño fruncido.

-¡Maldita sea! ¡Que se busque su propia chica!

Para cuando terminó el baile, Abigail tenía la boca seca y el corazón le latía a toda velocidad. Como compadeciéndose de lo tremendamente excitada que se encontraba, la banda se tomó un descanso de quince minutos.

-Hace mucho calor aquí -dijo Abigail, al tiempo que se pasaba una mano por la frente.

-¿Te apetece una bebida fría?

-¡Qué buena idea, gracias!

-Quédate aquí, que yo iré a enfrentarme con la multitud -dijo Dylan, señalando a la gente que se agolpaba ante una improvisada barra.

Mientras lo esperaba, Abigail se puso a escuchar las conversaciones que estaban teniendo lugar alrededor suyo, algo muy típico de una escritora como el a. Una de el as atrajo especialmente su atención.

-He oído decir que tiene sangre gitana -dijo una rubia teñida que estaba a su lado.

Cuando la mujer continuó la conversación especulando sobre que clase de amante sería Dylan, Abigail estuvo a punto de abofetearla, pero se sobrepuso a la tentación pensando que no se podía esperar otro tipo de comentario de una mujer que llevaba una camiseta ceñida que ponía *Las chicas se vuelven locas por los traseros de los vaqueros,* sin sujetador debajo.

Y para empeorar las cosas, la muy fresca se empezó a pavonear delante de Dylan hasta llegar a colgarse de su brazo, provocándole con todo tipo de movimientos insinuantes.

Abigail estaba ya a punto de acercarse a ella y decirle que le quitara las manos de encima porque era suyo cuando recobró el sentido común y se reprimió.

No sabía qué hacer. Podía empujar a la rubia para que le tirara encima la bebida a Dylan, pero sabía que no estaba bien hacer una cosa así y a ella la habían educado para ser una buena chica.

Se preguntó qué harían las heroínas de sus libros, si estuvieran en su caso y encontró la respuesta al pensar en Loretta, la más atrevida.

-Cariño, los crios están en la furgoneta y no hacen más que preguntar por su padre

-dijo Abigail a Dylan-. Andy, Billy, Cali, Dydley, Eliot y Fred...

-¿Tienen seis hijos? -preguntó la rubia, sorprendida.

-¿Le extraña? -dijo Abigail-. Pues será que usted no debe ser de por aquí.

-Soy de Great Falls.

-Mira cariño, es de donde solías vivir tú -dijo Dylan, con una sonrisa-. Me gustaría poder hablar más con usted, pero ya ha oído a

mi mujer, los niños están llorando.

Tomó a Abigail por el brazo y se la llevó, no sin antes comprar dos latas de refresco.

Una vez que estuvieron solos, en un rincón alejado de la sala, Dylan dijo:

-Si no me equivoco acabas de hacer lo mismo que la protagonista de tu último libro.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque lo leí. Por cierto me gustó bastante.

Con una sonrisa, Abigail pensó que tal vez pudiera tener algo con aquel hombre, después de todo.

-De todos modos podías haberte buscado un nombre mejor que Fred.

-¿Qué?

-Para nombre de uno de nuestros hijos. Por cierto eran todos chicos. ¿No quieres tener ninguna hija?

-Sólo estaba bromeando.

-¿En lo de poner a uno de nuestros hijos Fred? Menos mal.

-En vez de Fred, le puedo poner Ferdinand -le dijo, burlona.

-No hay quien pueda contigo -le dijo, con admiración.

-Vamos chicos -gritó al micrófono el bigotudo cantante-. Ha llegado el momento de disfrutar del talento musical de los asistentes. Si alguno de vosotros quiere cantar, ahora tiene la oportunidad de subir a hacerlo con nuestra banda.

Dylan no estuvo nunca muy seguro de como había terminado en el escenario, pero siempre tuvo la sensación de que Abigail debía haber hecho una seña para que lo sacaran los componentes de la banda. De manera que, sin haberlo pensado, se encontró cantando en el escenario. Interpretó una canción muy romántica y no dejó de mirar a Abbie ni un momento, lo que hizo que al final ella sintiera que le temblaban las piernas de emoción.

Para cuando terminó de cantar, con aquella voz melodiosa que parecía haber adquirido recientemente, ya todas las mujeres del local estaban pendientes de él y le aplaudieron y vitorearon, enloquecidas.

-Muchas gracias -dijo, con una sonrisa que provocó una mayor aproximación del sector femenino al escenario-. Si me pudiera ver ahora mi familia.

Abigail sí que le estaba viendo en aquel momento y lo estaba pasando fatal al recordar que había prometido no tener más historias amorosas con vaqueros. Hasta que de repente se dijo que seguramente había personas por las que merecía la pena correr riesgos, y que Dylan era, sin duda, una de ellas.

Cuando bajó del escenario y la tomó entre sus brazos, ella le devolvió el abrazo.

-Salgamos de aquí -le susurró al oído.

Minutos más tarde estaban besándose bajo la Vía Láctea. Aquella lengua tentadora jugueteando con las comisuras de su boca le hacía sentir un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo.

Para mostrarle que aceptaba su beso se abrazó a su cuello. La presión de su boca fue suave hasta que consiguió quitarle el sombrero. Había estado deseando hacerlo para poder acariciarle el pelo, pero sabía que los vaqueros eran muy especiales con sus sombreros. Y no era que Dylan dejara que fuera una molestia, porque se las arreglaba muy bien para encontrar la posición adecuada en la que poder besarla sin que les importunara.

La humedad de su lengua la impidió seguir pensando. Murmuró el nombre de Dylan y apartó los labios. Le había puesto una mano en la cintura y tenía los dedos extendidos de modo que casi le rozaba un pecho. Con la otra mano le tenía sujeta la cabeza y jugueteaba con sus cabellos.

A un beso le sucedió otro, cada vez más pasional. Estaban completamente centrados el uno en el otro cuando una sonora carcajada hizo añicos la magia del momento.

-¡Vaya con el vaquero gitano! Parece que está utilizando sus artes amorosas para conseguir el rancho de Turner -se burló Hoss Redkins.

Capítulo Cinco

A Abigail no le pasó desapercibida la tensión de Dylan antes de volverse a mirar a Hoss y a su hijo.

Al recordar el último encuentro entre ellos en su rancho, sujetó a Dylan con todas sus fuerzas.

-No le hagas caso -le susurró-, no es más que un fanfarrón buscando problemas.

-Y los acaba de encontrar -gruñó Dylan.

-No le des la satisfacción.

-¿Y que hay de mi propia satisfacción?

-Eres mejor que él y tienes la suficiente fuerza de voluntad como para marcharte.

-¿Acaso necesitas permiso de tu jefa para hablar? -le provocó Hoss, haciendo que Dylan avanzara hacia él, mirándole con ojos amenazadores-. No creas que puedes volver a usar esa magia negra contra mí. No estoy sobre un caballo, y además esta vez tengo protección -lo amenazó, señalando a su hijo y a otros dos hombres que salieron de entre las sombras-. No te queremos por aquí.

-Te aseguro de que toda protección te será insuficiente. No eres más que un bigotudo retrasado mental que está dejando la buena imagen de los rancheros por los suelos -gritó Abigail, furiosa.

-¿Ahora, quién es la que está provocando una pelea? -le preguntó Dylan con ironía.

-Las mujeres nunca podrán ser buenas rancheras -afirmó Hoss-. Se alteran con demasiada rapidez. ¿Por qué no os hacéis un favor y termináis con las tonterías antes de que se compliquen más las cosas? Os he hecho una oferta muy sustanciosa por el rancho de tu tío. Tu padre piensa que deberías vender...

-¿Ha hablado con mi padre? -preguntó Abigail, con incredulidad.

-Claro que sí. Pensé que él te podría hacer entrar en razón.

-¡Mi padre no es el propietario del rancho, sino yo y no voy a vendérselo!

-Deje de hacer afirmaciones histéricas que pueda lamentar más tarde -dijo Hoss-. No creo que quiera tenerme como enemigo y además pronto se dará cuenta de que el rancho es demasiado para usted. Su padre fue muy inteligente al venderme su parte hace años.

Lo mismo que hará usted al final.

-Espere sentado.

-Lo único que tengo que hacer es cortar el agua, que por si no lo sabe tiene que pasar por mis tierras para llegar a las suyas desde el río -Abigail no lo sabía-. Una sola palabra mía y ya no podrá ni cocer un huevo. A no ser que compre agua mineral en el pueblo. He oído decir que al ganado le gusta ese agua con burbujas -soltó una desagradable carcajada-. Así que piénselo y tenga cuidado. No querría que le pasara

nada ni al rancho ni a usted, o a alguno de sus amigos extranjeros.

-No va a pasarle nada a nadie -su voz expresaba casi tanta dureza como su rostro-, porque si fuera así vendría a por usted.

-¿Lo habéis oído, chicos? Estoy casi temblando -se burló Hoss.

-O simplemente podría echarle una maldición gitana en este mismo momento -le dijo Dylan.

Hoss pareció desconcertado por un momento, pero enseguida dijo:

-Llevo ajo. ¡No puedes tocarme!

-El ajo es para los vampiros. Además no necesito tocarle.

-Tengo entendido que también es bueno para evitar los resfriados -intervino Abigail, burlona, haciendo un tremendo esfuerzo para no echarse a reír.

-No me resfrío jamás -dijo Hoss.

-Me alegro por usted. Disfrute de su buena salud mientras pueda. Para un hombre en su estado toda prevención resulta insuficiente -frunció el ceño y le miró misteriosamente-.

¿No ha oído hablar nunca del mal de ojo, Redkins?

Hoss agarró con fuerza la cabeza de ajo que llevaba al cuello y dio un paso atrás, tropezándose con su hijo.

-¡Papá, me has pisado! -gritó el muchacho, dando saltos con un pie y sujetándose el otro con una mano-. Creo que me lo has roto.

-¡Es culpa suya! Creo que me ha echado mal de ojo -exclamó Hoss, apuntando a Dylan con un dedo tembloroso-. Vosotros sois testigos, chicos. Voy a contárselo al sheriff

-amenazó antes de ayudar a su hijo a entrar en el lugar donde se estaba celebrando el baile-. ¿Qué hacéis ahí parados? Ayudad a entrar a mi hijo -desde la puerta se volvió para proferir una amenaza final- ¡Esta vez has ido demasiado lejos, Janos y vas a pagar por ello!

-Vamonos -le dijo. La tomó de la mano y se dirigieron al camión.

-¿Es verdad que puede desconectar el agua? -preguntó Abigail.

-No lo sé, pero tengo el presentimiento de que si fuera tan fácil, ya se lo habría hecho a Pete hace años -Abbie pensó que podía tener razón-. Lo más probable es que estuviera fanfarroneando para asustarte y hacerte vender.

-No se saldrá con la suya porque no me asusto con facilidad.

-Excepto cuando estás en mis brazos -le dijo Dylan, ya en el camión-. Me preguntó a qué se deberá.

-Esta noche no me he asustado.

-Es verdad y me pregunto la razón.

-Tal vez haya decidido no seguir huyendo.

-O tal vez estés tramando algo.

-¿Qué iba a estar tramando?

-Con una mujer con una imaginación como la tuya siempre existe la posibilidad de que esté tramando algo.

-Parece como si fueras tú el que tiene una imaginación calenturienta.

-¿Entonces me estás diciendo que estás dispuesta a acostarte conmigo?

-¡No!

-¿Qué te parecería hacer el amor bajo las estrellas?

-No confundas el amor con el sexo.

-El sexo también es parte de la vida.

-Tu especialidad no es la de vivir, sino la de partir-afirmó contundente.

-Bueno, todos nos marchamos, antes o después. Por eso tenemos que disfrutar del momento.

-Eso es lo que los hombres han estado diciéndole a las mujeres desde la prehistoria.

Ellos se han pasado la vida siguiendo su código de honor, peleando en las guerras, conquistando tierras y a otras mujeres. La que se quedaba siempre en casa haciendo el trabajo sucio era siempre la mujer. Además eres más joven que yo.

-¿Cómo? -le preguntó, incrédulo.

-Ya me has oído.

-Vale, soy más joven. ¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

-No estoy buscando una historia pasajera. A estas alturas de mi vida deseo encontrar a alguien que me dé un poco de seguridad...

-Ya, y por eso dejaste tu cómodo trabajo de bibliotecaria y te viniste a levantar este rancho.

-Vale, vale. Todos tenemos derecho a caer en alguna contradicción. Pero tú no vas a ser una de ellas.

-¿Y por qué no?

-Porque no. Escucha, sé que esto es para ti un juego, el mismo tipo de desafío que te supone permanecer en la silla ocho segundos.

-Oh, puedo permanecer en la silla más de ocho segundos -le aseguró con una sonrisa picara.

-Eso ya me lo habían dicho antes, vaquero.

-Pero yo no.

-¿Y qué te hace diferente?

-Esto -se volvió hacia el a y capturó sus labios en un beso apasionado.

Una brisa de verano los envolvió, al igual que Dylan envolvió su lengua con la de Abigail, alimentando más el fuego que los consumía. La tenía abrazada con fuerza contra su excitado cuerpo, haciendo que se diera cuenta de cuánto la deseaba.

-Esto es algo especial. Contigo lo que siento es diferente a cuando he estado con otras personas -afirmó Dylan con vehemencia, dejando

de besarla un momento.

-Hay química entre nosotros -dijo el a, apartándose un poco.

-O magia -susurró él.

Abigail meneó la cabeza y sus dorados rizos le cayeron sobre la cara.

-No creo en la magia.

Dylan le apartó un mechón de los ojos.

-¿Escribes sobre el amor y no crees en la magia?

-No del tipo que practicas tú.

-¿Y de que tipo es?

-Temporal -y tras decir esto, se metió en el camión y cerró la puerta.

Durante el trayecto de quince minutos hasta el rancho, no cruzaron ni media palabra. Iban escuchando una cinta de Chris LeDoux que hablaba de la vida en los rodeos, corroborando todo lo que pensaba Abigail sobre los vaqueros y poniendo melancólico a Dylan que añoraba ese mundo.

-Esto es ridículo -dijo Dylan, al tiempo que apagaba el cassette y el motor a la vez.

-Me alegro de que al final también tú hayas llegado a la misma conclusión.

-¿Por qué tendré la sensación de que no estamos hablando de lo mismo?

-Porque siempre parece que no hablamos de lo mismo. A ti sólo te interesa una cosa y los dos sabemos qué es.

-Solía ser competir en rodeos -dijo Dylan, al tiempo que tras quitarse el sombrero se pasaba los dedos por el pelo, para volverse luego a poner el sombrero de nuevo.

Abigail pensó que estaba claro que para él los rodeos todavía eran lo primero.

-¿Hechas de menos a todas esas chicas que enloquecidas con cada palabra tuya?

-No eran precisamente mis palabras lo que las enloquecía, cariño.

Muy a su pesar, Abigail sintió un ramalazo de celos.

-Estoy segura, y también de que disfrutaste de cada segundo.

-Me gustaba divertirme como a todo el mundo, pero habría estado loco si hubiera arriesgado mi vida aceptando todas las invitaciones.

-Está hablando un hombre que arriesga su vida cada vez que sale a la arena del rodeo.

-No es tan peligroso como lo otro.

-No me digas -su tono era burlón.

-No lo es, no más que el fútbol, por ejemplo.

-Vaya eso me tranquiliza de veras -ironizó.

-¿Estás preocupada por mí?

-¿Debería estarlo?

-Mis días de rodeo han quedado atrás para siempre, según parece -señaló, con un poco de amargura en la voz.

-Sí, pero darías cualquier cosa por volver a tener la oportunidad de romperte el cuello.

Dylan se encogió de hombros.

-Él riesgo forma parte del mundo del rodeo. ¿Nunca has deseado algo tanto como para querer arriesgarlo todo por ello?

-Sí yo también he corrido riesgos.

-¿Lo ves?

-Pero sólo corrí riesgos cuando sabía que tenía bastantes posibilidades de ganar.

-¡Demonios, yo tenía muchas posibilidades de volver a ganar los campeonatos nacionales este año! Estaba el segundo cuando me rompí la pierna -se la frotó con la mano.

-¿Bailar esta noche te la ha puesto peor?

-No, el baile no me ha puesto peor, maldita sea -gruñó-. Ya que lo quieres saber, tú eres la que me estás poniendo peor.

-¿Yo? ¿Qué es lo que he hecho?

-Besarme con toda tu alma y después tratar de fingir que no ha sucedido nada importante -una sonrisa iluminó su rostro de repente-. Por suerte para ti no soy un tipo rencoroso.

-Sí, ya, ahora me vas a decir que eres un modelo de paciencia -replicó, burlona.

-Pues sí, por eso puedo hacer esto -le dio un beso rápido en la mejilla-, y después marcharme. Buenas noches -sin decir más se despidió de ella, con un ligero toque en el sombrero y se alejó silbando alegremente por lo bajo.

-¡Escucha vaquero, ya sé que eres especialista en marcharte! -le gritó Abigail -también era un especialista en besar, pero no pensaba decírselo.

Ya se había sentado en el todavía deteriorado columpio del porche, cuando, para su sorpresa vio que Dylan regresaba hacia el a, lo que le hizo continuar con su diatriba contra el género masculino.

-Los hombres han olvidado cómo ser románticos, si es que alguna vez lo supieron.

-Eso no es cierto. Los hombres pueden ser tan románticos como las mujeres.

-Todavía no he conocido a ninguno.

-Pues lo tienes delante de ti.

-¿Tú?

-Sí, yo. ¿No me crees?

-Di algo romántico. Vamos, lo mejor que sepas.

-Muy bien -tomó una mano de Abigail entre las suyas, y mirándola

dulcemente a los ojos, murmuró-: quiero que sepas que probablemente habrá más de un mil ar de cosas que me gustan de ti, pero lo que realmente me hace sentir orgul oso de estar sentado aquí contigo, es el que creas en mí del mismo modo que yo creo en ti.

Abigail creyó que se le paraba el corazón, casi dejó de respirar. Dylan le hacía creer, creer en la magia, en que cualquier cosa era posible, incluido el que estuviera diciendo la verdad.

Una chispa de humor en sus hermosos ojos gitanos la hicieron regresar a la realidad.

-Eres un adulador -le dijo, soltándose la mano con brusquedad-, que es muy diferente a ser romántico. No estabas hablando con sinceridad.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque se nota que estabas bromeando.

-Acabas de confirmarme lo que te decía antes. Sois las mujeres las que hacéis imposible el que un hombre muestre su romanticismo, porque cuando lo hacemos no nos creéis.

-Así que sólo estabas tratando de demostrar una teoría. Lo sabía.

-¡Eres imposible!

-¡Vaya! ¿Te importaría que usara esa frase tan romántica en uno de mis libros? -le dijo, al verlo marchar.

-¿La de que eres imposible? Adelante, haz lo que quieras -le respondió Dylan, consiguiendo así, después de todo, decir la última palabra.

Al día siguiente, domingo, Dylan no trabajaba, pero la jornada no empezó bien.

Se le cayó la caja húngara, aunque por fortuna no al suelo, sino encima del cesto de la ropa sucia, así que no le pasó nada. Su hermana lo habría matado con sus propias manos, si hubiera estropeado el tesoro de la familia. De repente recordó que, como últimamente sólo podía pensar en Abbie, hacía semanas que no l amaba a casa. El teléfono que tenía en la cabaña era de los años cincuenta, pero funcionaba.

-¿En que estado estás ahora? -le preguntó su madre, tras asegurarse de que se encontraba bien y comía como Dios manda.

Dylan pensó que en un estado de confusión. Se echó el pelo hacia atrás, apartándolo así de sus soñolientos ojos. No había dormido bien pensando en todo lo ocurrido con Abbie la noche anterior.

-Estoy en el norte de Montana -le dio la dirección y el teléfono-. Pasaré aquí el resto del verano.

-¿El resto del verano? No es muy propio de ti, Dylan. ¿Va todo bien?

-Sí, todo va bien.

-Tu hermano está aquí, con Brett y el bebé. Espera que quiera

hablar contigo.

-¡Hola, Dylan! Me alegro de hablar contigo. ¿Qué tal te va? ¿Te has caído de muchos caballos últimamente? -bromeó, como hacía siempre que hablaban por teléfono.

Tratando de apartar de su mente la última caída, bromeó a su vez con su hermano.

-No, pero salvé a una damisela en peligro.

-Eso suena interesante.

-Ella es la que te puedo asegurar que es muy interesante. Está tratando de poner en funcionamiento un rancho el a sola, pero hay una persona interesada en que no lo logre, así que puso erizos debajo de su silla de montar.

-¿Se lo has notificado a las autoridades?

-No tengo pruebas. Además el principal sospechoso posee el rancho vecino y la mayor parte de la zona.

-¿Crees que puede intentar hacer algo peor la próxima vez? -preguntó Michael, con gravedad en la voz.

-Podría ser.

-¡Vaya Dylan! No parece que haya mucha tranquilidad por ahí.

-Ya me conoces. Me gusta el peligro y la emoción.

-Ya sabes que en mi empresa de seguridad me las he tenido que ver con gente que haría cualquier cosa por conseguir lo que quieren. Dame el nombre de ese tipo y lo investigaré.

-Se llama Hoss Redskins.

-Bueno, no trabajes mucho y l ama a nuestra hermana. Me ha preguntado por ti muchas veces. Llámala antes de que me vuelva loco.

Dylan llamó a Gaylynn nada más despedirse de su hermano y enseguida salió el tema de la caja mágica.

-Si de verdad concede deseos, espero que me haga volver a ser el mismo en los rodeos -se le escapó.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó su hermana.

-Nada. No tiene importancia. Sólo era una broma.

-Vamos hermanito, eso no me lo trago. Ya puedes ir soltándolo, porque ya sabes que de todos modos al final te lo voy a sacar.

-¿Qué tal la vida de recién casada?

-Bien, pero no cambies de tema. ¿Qué te ha pasado?

-Primero tienes que jurarme que no le dirás nada a mamá.

-¿Acaso crees que no sé guardar un secreto? Pues te recordaré que fue a ti al que se le escapó lo de la fiesta sorpresa que les habíamos preparado a papá y mamá para su aniversario de boda.

-Siempre me lo estarás recordando. Está bien, tuve un pequeño accidente...

-¿Qué ocurrió? ¿Te encuentras bien? ¿Estás en el hospital?

-No, no estoy bien. Mi hermana no hace más que interrumpirme. Si

te callas un momento te lo podré contar todo.
-Entonces, habla rápido.
-Mordí el polvo en Arizona. Aterricé donde no debía y acabé con la pierna rota por varios sitios. Como ya me había hecho daño en la rodilla en otra ocasión... Bueno, la cosa es que los médicos me dijeron que no podría volver a competir. Ya sabes que no suelo hacerles mucho caso, pero me da que esta vez van a tener razón.
-¡Oh, Dylan...!
-Los médicos me dijeron que tenía suerte de por lo menos poder montar a caballo, pero que nunca podría volver a participar en rodeos -apretó entre sus dedos la hebilla de oro de campeón que normalmente guardaba en su caja sobre la mesilla de noche-. Así que disculpa si no me siento muy afortunado, a pesar de la caja mágica que me enviaste.
-Oh, Dylan, ojalá supiera qué decirte para que te sintieras mejor...
-No hay nada que puedas decir, pero gracias de todos modos.
Para alivio suyo, Gaylynn cambió de tema.
-La caja te llegó bien, ¿verdad?
-Claro. Siento no haberte llamado antes para darte la enhorabuena por tu boda, pero últimamente no he sido una buena compañía para nadie.
-¿Dónde estás?
-En casa de unos amigos en un rancho del norte de Montana -le dio su número de teléfono-. Bueno en realidad estoy trabajando para una escritora de novelas románticas del oeste, Abigail Turnen ¿Has oído hablar de ella?
-¿Cómo que si he oído hablar de ella? ¡He leído todos sus libros! ¡Es fantástica!
¿Espera qué quieres decir con que estás trabajando para ella? ¿Qué estás haciendo?
-Ha heredado este rancho de su tío, que era amigo mío y lo quiere poner en marcha.
-¿Con tu ayuda?
-Eso es.
-Pensaba que tenías la máxima de no comprometerte con nadie.
-Eso era antes de conocer a Abbie.
-¡Aha! -exclamó Gaylynn, triunfal.
-¿Qué quieres decir con ese Aha?
En vez de responder, su hermana le preguntó:
-¿Has abierto la caja mágica? ¿Y viste a alguien nada más abrirla?
-Estaba solo en mi cabaña.
-¿Entonces, no viste a nadie?
-Abbie se cayó de la valla del corral...
-Así que viste a Abbie -dijo Gaylynn-, y ahora estás hablando de

quedarte bastante tiempo en el mismo sitio...

-¡Eh! ¿Quién ha dicho nada de quedarse?

-Tú ¿No es así?

-Tal vez todo el verano, pero nunca...

-Incluso un verano es mucho para un trotamundos como tú. No recuerdo la última vez que te quedaste tanto tiempo en un sitio.

-Cuando se participa en rodeos hay que moverse mucho.

-Ya, pero ahora estás dispuesto a dejar de moverte para conquistar a Abbie.

-¿Qué te hace pensar que no la tengo ya a mis pies? -replicó Dylan-. ¿No se supone que es lo que consigue esa caja mágica tuya?

-La caja pertenece a la familia, no sólo a mí. ¿Te ha contado Michael cómo le afectó a él?

-No.

-Así sois los hombres, que le vamos a hacer. Bueno pues por más que diga, Brett jura que su unión se la deben a la caja mágica. Ah, ¿y te acuerdas de lo que te dije en mi carta sobre que además te hacía adquirir una habilidad?

-Sí, y no te lo vas a creer si te digo que anoche estuve en el escenario de un baile, cantando.

-¿Y cuánto tardaste en vaciar el local?

-Eso es lo bueno. De repente parece que canto muy bien.

-¿Te das cuenta? ¡La caja funciona!

-Lamento aguarte la fiesta, pero la verdad es que Abbie ya me atraía antes de que me enviaras la caja.

-¿Y ella? ¿Qué siente por ti?

-Todavía no se ha resignado a lo inevitable...

-¿Quieres decir que te lo está haciendo pasar mal?

-Está empeñada en que no debe comprometerse con vaqueros. Dice que siempre nos marchamos.

-Me parece que ésta sabe lo que se hace. Has dado con la horma de tu zapato.

-Al final me saldré con la mía.

-¿Y entonces qué? ¿Qué ocurrirá cuando termine el verano?

-Y yo que sé.

-Puedes luchar en contra si quieres, Dylan, pero creo que tus días de trotamundos están contados.

-Espera un poco, no corras tanto. La leyenda húngara hablaba de enamoramiento, no de matrimonio.

-¿Y por qué no te vas a casar con ella si los dos os enamoráis?

-Me parece que estás adelantando acontecimientos. Sólo hace dos semanas que la conozco.

-Brett y Michael sólo hacía un mes que se conocían cuando se casaron.

-Eso fue por el bebé.

-Querido hermano, sé lo que significan para ti los rodeos, pero los designios de Dios son misteriosos. Cuando cierra una puerta en un sitio, abre una ventana en otro. Tal vez Abigail Turner sea tu ventana. Tu destino final.

-Mi destino -murmuró Dylan-, o mi perdición.

Capítulo Seis

Abigail volvió a leer lo que acababa de escribir en el ordenador y pensó que aquella novela no iba bien.

Para animarse un poco se comió una chocolatina y apoyó los pies descalzos en la alfombra de piel. Por alguna razón no había podido nunca escribir calzada, ni siquiera con los calcetines puestos.

Abigail se preguntó qué ocurriría si un día la magia desaparecía, se le terminaban las ideas y ya no podía volver a escribir un libro.

-Entonces, nosotros hablaremos -le tranquilizó su heroína.

Sí, a veces le parecía oír las voces de los protagonistas de sus novelas. A menudo le parecían tan reales que era como si escribiera al dictado las apasionantes aventuras que le contaban sus personajes. Muchas veces había deseado que también supieran escribir a máquina.

Tras conseguir finalmente trabajar tres horas se dio cuenta de que, de nuevo había escrito sobre el protagonista masculino, como si estuviera describiendo a Dylan. Jake, que así se llamaba el héroe de su novela había empezado teniendo el pelo castaño claro y los ojos azules y ahora sus ojos eran de un negro profundo y sus cabellos largos.

Incluso estaba empezando a hablar como Dylan.

Para divertirse la heroína le había quitado la ropa que había dejado a la orilla del río, mientras se bañaba y se la había quemado.

Abigail dejó de sonreír al pensar en Dylan desnudo, en medio de la corriente, con el agua llegándole por debajo del ombligo y gotas cayéndole de sus largos cabellos, bajando por sus musculosos hombros y recorriéndole el pecho. Sonreiría, y ella le besaría los labios tentadores, enredaría los dedos en sus cabellos, le acariciaría la espalda y la parte de su cuerpo que quedaba dentro del agua...

Los dedos de Abigail volaron sobre las teclas del ordenador mientras escribía una ardiente escena de amor, sin darse cuenta hasta que no terminó de que había escrito el nombre de Dylan en vez del de su héroe.

Ardiente de deseo, Abigail miró por la ventana y vio a Dylan en el corral. Se había quitado la camisa y pensó que estaba magnífico. Tenía en la mano una horca y se estremeció al ver como se le marcaban los músculos de los brazos al recoger el heno del suelo y el modo en que llevaba los vaqueros caídos sobre las caderas. ¿Dónde tenía los prismáticos cuando más los necesitaba?

Se sentía tan mala como la mujer de la fiesta que llevaba aquella camiseta que decía *las chicas se vuelven locas por el trasero de los vaqueros,* pero no por eso dejaba de mirar.

El cuerpo de Dylan era como un imán que la arrastraba hacia él. Estaba hipnotizada por la ligereza de sus movimientos, que no eran elegantes, pero sí mostraban mucha seguridad y.... sensualidad.

Pensar que lo que sentía podía ser más que mera atracción física la

asustaba.

No podía enamorarse de una persona tan nómada como Dylan. Sabía perfectamente que de no ser porque la herida le había apartado de los rodeos no estaría en su rancho.

Se había cuidado de hacerle promesas, tal vez porque no quería engañarla diciéndola que se quedaría para siempre, cuando en realidad tal vez para finales de agosto ya se habría ido.

Un verano con él no le bastaba, al igual que no le era suficiente el beso que se habían dado. Quería más. En eso era en lo único que coincidían, pero Dylan deseaba sólo sexo, sin más compromiso y a ella eso no le bastaba.

Abigail pensó que seguir mirándolo y pensando en él con deseo era un acto de masoquismo en su caso, y aunque no pudo reprimirse de echarle un último vistazo, decidió que lo mejor era que su relación se limitara a lo meramente laboral.

Aquella noche, durante la cena, Abigail trató de adoptar esa actitud distante, pero no pudo evitar un estremecimiento al sentir el roce de sus dedos cuando Dylan le pasaba la salsera. Igual sucedió al ofrecerle las verduras, en que ya el roce fue intencionado.

Cuando aquel a noche él comenzó a tocar la guitarra bajo su ventana, puso la música 35

de su CD portátil a todo volumen, pero no le sirvió de nada.

Incapaz de soportar el suspense cuando se dio cuenta de que había dejado de tocar, se acercó a la ventana y le vio apoyado en la barandilla del porche. Se había acercado a él su caballo y le estaba lamiendo la mejilla. Abigail pensó que a el a no le importaría poder hacerle lo mismo.

De repente Dylan montó sobre su caballo y, tras inclinarse para abrir la puerta del corral se alejó hacia los prados, teniendo como fondo una impresionante puesta de sol.

Tanto acercó la silla a la ventana para seguir viendo a Dylan que estuvo a punto de caerse y pensó que tenía que terminar con aquello. Debía apartar su mente de aquel vaquero, porque tenía que terminar un libro y encargarse de un rancho. Había gente que contaba con ella: Raj, Ziggy, Shem, su editor. Había llegado la hora de volver al trabajo.

Pero cuando Raj llegó aquella noche con el capítulo seis de su novela en las manos, se dio cuenta de que sus tácticas no estaban funcionando.

-Se te olvidó quitar el nombre de Dylan en la escena de amor de la página noventa y nueve -le dijo Raj, haciendo unos tremendos esfuerzos para no echarse a reír, hasta que no pudo más y soltó una carcajada.

-Menos mal que eres una buena amiga, porque si no sentiría tentaciones de asesinarte

-murmuró Abigail, amenazadora.

-He oído que la frustración sexual vuelve agresiva a la gente.

-¡Esto no tiene nada de gracioso! Lo he intentado todo, pero nada ha funcionado.

Incluso he probado a tratarlo como a un empleado...

-Al que deseas...

-He intentado tratarle como a un amigo...

-Al que deseas... -repitió Raj.

-Hasta le he dado luz verde para que así no siguiera persiguiéndome. En el baile acepté su beso y lo único que he hecho ha sido complicar las cosas. Traté de asustarlo hablándole de la tendencia que tenemos las mujeres a tratar de que los hombres se asienten. A formar nuestro nido. Me dijo que anidara en sus brazos. Te aseguro que me ha hechizado. Nunca me había sentido así. Es verdad que siempre he sentido una cierta debilidad por los vaqueros, pero no era esto. Es un sentimiento que me consume -se levantó-. Es...

-¿El amor? -le preguntó Raj, muy bajito.

-¿Y qué si lo fuera? -susurró a su vez Abigail.

-¿Sería tan malo?

-No mientras él estuviera aquí, pero cuando se fuera me rompería el corazón.

-Va a ser muy difícil que os separéis. Por si no lo sabes el destino existe.

-¿Un destino que me va a hacer desgraciada?

-¿Y qué piensas hacer?

-Voy a tratar de comportarme como si fuera mi hermano menor -Raj, rió incrédula-. Ya, yo también pienso que no podría hacerlo durante más de cinco minutos. Si supiera qué hacer. Si tuviera algún tipo de señal...

Y como a modo de la señal esperada las luces se apagaron de repente, de modo que al ser más de las diez, se quedaron a oscuras

-¡Fantástico! -gritó Abigail-, no había grabado la última página. Aunque la verdad es que no había escrito nada brillante. ¡Esta no era la clase de señal que estaba esperando!

-dijo, como hablando al cielo.

A la mañana siguiente Abigail sufrió otro contratiempo. Estaba asomada a la ventana, mirando a Dylan que cabalgaba en perfecta armonía sobre su caballo Viajero, cuando, de repente, el animal pareció enloquecer y empezó a arquear el lomo hasta mantener apoyadas en el suelo tan sólo dos de sus patas.

Asombrada, vio que Dylan conseguía mantenerse sobre su montura. Hubiera salido corriendo para ver lo que le había pasado, pero para su sorpresa, las piernas parecían habérsele convertido en gelatina y tuvo que sentarse.

-Está bien -murmuró, como si rezara-, Dylan está bien. ¡Te estás portando fatal! -se criticó a sí misma-. ¡Vaya una reacción tan cobarde! -se miró las manos temblorosas.

-¡Abbie, Dylan quiere hablar contigo! -le gritó Raj, desde el piso de abajo, unos minutos más tarde.

-¿Se encuentra bien?

-Sí, una avispa picó a su caballo.

De repente recordó un remedio casero que le había enseñado su tío.

-Dale un poco de tabaco de mascar de mi tío para que se lo ponga al caballo sobre la picadura y dile que me encontraré con él en el granero dentro de unos minutos.

Para entonces Abigail esperaba haberse recuperado por completo de su repentino colapso, pero volvió a sentirse fatal cuando la primera cosa que oyó decir a Dylan fue:

-Sé lo que estás pensando.

Abigail deseó con todas sus fuerzas que no fuera así, porque entonces sabría que no se había recuperado todavía del festín visual que se había dado la tarde anterior, ni del susto que se acababa de llevar al creer que se iba a caer del caballo. Llevaba puesta una camisa de cuadros azules claro y blanco con los vaqueros, pero no importaba porque ya sabía como era su pecho y era libre para imaginar...

-Estás pensando que se me ha olvidado comprobar si Redkins ha llevado a cabo la amenaza que nos hizo de cortarnos el agua que nos hizo -le dijo Dylan. Abigail asintió, aliviada-. Pues las únicas vías de irrigación que se alimentan del río que hay en sus terrenos son las que están en el noroeste del rancho y aquellas tierras están en barbecho, y hacía ya dos años que Pete no había plantado nada en el as. El agua que abastece al resto del rancho procede de un pozo. Me he tomado la libertad de iluminar más la zona donde está nuestro pozo, por si acaso a Redkins le entran tentaciones de echarle algo al agua.

Abigail se pasó las manos por los brazos, estremeciéndose ante la posibilidad.

-Hondo, Randy y yo estamos turnándonos por las noches -continuó Dylan-. Shem se enfadó un poco con nosotros porque decía que le estábamos discriminando por su edad.

-¿Y qué le dijiste?

-Que le estaba recompensando precisamente por su antigüedad y sus años de experiencia.

-¿Y él que te respondió?

-Que no le hiciera ningún favor. Así que desistí y decidí incluirlo en uno de los turnos.

-Estaba siguiendo el viejo código del oeste -dijo Abigail-, que consiste en ser más testarudo que una muía. Tal vez has

experimentado alguna vez los síntomas -le dijo burlona.

-¿Quieres decir que los conoces por experiencia? -le replicó con una sonrisa.

-Tenía que haber visto venir esa respuesta -murmuró Abigail.

-Bromas aparte, tenemos que estar alerta porque Redkins ya ha cortado el agua que abastece esas tierras. Como te decía es una suerte que no las estemos utilizando en este momento.

-Lo que supongo que él ya sabrá.

Dylan asintió.

-Él corte de corriente de anoche fue deliberado. Los electricistas salieron al amanecer para averiguar lo que había pasado y me dijeron que parecía como si hubieran cortado una de las líneas principales que abastecen la casa.

-¿No deberíamos comentárselo al sheriff de Big Rock?

-Lo he intentado. Le llamé esta mañana, pero me dijo que no teníamos pruebas suficientes. Después murmuró algo sobre vandalismo sin importancia, fruto de algún adolescente que no tenía otra cosa que hacer.

-Redkins ha sido muy inteligente, tengo que reconocerlo. No ha hecho nada que pudiera señalarlo como culpable. Por cierto oí decir que a Viajero le picó una avispa.

Dylan asintió.

-Había un panal en el granero.

-Soy alérgica a la picadura de avispa, así que me aseguré de que inspeccionaran el granero en busca de algún panal cuando me trasladé aquí y encargué a Randy que comprobara periódicamente que no los hubiera. ¿Crees que Hoss puede haber...?

-¿Tenido algo que ver con esto? Lo dudo. Creo que ha sido sólo un accidente. Me encargaré de que retiren el panal, antes de que las avispas hagan más daño.

-Menos mal que eres tan buen jinete -le dijo Abigail.

-Se dice que el perro es el mejor amigo del hombre, pero los cíngaros pensamos que no hay mejor amigo que el caballo. Viajero es muy especial para mí.

-¿Le ha aliviado el tabaco?

Dylan asintió.

-A propósito, ¿sabes por qué hizo construir mi tío ese corral redondo?

-Para que no hubiera esquinas donde se pudieran esconder los caballos. Habíamos hablado muchas veces de entrenar caballos aquí, en el rancho.

-Seguro que se te daría bien. Tienes mano con los animales.

-No hay ningún caballo que no pueda ser domesticado. El secreto está en las manos

-murmuró Dylan, mientras con un dedo acariciaba el rostro de Abigail-. Las tienes que usar con suavidad, para acariciar.

Ver la confianza que tenía en sí mismo provocó la ira de Abigail, que se sentía idiota por haberse pasado dos días observándolo desde la ventana como si fuera una mirona enferma de amor. Estaba furiosa consigo misma... y con él por ser la causa de su preocupación de su deseo de su enfado.

Abigail se reprochaba no haber sido capaz de resistirse a sus encantos. Tampoco le gustaba que tratara de camelarla del mismo modo que lo hacía con las yeguas.

-¡Yo no soy ninguna yegua que puedas camelar con terrones de azúcar y palabras dulces! -le dijo, apartándose de él y de sus caricias.

-Los terrones de azúcar estropearían tus dientes de yegua.

-¡Ya está bien! -exclamó Abigail, enfurecida-. Me he hartado de que trates de conquistarme del mismo modo que a tus caballos.

Abigail no soportaba que se rieran de ella. Lo habían hecho demasiado a menudo años atrás: sus padres cuando les dijo que quería hacerse cargo del rancho de su tío. Sus amigos cuando les dijo que quería ser escritora de novelas románticas. El último vaquero que hubo en su vida cuando ella le dijo que deberían pensar en un futuro juntos.

Al ver la furia brillar en los ojos de Abigail, Dylan se dio cuenta de su error.

-No te vayas ahora a enfadar por una tontería...

-¿Tonterías? Lo primero que tienes que hacer vaquero es respetarme, respetar mis opiniones, mis sentimientos, respecto a que yo quiera una cosa que a ti no te interesa: seguridad.

-Algo a lo que se le da demasiada importancia.

-¡Esa es tu opinión, no la mía!

-Escucha, cariño... -empezó a decir, tratando de que se calmara.

-Ya lo estás volviendo a hacer -le interrumpió-. ¡Deja de ser condescendiente conmigo!

Creías que no era capaz de llevar el rancho y te recuerdo que esto llevaba ya un mes en funcionamiento cuando llegaste tú. Yo hacía las mismas tareas que están ahora haciendo Shem y sus hijos. No me tratas como a un igual. Eres como mis padres que me tratan como a una niña que tiene este rancho como si fuera un juguete nuevo.

Sin saber muy bien como apaciguar a Abigail, Dylan recurrió al humor.

-No eres ninguna niña. Estoy dispuesta a decírselo a tus padres si quieres.

-No te estás tomando en serio lo que te estoy diciendo.

-No, porque estás comportándote de una manera absurda. Un poco absurda. Te has puesto hecha una fiera sólo porque te he dicho que el

azúcar estropearía tus dientes de yegua.

Furiosa ante su falta de comprensión, Abigail estuvo tentada a romperle los dientes de un puñetazo.

-Hasta aquí hemos llegado -trazó una línea en el barro con la bota-. Se acabaron las caricias, los roces casuales, las serenatas nocturnas y ¡sobre todo los besos!

-¡Si no quieres que te bese, no deberías devolverme los besos! -le dijo con un tono de voz que sin duda usaba con los caballos rebeldes y los niños testarudos.

-No te preocupes que no lo haré.

-¿Qué es lo que no vas a hacer?

-Devolverte los besos. Besarte. Punto final. Doy por terminada esta conversación.

Mientras Abigail caminaba furiosa hacia la casa, Dylan vio al gato que solía acompañarlo en el porche, subido en una valla.

-Los caballos son más fáciles de entender que las mujeres -pero el gato debía ser hembra, porque se bajó de la valla de un salto y también se dirigió hacia la casa -las mujeres siempre se solidarizan entre ellas -le dijo Dylan.

Abigail trabajó mucho en los días que sucedieron a su discusión con Dylan, sobre todo porque prácticamente se había encerrado en su despacho para no verlo. Ni siquiera había bajado a comer o cenar, conformándose con un bocadil o cuando le entraba hambre.

Un golpe en la puerta la interrumpió en medio del capítulo noveno. Raj asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

-¿Puedo entrar?

Abigail asintió.

-Sí, me vendrá bien hacer un descanso -le dijo, echando la cabeza hacia delante y levantando los hombros, en un intento de relajar los músculos.

-Creo que es la mejor novela que has escrito -le dijo, pasándole un montón de folios que acababa de leer.

-¿De verdad lo crees así? -le preguntó Abigail, insegura.

-Desde luego. Los dos protagonistas tienen unas discusiones maravillosas. ¿Por casualidad no tendrá que ver con el hecho de que Dylan y tú no os habléis últimamente?

¿Qué ha ocurrido entre vosotros?

-Ya me he hartado de que me trate como a una Barbie.

-¿Cuándo hizo eso?

-Se rió de mí.

-Oh, oh -Raj sabía lo sensible que se ponía Abigail cuando creía que no la tomaban en serio.

-Además era mejor aclarar las cosas. Tenemos prioridades diferentes. La suya es acostarse conmigo antes de marcharse y la mía

terminar este libro.

-Ziggy ha estado cenando con nosotros. Mañana vendrá también. Sintió mucho no verte, pero comprendió que necesitaras tiempo para terminar tu trabajo.

A la mañana siguiente otro incidente más grave aún que los anteriores hizo que Abigail volviera a poner los pies en la tierra. Fue a subirse al coche para ir a Big Rock, cuando descubrió que le habían pinchado las cuatro ruedas. Esta vez llamó ella misma al sheriff para que viniera a comprobar los daños.

Shem se sintió fatal porque la noche en que había sucedido el incidente estaba él de guardia.

-Debía haberme imaginado que algo así iba a suceder -dijo, apesadumbrado, apretando el sombrero.

-Como ibas a saberlo -trató de tranquilizarle Abigail-. He llamado ya al sheriff.

El sheriff no apareció hasta las seis.

-Adolescentes -se limitó a decir, y escupió después el tabaco que estaba mascando.

-¿Y por qué iban a pincharme las ruedas unos adolescentes a no ser que los hubiera mandado hacerlo alguien que quiere que me vaya de este rancho?

-¿Y quién puede querer hacer una cosa así?

-Hoss Redkins. Ya le he dicho en otra ocasión que me amenazó con lamentarlo si no le vendía el rancho.

-Claro que lo lamentará. Le está haciendo una buena oferta. Pero eso no quiere decir que se vaya a dedicar a pincharle las ruedas. Escuche, sé que ha vivido muchos años fuera, pero le diré que Redkins es un ciudadano de provecho y muy influyente.

-Esto no habría sucedido si Dawg viviera todavía -murmuró Hondo aquel a noche mientras cenaban.

Necesitada de compañía, Abigail se había unido a el os alrededor de la gran mesa de pino construida por su tío cuando sólo era una niña.

-¿Era un buen perro guardián? -preguntó Raj.

-Era el mejor chiguagua que ha habido sobre la faz de la tierra -respondió Hondo-. Era pequeño, pero ladraba más que ningún otro perro.

-Eso es lo que las mujeres han dicho a menudo de mí: pequeño pero matón -afirmó Ziggy.

Abigail y Raj estuvieron a punto de ahogarse de risa.

-Las mujeres dicen lo mismo sobre mí -intervino Hondo, tratando de llamar la atención.

-¿Y de ti qué? -preguntó Randy, dirigiéndose a Dylan. Abigail notó una cierta rivalidad en su tono de voz-, ¿qué dicen de ti las mujeres?

Al ver a los dos hombres juntos Abigail pensó que Dylan tenía por lo menos diez años menos que Randy y sin embargo era el más maduro de los dos.

Dylan la miró, como si se hubiera dado cuenta de que lo observaba.

-Tú y yo tenemos que hablar -le dijo en voz baja.

-Te he hecho una pregunta -le dijo Randy, con un cierto tono de enfado en la voz.

-Tal vez debieras preguntar a Abigail lo que piensan las mujeres de mí.

Abigail no sabía si la desafiaba a el a, a Randy o a los dos a la vez.

-Las mujeres dicen que Dylan es tan inescrutable como la Gran Esfinge -respondió ella.

Mientras ponía más mostaza en su filete, Hondo preguntó:

-¿Quiere eso decir que huele mal? Porque si es así, deberíais acercaros a Redkins.

¡Menuda peste a ajo que echa!

Dylan se había dado cuenta de que Abigail seguía muy enfadada con él y no sabía qué hacer, así que llamó a su padre.

-Menos mal que has llamado porque he tenido pesadillas sobre ti -le dijo Konrad Janos.

-No son más que sueños papá.

-Los sueños son presagios de algo que va a suceder. ¿Has matado una mariquita o destrozado un nido?

-Claro que no. Me diste una buena educación. Ya sé que matar a una mariquita da mala suerte...

-Y destruir un nido. Significa que en menos de un año te vas a romper algún hueso.

-Ya me he roto algún hueso antes, papá. Son gajes del oficio.

-Nunca, hasta ahora me había preocupado que pudiera sucederte algo en un rodeo.

-¿Has estado hablando con Gaylynn? -le preguntó con desconfianza.

-¿Tú crees que necesito hablar con tu hermana para saber que te pasa algo?

-No.

-Ya sabes que los cíngaros tenemos la suerte de poder vivir dos vidas. Dios nos da la posibilidad de vivir lo que queramos, y de cometer errores, porque después podemos subsanarlos en la segunda vida.

-Ya, y se supone que ésta es mi segunda vida, o sea donde tengo que subsanar los errores que cometí en la primera -su padre se echó a reír, feliz de que lo recordara-. Pues te encantará saber que en esta segunda vida por fin he aprendido a cantar.

-Es la caja mágica. Deberías ver lo que ha hecho con tu hermano. Todos los niños se acercan a él. ¿Te había dicho que Brett y él están pensando en fundar un hogar para niños abandonados?

-No me había enterado.

-Entonces has l amado a tu padre porque tienes problemas amorosos, ¿verdad?

-Creía que la caja mágica se ocupaba de eso

-Te proporciona amor, no paz.

-Vaya, es un alivio saberlo -gruñó Dylan.

-¿Cómo se llama la mujer que por fin ha conquistado el corazón de mi hijo?

-Abigail.

Su padre repitió el nombre en voz alta, como viendo qué tal sonaba.

-Creo que es un nombre antiguo. ¿Ella también está chapada a la antigua?

-No, pero es más testaruda que una muía.

-Seguro que dice lo mismo de ti.

-Así es.

Konrad se echó a reír.

-Recuerda que no se puede montar un caballo en dos direcciones a la vez. Dentro de la tradición gitana cuando se quería a una mujer como esposa se la raptaba.

-Bueno, si me desespero mucho, a lo mejor no me queda más remedio que hacerlo

-bromeó Dylan.

Pero después de colgar el teléfono, Dylan pensó que aquel a antigua tradición gitana tal vez fuera la mejor solución.

La semana tocaba a su fin y Dylan había tratado de hablar con Abigail por todos los medios ortodoxos que conocía, sin conseguir estar con el a a solas más de cinco minutos.

Parecía determinada a mantenerlo a distancia y utilizaba a sus amigos para conseguirlo.

Debía pensar que estaba a salvo entre mucha gente y desde luego Dylan no estaba dispuesto a sincerarse delante de Ziggy o Shem.

Así que intentó poner de su parte a Raj. Ella, por lo menos le hablaba todavía.

Nada más terminar de cenar, Abigail se marchó a su despacho, murmurando algo como que estaba casi fuera de plazo. La observó salir, sin poder apartar la vista de su cuerpo. Aquella noche llevaba puesta una blusa blanca y una falda de flores azules y blancas. El chaleco vaquero ocultaba sus pechos, pero después de haberlos sentido contra su cuerpo mientras la besaba, Dylan había desarrollado una especie de rayos X

que le permitían ver las partes ocultas del cuerpo de Abigail, y hasta saber lo que pensaba. Más de una vez la había visto mirarlo mientras comía como si supiera lo que estaba pensando.

-Raj, la cena estaba deliciosa -Dylan la siguió hasta la cocina, llevando su plato.

-Quitar la mesa es trabajo de mujeres -le advirtió Randy.

Volvió de la cocina con Raj, que se puso a recoger el resto de los platos y él retiró el de Randy. Al ver que Raj ya había vuelto a la cocina estuvo tentado a tirar las sobras encima de Randy, pero para su sorpresa se dio cuenta de que había dejado el plato limpio.

Parecía como si lo hubiera lamido.

Dylan se acercó a él y le dijo en tono amenazador:

-Lárgate o me encargaré de que la próxima noche te hagan comer una fondee.

Aquellas palabras bastaron para que Randy huyera veloz como el rayo, dejando a Dylan a solas con Raj. Como sabía que era una gran aficionada a los rodeos, empezó por contarle unas cuantas anécdotas sobre su vida hasta que vio que ya la tenía de su parte.

-Raj, ¿podrías ayudarme?

-Claro, si está en mi mano.

-Se trata de Abbie...

-Quieto ahí. Abbie es mi amiga...

-Lo sé. Por eso quiero que hables con ella.

-¿Sobre qué?

-Sobre mí.

-Ya hemos hablado de ti.

-¿Y?

-No creo que te apetezca saberlo.

-Ya sé que no quiere tener más relaciones sentimentales con vaqueros. Que no tiene la intención de comprometerse.

-Hizo un voto.

-¿Un voto? ¿Cómo las monjas?

-Bueno, juró que permanecería célibe en lo que respecta a los vaqueros.

Dylan trató de no asustarse.

-Así que ha sufrido decepciones en el pasado. Bueno, pero ésa no es razón para que no lo intente de nuevo.

-No es a mí a quien tienes que convencer, sino a Abbie.

-Lo intentaría si pudiera hablar con ella cinco minutos sin audiencia.

-¿A qué viene tanto interés?

-Ojalá lo supiera -murmuró Dylan.

Lo único que sabía era que no se había sentido nunca de aquella manera. Deseaba a Abbie más de lo que había deseado nunca a otra

mujer. Tenía que hacerla suya y tal vez así recuperaría la paz perdida.

Pero aquello no significaba que quisiera perder su libertad. No le interesaban las relaciones duraderas, pero mientras estuviera allí, Abbie y él podían pasárselo bien juntos.

-Escucha -dijo Dylan a Raj-, no quiero que te asustes si hago algo... con respecto a Abbie que pueda resultar un poco ultrajante.

-¿Te importaría avisarme antes?

-No. Así no tendrás que mentir para decir que no sabías nada al respecto.

-En fin, ya le he dicho a Abbie que creo que te mereces que se arriesgue un poco por tí.

-Me merezco mucho más que eso -le dijo con una sonrisa cómplice-, y convenceré a Abbie de ello.

Según la tradición gitana, los raptos se llevaban a cabo pasada la medianoche, pero la realidad era que ya resultaba lo bastante difícil montar a caballo en la oscuridad, como para encima tener que hacerlo con una mujer que estuviera luchando por que la soltara y que además le excitaba con sólo tocarla, así que tendría que hacerlo a plena luz del día.

Dylan lo preparó todo cuidadosamente y dejó una nota a Raj diciendo que se había llevado a Abbie a una cabaña, y que regresaría dentro de unos días. Por supuesto no decía dónde estaba la cabaña y estaba seguro de que nadie les encontraría.

Así que siguió a Abigail mientras se dirigía al atardecer a su lugar favorito: la parte de la colina que daba detrás del rancho.

Allí estaba, sentada entre los árboles. En vez de acercarse a ella por detrás, Dylan decidió hacerlo de frente. Llevaba puestos unos vaqueros y una camisa roja. Como sabía que el rojo era un color favorable para el amor, Dylan también se había puesto una camisa roja.

Abigail pareció sorprenderse al verlo y aún se mostró más sorprendida cuando él se inclinó y tras tomarla en sus brazos, la subió al caballo.

-¿Qué te crees que estás haciendo? -le gritó.

-Te estoy secuestrando. Así que siéntate y disfruta.

Capítulo Siete

-¿Estás loco? -gritó Abigail. Al volver la *cabeza* lo único que consiguió fue que se le metiera el pelo en la boca. Lo escupió entre gruñidos y volvió a gritar-. ¿Has bebido o qué? ¡Si es una broma, te puedo asegurar que no me estoy divirtiendo!

-La diversión viene más tarde -le aseguró Dylan, con una sonrisa picara en los labios, mientras le apretaba la cintura con más fuerza-. No insistas en escapar -le advirtió-, o alguno de nosotros se romperá el cuello.

Abigail pensó que aquello sonaba a amenaza. Se dijo que tal vez había estado echando la culpa a Hoss de todos los incidentes que ocurrían en el rancho cuando quizás fuera Dylan quien estuviera haciendo el trabajo sucio.

-¿A dónde me llevas? -le preguntó Abigail.

-A hacer un recorrido por tu propiedad.

-Me imagino que no me servirá de nada decirte que no me apetece esa excursión.

-Sé que ahora estás muy enfadada conmigo -empezó a decir.

-¡Furiosa, más bien!

-No tenía elección. Como no querías hablar conmigo en el rancho tenía que encontrar un modo de que estuviéramos a solas. Si no hubieras sido tan testaruda...

-¿Yo? ¡Tú eres el que podrías dar lecciones a una muía!

Viajero, el caballo de Dylan seguía avanzando despacio, llevándolos a ambos sobre su grupa. Dylan estaba tranquilo porque veía que Abigail no intentaba escapar, aunque estaba seguro de que su mente estaba maquinando algo.

-¿Qué estás pensando? -le preguntó Dylan.

-No creo que quieras saberlo.

-Si no quisiera saberlo, no te lo habría preguntado.

-Me encantaría saber que es lo que esperas ganar con esta ridiculez que acabas de hacer.

-Estás pensando más cosas.

-¡Vaya, ahora resulta que tú sabes mejor que yo lo que estoy pensando!

-No tienes miedo, ¿verdad?

-Claro que no -le dijo, burlona.

Pero él se dio cuenta del ligero temblor que le recorrió el cuerpo.

-Sabes muy bien que no te haría daño por nada del mundo.

-Ya, ni tú, ni Hoss Redkins.

Dylan se puso muy rígido.

-Hoss Redkins y yo no tenemos nada que ver.

-Los dos sois un par de salvajes que creéis poder hacer lo que os venga en gana.

-¿Y sabes lo que quiero yo? -le susurró rozándole con los labios la sensible zona de detrás de la oreja.

-Este rancho -le replicó ella.

-¿Cómo has llegado a pensar tal cosa?

-¿Acaso no tengo razón?

-¡Demonios, claro que no!

-¿Entonces qué es lo que quieres?

-Esto -le dijo besándola en los labios.

A pesar de que ya debería haber estado acostumbrada a sus besos, una vez más la pilló por sorpresa.

Aquel beso fue diferente a los demás. Fue más directo, más apasionado, más intenso...

Por suerte Viajero estaba muy bien entrenado y seguía avanzando con tranquilidad aunque sus jinetes estuvieran distraídos.

Abigail perdió la noción del tiempo mientras la besaba Dylan. Podían haber pasado diez años y el a no se habría dado cuenta. Lo único que sabía era que estaba aceptando aquel beso.

Cuando finalmente Dylan levantó la cabeza, también puso una mano sobre su pecho izquierdo.

-Te está latiendo el corazón a toda prisa.

-A ti también -susurró ella.

-Ya hemos llegado. Es una cabaña muy antigua. Era una cabaña muy pequeña.

-¿Se supone que me tiene que gustar por eso?

-Creía que la historia del oeste te interesaba.

-Y así es, pero no me gusta que me rapten a lomos de un caballo.

-¿Ah, no? Pues has escrito sobre ello en dos de tus libros.

En vez de responder, Abigail se centró en bajarse del caballo con la mayor delicadeza posible.

Al principio, cuando Dylan la obligó a subir al caballo con él, le habían entrado ganas de asesinarlo, pero en ese momento no estaba ya tan segura de querer hacerlo. Después de llevar dos horas sentada entre sus muslos y de que la hubiera quitado todo el pintalabios de tanto besarla, tenía que reconocerse a sí misma que se había ablandado.

-Muy bien, pues ya estoy aquí, y ahora dime, ¿de qué quieres hablarme? -le preguntó, dando golpecitos en el suelo con la bota.

-¿A qué viene tanta prisa? -preguntó Dylan, frotándose la pierna herida, sin darse cuenta-. Tenemos tiempo.

-Yo no. Por si no te acuerdas, te diré que voy muy retrasada con mi novela.

-Con todas las horas que te has pasado últimamente delante del ordenador lo que tienes que ir es adelantadísima.

-¿Qué... qué estás haciendo? -le preguntó Abigail, sorprendida.

-¿A ti que te parece que estoy haciendo? Me estoy quitando la camisa.

-Ya lo veo. ¿Pero por qué te estás quitando la camisa?

-Se te está trabando la lengua -le dijo burlón, mientras se seguía desabrochando botones-, aunque es una lengua adorable. Suave como el terciopelo y más dulce que las fresas salvajes.

Abigail se sintió incapaz de articular una palabra más. Era como si tuviera la lengua pegada al paladar.

-Hace calor aquí, ¿verdad? -le dijo ella con una sonrisa. Sentía que le ardían las mejillas.

-¿Te has bañado desnuda alguna vez?

-Cuando tenía unos ocho años.

-Entonces ya es hora de que lo vuelvas a hacer. Conozco un río cerca de aquí, lo bastante profundo como para poder nadar en él.

-Ya, y congelarnos.

Dylan se limitó a sonreír y encogerse de hombros, atrayendo la atención de Abigail hacia su cuerpo. No tenía ni una gota de grasa, en realidad empezaba a estar demasiado delgado.

Pensar en él como en un flacucho le hizo sentirse un poco mejor, pero sólo hasta que vio que se desabrochaba la hebilla del pantalón.

-¿Te estás poniendo roja o es que te ha vuelto a quemar el sol? -le dijo, burlón.

Algo se rebeló dentro de Abigail. Ya estaba harta de su papel de víctima. Había llegado el momento de hacerle probar de su propia medicina.

-Muy bien vaquero, si quieres que nademos desnudos, lo haremos -se sacó una goma del bolsillo y se sujetó el pelo en lo alto de la cabeza-. Y ya veremos quien se ruboriza.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó entonces Dylan, al ver que Abigail empezaba a desabrocharse los botones de la blusa.

-¿Y tú que crees? -le replicó, burlona, usando las mismas palabras que él le había dicho antes-. Me estoy quitando la blusa.

Debajo llevaba un corpiño de algodón que Dylan no llegó a ver hasta que no se quitó de la cara la blusa que ella le había tirado. Las mangas se quedaron colgadas de su cuello.

-¿Qué te pasa, vaquero? -se burló Abigail-. ¿No puedes con esto?

-No pasa nada -respondió Dylan, tratando de que su voz no le traicionara. Aún así, Abigail percibió su excitación.

-Me parece que te toca a ti efectuar el siguiente movimiento -le dijo, cruzada de brazos y golpeando el suelo con la bota.

-No puedo creer lo que veo.

-¡Vamos! ¿Qué pasa? ¿Se te están quedando los pies fríos?

-Cariño, ni una pulgada de mi cuerpo está fría. ¿Me dejas comprobar que a ti te pasa lo mismo?

-No.

Sonrió al oír su lacónica respuesta.

-Has perdido.

-¿Vas a quedarte ahí hablando todo el día o nos vamos a bañar?

Dylan se quitó las botas. Primero la derecha y después la izquierda.

Abigail hizo lo mismo.

-Las señoras primero -dijo Dylan, señalando con un movimiento de cabeza sus vaqueros.

Abigail se dijo a sí misma que no iba a enseñar nada que no se viera cuando se ponía bikini, así que se bajó los pantalones hasta debajo de la cadera. Tras hacerlo hubiera jurado que había oído gemir a Dylan.

Lo miró y vio que la miraba asombrado. Estaba claro que en ningún momento se había creído que pudiera hacerlo. Para sacarle el mayor provecho posible al momento se terminó de bajar los pantalones lentamente, primero la pierna derecha, después la izquierda-Durante todo el proceso, Dylan casi se la comía con los ojos.

Cuando finalmente se quitó los vaqueros se dio el gusto de tirárselos a la cara y él los agarró con una mano, sin apartar los ojos de su cuerpo.

Las braguitas que llevaba puestas eran de sencillo algodón, pero por la forma en que la miraba Dylan se hubiera podido pensar que se trataba de lencería fina.

-¿Te ha comido la lengua el gato, vaquero? -le preguntó.

Dylan se pasó la lengua por los labios, como si la estuviera saboreando.

-Vaya, que lengua más adorable -le dijo burlona, parodiando una vez más su forma de hablarla.

-Es suficiente -gruñó.

-No creo, porque todavía tienes los pantalones puestos.

Dos segundos más tarde ya se los había quitado. Su ropa interior también era de algodón blanco y no podía disimular su excitación.

-Me parece que te vendría bien un chapuzón de agua fría -le dijo burlona cuando pasaba a su lado para dirigirse al río.

-Muy graciosa. Sí, muy graciosa.

-Igual que tú -le replicó, salpicándole desde la orilla.

-Estás pidiendo guerra -le advirtió.

Abigail trató de retroceder para que no estuvieran tan cerca y casi se cae. El agua estaba fría, pero no helada ya que le había estado dando el sol todo el día.

Su cercanía le hacía sentir un extraño calor. Pensó que gracias a Dios se había dejado los calzoncillos puestos, pero unos segundos después abrió los ojos de par en par al ver que se quitaba la prenda interior húmeda y la tiraba a la oril a.

-Así está mejor -dijo-. ¿No te parece?

Abigail no podía pensar, al menos con coherencia. Lo único que podía hacer era imaginar y babear, mientras veía bril ar las gotas de agua sobre su pecho y hombros.

Apretó las manos para evitar así tocarlo, recorrer con sus dedos el rastro de las gotas de agua por todo su cuerpo hasta llegar a su ombligo.

Un momento más tarde lo vio sumergirse y poco después reapareció a su lado. Sus largos cabellos le caían húmedos sobre los hombros y cuando sacudió la cabeza la salpicó con el agua que se desprendió de ellos.

Una sonrisa le iluminó el rostro como la luz estival lo iluminaba todo.

-¿Estás disfrutando de tu rapto?

Abigail le echó agua a la cara y él en venganza le hizo una ahogadilla. Cuando la soltó se volvió a sumergir y desde debajo del agua tiró del elástico de sus braguitas. Abigail pensó que aquel hombre no tenía vergüenza.

-Muy bien, tú te lo has buscado. ¡Es la guerra!

Estuvieron jugueteando en el agua como dos niños hasta que empezaron a sentir frío.

Ella salió primero y se apresuró a secarse con la blusa antes de que saliera él.

Abigail no pudo reprimirse de echar un vistazo para verlo allí de pie completamente desnudo y mojado.

-Las chicas se vuelven locas por el trasero de los vaqueros -murmuró.

-¿Qué has dicho?

-Que debemos estar locos por haber permanecido tanto tiempo en el agua. Está muy fría.

-Si quieres te puedo calentar -se ofreció Dylan, acercándose a ella.

Abigail recogió el sombrero vaquero y se lo tiró, para que se cubriera.

-Quédate donde estás.

-¿Cuánto tiempo?

-Hasta que estés decente.

-Bueno, señora, entonces me puede llevar bastante tiempo, porque me han llamado bastantes cosas menos decente.

-Muy gracioso.

Abigail pensó que en realidad Dylan había tenido un comportamiento bastante decente al ofrecerle su ayuda en el rancho cuando nadie quería echarle una mano. Además, sabía muy bien que el sueldo que le había ofrecido no era ninguna maravilla y a pesar de todo se había quedado por lealtad a su tío y eso decía mucho de él.

Era capaz de tener sentimientos fuertes... por lo menos de lealtad.

-Sé lo que necesitamos para entrar en calor -le dijo, al tiempo que sacaba ropa seca de una de las bolsas de su montura.

-Me lo puedo imaginar -le dijo, mientras aprovechaba que estaba de espaldas a ella para contemplar su hermoso trasero. Dylan pareció darse cuenta y se lo tapó con el sombrero. Su sonrisa picara al hacerlo hizo enrojecer a Abigail.

-Me refería a encender una hoguera -Abigail pensó que ya tenía bastante fuego en el cuerpo-. ¿Tienes algo que objetar?

Abigail pensó que ni siquiera tenía fuerzas para objetar nada y se limitó a negar con la cabeza. Aunque sí estuvo a punto de hacer una objeción a que se vistiera. Le parecía una pena que cubriera un cuerpo tan hermoso.

Avergonzada, trató de recordar que antes había pensado que estaba demasiado delgado, pero sabía que no era verdad. Su cuerpo era hermoso y musculoso.

Intentó distraer su atención de Dylan observando los alrededores. Hacía años que no visitaba aquel os parajes. La cabaña había sido construida por su bisabuelo a su llegada a Kansas en 1890. Tenía fuertes raíces en aquel a tierra.

-Es un paraje precioso -le dijo Dylan, como si leyera sus pensamientos.

-Una leyenda de la familia dice que mi bisabuelo escogió esta zona porque había mucha agua -le dijo, con una sonrisa-, pero las mujeres de mi familia dicen que la verdad es que lo hizo porque cuando mi abuela la vio se quedó prendada de el a y nunca quiso abandonarla. Aquí murió cuando tenía setenta y ocho años. Tal vez eso le pueda parecer extraño a un hombre como tú que siempre está viajando de un lado para otro, pero ella encontró lo que estaba buscando y fue lo bastante inteligente como para no marcharse nunca.

-Me hago cargo de que una vista como ésta pueda hacer a alguien querer quedarse para siempre -murmuró Dylan.

Abigail levantó la cabeza hacia él sol. Olía a pinos y el sonido repetitivo que emitía un pájaro carpintero le hizo recordar la promesa que se había hecho de documentarse más sobre las aves de la zona. Era algo que tenía la intención de hacer... igual que había pensado en visitar la cabaña una vez que terminara la novela y tuviera más tiempo.

-¿Tienes hambre? -le preguntó Dylan.

-Mucha -le dijo, sin poder apartar la mirada de aquellos labios tan sensuales, unos labios que ni Miguel Ángel podría haber esculpido mejor.

-Entonces, tengo algo para ti.

-¿Mmm? -musitó, distraída todavía por el sensual movimiento de

los labios masculinos al hablar.

-¡Aquí está la cena! -le dijo, con tono triunfal, al tiempo que sacaba una bolsa de plástico con una fiambrera del río-. Pollo frío con guarnición.

-¡Vaya, parece como si hubieras asaltado la nevera de Raj, cuando estaba distraída!

-Me has pillado -al ver como Abigail se frotaba los brazos, Dylan dijo-: está empezando a hacer frío, será mejor que entremos y encienda el fuego que te había prometido.

Mientras Dylan lo hacía Abigail extendió una mesa plegable que habían llevado y después llenó de flores silvestres un jarrón que había encontrado en una estantería al lado de la ventana.

La misma ventana por la que su bisabuela debía haber mirado muchas veces. Pensó en cómo se había sentido allí, entre aquellas montañas, ella que procedía de las l anuras.

De repente el humo que salía de la chimenea y se había extendido por toda la pieza le enturbió la visión.

Dylan le tomó del brazo y salieron a toda prisa de la cabaña con los ojos l orosos y tosiendo.

Abigail fue la primera en hablar.

-Y yo que pensaba que eras un experto encendiendo fuegos -le dijo, burlona.

-Encendiéndolos sí, pero no controlándolos -le dijo Dylan, que se sentía un poco idiota por no haber comprobado que la chimenea estaba limpia antes de encender el fuego, cuando había ido anteriormente a adecentar la cabaña. Al parecer los pájaros la habían escogido en numerosas ocasiones para hacer sus nidos y estaba totalmente bloqueada.

-Pareces un búho con toda esa ceniza en la cara -le dijo partiéndose de risa.

-¿Ah, sí? ¿Y quieres ver cómo besa un búho? -frotó su nariz contra la de Abigail, y después la besó en el cuello, al tiempo que hacía unos ruidos que supuestamente imitaban a los de los búhos.

A Abigail le había entrado tal ataque de risa que casi no podía hablar. Se reía más con Dylan de lo que nunca se había reído con nadie.

-Mmm, hueles a carbón -murmuró Dylan, dándole besitos en el cuello.

-Estoy enamorada de un hombre que besa muy bien -murmuró Abigail, dándose cuenta inmediatamente de lo que había dicho. Y era verdad que lo amaba. Abrumada por su descubrimiento, se separó de él-. ¿Y ahora qué? -preguntó.

Aquella pregunta iba también dirigida a el a misma. ¿Qué iba a hacer ahora que se había dado cuenta de que amaba a Dylan? Ya no

podía luchar contra ello. Era demasiado tarde. Abigail pensó que tal vez hubiera l egado el momento de aceptarlo.

-¿Ahora qué? -repitió Dylan-. En primer lugar iré a lavarme al río y después comeremos aquí fuera y así daremos tiempo a que se airee la cabaña.

Así que en vez de comer a la mesa donde Abigail había puesto el jarrón con flores, comieron el pollo frío y bebieron café sentados en la hierba, alrededor de una hoguera, mientras contaban viejas historias del Oeste.

Mientras él hablaba Abigail no podía dejar de mirarlo y a veces ni siquiera le escuchaba de lo concentrada que estaba en como su pecho subía y bajaba cuando respiraba y en sentir el contacto de la mano que había puesto en su hombro, con la excusa de que no se cayera la manta que compartían. Dylan desprendía tanto calor como la hoguera, si no más.

Sintiendo que se perdía en aquella pasión, Abigail trató de pensar en una de aquellas viejas historias que había oído de niña para contársela a Dylan y así distraer su atención de él.

-¡Me estoy acordando de la historia de Mary Easterly! ¡Esa si que es una buena historia! Era la reina del ganado en Montana, no en Nevada, sino en Montana. No tenía un rebaño grande, pero era de primera calidad, porque prefería la calidad a la cantidad.

-Yo también prefiero la calidad -le dijo, mientras le acariciaba el lóbulo de la oreja con el pulgar-. Y tú eres de una calidad humana excepcional, Abbie y además tienes mucha clase.

Sintiendo que se derretía por dentro, Abigail trató de pensar en algo que decir.

-Y dime, ¿cómo terminó en el oeste un chico de Chicago como tú? Siempre había pensado que los vaqueros que participaban en rodeos se criaban en ranchos.

-Yo me crié sobre la grupa de un caballo -le dijo, mientras seguía acariciándole el lóbulo de la oreja-. Bueno, durante los fines de semana. Siempre se me han dado bien los caballos. Mi padre me puso a la grupa de uno cuando tenía tres años y desde entonces no he estado nunca mucho tiempo sin montar.

-Pero en las ciudades no hay muchos cabal os.

-No, pero solía trabajar en establos durante el verano. Uno de ellos estaba en Wisconsin, donde pasé dos meses. Solían ser caballos de carreras, purasangre. Se me daban bien.

-Estoy segura de que eras el mejor -murmuró el a.

-Pero se me daban mejor los cabal os salvajes. Cuando me gradué en el instituto, me vine al oeste a la escuela de rodeo de Idaho y llevo desde entonces en esta parte del país.

-¿Qué te hizo decidirte por los rodeos?

-Se me dan bien. Es decir se me daban.

-¿Nunca te preocupó salir lastimado?

-En los rodeos no se trata de preocuparse de si te vas a lastimar o no, sino de lo grave que pueda llegar a ser la lesión.

-La verdad es que no me quedan muchas ganas de intentarlo.

-Me dijiste que te habías criado aquí, pues los rodeos son parte de la vida de esta zona, como bien sabes. Es de las pocas ocupaciones que puede tener un hombre donde pueda ser su propio jefe y no tenga que soportar a nadie que le diga lo que debe hacer. El año pasado monté casi cien cabal os. Algunos buenos y otros no tanto. Montar caballos salvajes es un poco como tocar la guitarra. Es fácil tocar, pero difícil tocar bien.

-¿Aprendiste a montar con tanta rapidez como a tocar la guitarra?

Dylan se encogió de hombros.

-La verdad es que creo que fue un don con el que nací. No hay nada parecido a lo que se siente cuando abren la rampa y te quedas a solas con el cabal o.

-Tú estás allí por gusto, el caballo no.

-La mayor parte de la gente no sabe qué hacer con un caballo rebelde. Seguramente los matarían si no existieran los rodeos.

-¿Y qué me dices de las gradas llenas de aficionados? ¿Acaso no es por eso por lo que te gustan los rodeos?

-No, durante esos ocho segundos lo único en lo que piensas es en que tienes que permanecer a lomos de ese caballo tan rebelde, que está haciendo lo posible por tirarte.

Temes acabar en el suelo y que el animal te aplaste la cabeza con sus pezuñas.

Abigail se estremeció. Había asistido a unos cuantos rodeos, pero no era su manera favorita de pasar el tiempo. Siempre se agobiaba porque alguno de los participantes o de los caballos pudiera resultar gravemente lastimado.

- ¿No hay nada que no te guste de los rodeos?

-Tener que desplazarme continuamente. El año pasado debí de hacer unos cincuenta mil kilómetros con mi camión. Los rodeos duran todo el año. Durante el invierno tienen lugar sobre todo en estadios, pero en primavera y verano siempre son al aire libre. Casi todos los días hay un rodeo en un pueblo u otro. El dinero que ganas en las competiciones es bastante sustancioso. La más importante se celebra en Las Vegas en diciembre.

-Raj y yo vimos una película en la que un hombre que montaba un toro en un rodeo resultaba muerto.

-Es un caso aislado. Las estadísticas demuestran que han muerto muy pocos hombres.

-Estoy segura de que las estadísticas no hablan de cuántos resultan

heridos.

-No, por supuesto todos los jinetes terminan con alguna magulladura o herida más o menos grave.

-¿Y cuántos resultan con heridas graves que les impidan volver a montar?

Dylan se movió, incómodo, dejando por un momento de acariciarle el lóbulo de la oreja.

-Bueno, ¿pero por qué ha salido este tema a colación?

-Trataba de averiguar por qué habías querido que te hicieran daño.

-No es que yo quisiera. Es parte de la vida. Por cierto, espero que sepas que nunca haré nada que pueda lastimarte. Me ha parecido verte un poco asustada antes...

-¡No lo estaba! -negó, de inmediato.

-Nunca te haría ningún daño -la miró a los ojos, mientras pronunciaba esas palabras.

-Creía que resultar herido era parte de la vida.

-Pero no la única parte de la vida. El placer es otra, y muy importante además -movió la mano, hasta apoyarla en la nuca de Abigail. La atrajo hacia él y susurró en sus labios-: creo que deberíamos entrar... a tomar el postre. Tengo algo especial para ti.

Se lo imaginó completamente desnudo y con una sonrisa picara en los labios. Sí, eso quedaría muy bien en uno de sus libros. Lo que no se imaginaba era que le fuera a ofrecer fresas.

La primera se la ofreció de una manera bastante casta. Al fin y al cabo no era su culpa que estuvieran maduras y parte de su jugo goteara de los labios de Abigail, que se echó a reír, mientras se llevaba los dedos a la boca para limpiarse.

-Déjame a mí -le dijo Dylan, sólo que él no usó los dedos para limpiarla, sino su seductora lengua, lamiéndola como si fuese un apetitoso tazón de nata.

Pero no la besó, sino que se inclinó a tomar otra fresa. Esta vez la mordió él un poco primero y después llevó el jugoso fruto a los labios de Abigail, trazando un círculo alrededor de ellos, haciendo que se colorearan de rojo.

Y durante todo el proceso no había dejado ni un momento de mirar la boca de Abigail, como si fuera lo más fascinante que había visto en su vida.

La excitación se había apoderado de Abigail, que ya casi no podía respirar.

Había escrito páginas y páginas sobre lo que estaba sintiendo en aquel momento, pero nunca lo había experimentado antes en carne propia de un modo tan intenso, como si casi lo pudiera tocar en el aire.

La conversación que habían tenido sobre los rodeos no había hecho

sino intensificar los temores que tenía respecto al pasado de Dylan y al hecho de que se hubiera enamorado de él. Sabía a dónde la iba a l evar aquella noche. Se sentía como si estuviera haciendo equilibrios sobre la cabeza de un alfiler.

-Da la sensación de que esto ya lo tenías planeado de antemano -le dijo, señalando la colcha de la cama y las almohadas. Hasta recordó haber visto un par de rollos de papel higiénico en el servicio.

-Sí, excepto lo de la chimenea. Traje algunas cosas esta mañana.

-¿Cuánto tiempo te has pasado planeando este rapto?

-Bueno, debes saber que raptar a la novia es una tradición gitana muy antigua.

La palabra novia despertó las esperanzas de Abigail que empezó a pensar que tal vez no había sido justa con Dylan. La había l amado novia. Después de haber dado tumbos durante tanto tiempo estaba buscando lo mismo que el a. Amor y estabilidad.

El alivio que sintió al comprobar que sus sueños se estaban haciendo realidad disipó todas sus dudas. Se sintió más receptiva, más sensible a lo que la rodeaba. La luz de las velas iluminaba sus pieles y los sonidos de la naturaleza les servían de música de fondo: el rumor del río que discurría detrás de la cabaña, las hojas movidas por el viento. Dentro de la cabaña todavía quedaba un cierto olor a humo, recordatorio del incidente que había tenido Dylan al tratar de encender la chimenea.

El fuego que había encendido en aquel momento era un fuego erótico. A cada contacto con Dylan, su cuerpo desprendía l amaradas... el contacto de su muslo contra ella, la boca acariciándole el cuel o, sus dedos sacándole la camisa de los vaqueros.

Al principio no había urgencia, sino tan sólo una tremenda emoción por lo que sabía que iba a venir. No tenía prisa, quería gozar de cada segundo con él. Así que Abigail se detuvo a saborear la curva de su mandíbula.

Cuando sintió cómo sus dedos ásperos ascendían por su columna arqueó la espalda, para experimentar con más intensidad el placer que le producía y al hacerlo sus senos rozaron el pecho de Dylan.

De repente las caricias se hicieron más apasionadas. Sus bocas se encontraron y ambos hicieron un festín de aquel encuentro febril de labios y lenguas que se enlazaban.

Abigail sentía que el cuerpo le ardía, así que agradeció que Dylan le quitara la camisa, quitándosela el a también a él. Pocos minutos después el peso de sus cuerpos arrugaba la colcha puesta por Dylan.

Abigail tiró los vaqueros a los pies de la cama y pronto estuvieron también allí los de él.

A partir de entonces el ritmo se intensificó. Con un gemido de pasión, Abigail pensó que era muy agradable estar tumbada a su lado.

Se podía apretar a cada centímetro de su cuerpo que lo sentía excitado.
-Abbie -susurró él, dándole una hilera de besos desde los ojos hasta los senos-, ahora tienes la oportunidad de elegir -sus dedos se detuvieron en la parte delantera de la camisa de Abbie-. Es decisión tuya que esto vaya más lejos.
Abigail enredó los dedos en los negros cabellos masculinos, tal y como había deseado hacer tantas veces.
-Sí o no -le preguntó él, con voz ronca-. En tus manos está.
-Todavía no está en mis manos, vaquero, pero pronto lo estará -le dijo con una sonrisa picara. Le hizo tumbarse de espaldas y se sentó en su pecho. Después deslizó una mano por su cuerpo, deteniéndose un momento en el ombligo antes de introducirla cuidadosamente debajo de la prenda interior masculina. Después de acariciar su excitado sexo susurró-: la respuesta es sí.
Dylan gimió y levantó las caderas en respuesta a la misteriosa magia que estaba practicando con él.
Enredó los dedos en los cabellos femeninos y le hizo levantar la cabeza para poder contemplar sus hermosos ojos azules.
-Eres única.
-¿Es la primera vez que estás con una mujer mayor que tú? -le preguntó, tratando así de ocultar su repentino nerviosismo.
-Mi primera vez con alguien que significa tanto para mí.
-¿Y cuánto significo para ti?
-Déjame mostrártelo.
Y lo hizo con cada caricia de su lengua en las partes más secretas y escondidas del cuerpo de Abigail. Mientras oleadas de placer recorrían el cuerpo femenino, le cubrió el sexo con la palma de la mano, como para hacer durar más la dulzura del momento.
-Ahora -susurró ella-. Te quiero dentro de mí.
Tras ocuparse de que tuvieran un sexo seguro, entró en ella todo lo que pudo, disfrutando intensamente de cada sensación que le producía y empezó a moverse.
-¿Te gusta así de despacio? -susurró-. ¿Así?
-¡Sí! -le clavó los dedos en los hombros y gritó su nombre.
-¿Estás disfrutando?
-Mucho -le dijo, casi sin respiración-. Más.
-¿Más de esto? -se balanceó contra ella.
-¡Sí!
-¿O de esto? -empezó a moverse más deprisa.
-¡Sí! -levantó las caderas para moverse a su ritmo y tenerlo aún más dentro.
-¡Abbie!, cariño, no puedo más...
Vio el fuego que había en los ojos de Dylan mientras la pasión se

apoderaba de el os.

El placer se estaba haciendo tan intenso que ya no podía seguir pensando, tan sólo sentir.

Cuando Dylan bajó la mano para acariciar sus rizos dorados, de inmediato se vio envuelta como en una espiral de humo, y empujada a levantar el cuerpo hacia arriba con cada aguda sensación de placer, con cada contracción.

Notar las contracciones de Abigail apretando su sexo mientras alcanzaba el clímax, hizo sentir a Dylan que tocaba el paraíso. Luchó por mantener el control, pero no pudo hacer nada contra la oleada de deseo que surgió dentro de él. Mientras gritaba su nombre empujó dentro de el a por última vez, antes de arquear la espalda y quedarse muy quieto tras alcanzar el máximo placer.

Después descansaron juntos, el a con la cabeza apoyada en el hombro de él, los cuerpos enlazados en la pequeña cama, tapados con la colcha. Abigail se incorporó y apoyada en un codo miró a Dylan.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó, mientras, incapaz de luchar contra la tentación, dibujaba en su pecho con el dedo un invisible corazón con sus iniciales y las de Dylan.

-¿Me estás marcando como a los cabal os? -bromeó Dylan, con una sonrisa.

-¿No te han marcado nunca?

-No, pero me han tirado alguna vez que otra.

Abigail se puso seria. Acababa de palpar la cicatriz que tenía en la pierna y le horrorizó pensar lo fácilmente que podría haberlo perdido.

Al pensar aquello sintió ganas de volver a hacer el amor con él, para constatar el hecho de que ambos estaban vivos.

-¿Cuántos preservativos has traído?

La sonrisa se tornó picara cuando respondió:

-Los suficientes.

-Muy bien -le dijo, colocándose encima de él.

-¿Vas a poner en práctica esa escena de tu última novela? -le preguntó, sin disimular su emoción.

Abigail asintió, mientras sus rubios cabellos acariciaban la piel de Dylan, como si de seda se tratara.

-Aunque la verdad es que mi heroína era más sexy que yo -constató, frunciendo el ceño.

-¡De eso nada! -dijo Dylan, al tiempo que tomaba cada uno de sus pechos en una mano -Mira, son de la medida exacta -afirmó, mientras acariciaba los rosados pezones con los pulgares.

-Mmm, yo podría decir lo mismo de ti -le replicó, con una sonrisa maliciosa.

Esta vez fue ella la que se encargó de ponerle el preservativo. Después con las rodillas apoyadas en la cama, a cada lado de las

caderas de Dylan, le guió lentamente hacia ella.

Una vez dentro de el a, fue él quien le mostró como hacer para empezar a sentir de placer.

De repente, Dylan se incorporó y sin salir de su cuerpo, se puso frente a ella.

Al ver la cara de sorpresa de Abigail, la besó en los labios y le dijo:

-¿No lo has hecho nunca así? -Abigail negó con la cabeza-. Entonces limítate a moverte hacia delante y hacia atrás.

Observó el rostro de ella mientras se concentraba en hacer lo que le había dicho y después su sorpresa al sentir que estaba alcanzando el placer de aquel modo.

-¡Dios mío!

-Mmm, sí... -susurró Dylan, moviéndose a su vez.

-¿Cuánto tiempo dura?

-Más de ocho segundos y menos de ocho horas -le dijo, con una sonrisa picara.

-Demuéstramelo.

Y así lo hizo.

La luz del día la despertó. Por un momento no supo dónde estaba, excepto que se encontraba en los brazos de Dylan.

Se estiró y el movimiento despertó a Dylan que la miró soñoliento y sonrió. Abigail pensó que nunca había visto nada tan hermoso en su vida. Aquello era la definición exacta de la felicidad: despertar en los brazos de Dylan y ver su sonrisa.

-¿Entonces quieres una boda a lo grande o discreta?

Al ver la cara de susto que ponía Dylan, Abigail se dio cuenta de que a pesar de la noche inolvidable que habían pasado, él no había pensado en ningún momento en hacerla su esposa.

Capítulo Ocho

-Sólo estaba bromeando -le dijo Abigail, al tiempo que se separaba de él-. ¿Acaso no sabes aceptar una broma? ¿Cómo vamos a pasar tú y yo juntos toda la vida? Nos mataríamos.

-Ya, pero menuda broma -murmuró Dylan.

-Muy bien -Abigail tomó su ropa.

-¿Adonde vas?

-Fuera.

-¿Por qué?

-Necesidades fisiológicas.

-Oh, date prisa.

Una vez fuera, en vez de ir al servicio, Abigail se tomó su tiempo para tratar de recuperar el control de sí misma. Se sentía como una idiota.

Mientras respiraba hondo repetidas veces para tranquilizarse, Abigail se preguntó cómo podía haber sido tan ingenua como para creer que Dylan deseaba sentar la cabeza y casarse. Había oído la palabra «novia» y se le habían hecho gelatina las rodil as, perdiendo por completo el poco sentido común que le quedaba.

El amanecer era espectacular. El cielo estaba teñido de un hermoso color rojo, pero Abigail no podía apreciar su belleza en aquel momento.

Estaba tan deprimida porque había cometido la tontería que se había jurado no cometer nunca: enamorarse de Dylan Janos.

Había tomado todas las precauciones, pero a pesar de que se había dicho constantemente que no debía caer, al final no había sido capaz de poner de acuerdo su corazón con su cabeza. Su cabeza sabía muy bien que no debía enamorarse de un nómada como Dylan en cuyo vocabulario no entraban las palabras estabilidad o futuro.

Pero su corazón... su corazón la había traicionado, haciéndola ver aquellos increíbles ojos, aquel os sensuales labios. Y ojalá hubiera sido sólo eso, porque entonces se trataría únicamente de una mera atracción física, el problema era que había más: estaba su sentido del humor, su disposición para ayudar a los demás, la dulzura con que trataba a los animales, llegando incluso a conquistar al gato del rancho que hasta entonces había sido siempre muy arisco con las personas. Le había conquistado igual que a ella la había convencido de que había una posibilidad de que aquello fuera en serio y la hubiera raptado para casarse con ella.

Pero el pánico que había visto en sus ojos al mencionar ella la boda la demostraba que no tenía la más mínima intención de hacerla su esposa.

Tenía que comportarse como una adulta y no dejarle ver en modo alguno que la había hecho daño. Debía dejar de l orar y entrar antes

de que empezara a sospechar algo.

-Has tardado mucho -le dijo Dylan, al verla entrar-. Te he echado de menos.

-Empieza a hacer frío por las noches. El otoño ya está a la vuelta de la esquina.

-Sé como hacerte entrar en calor -murmuró Dylan, retirando hacia un lado la manta.

Al ver que no reaccionaba le preguntó:

-¿Te pasa algo?

-No.

-Escucha, sobre lo que dije antes...

-No te preocupes por eso. Los dos somos adultos. No le demos más importancia a lo que ha sucedido que la que realmente tiene. Los dos nos lo hemos pasado bien, y eso es todo. Además no eres el tipo de hombre que estoy buscando.

Una cosa era que Dylan pensara que aún no estaba preparado para sentar la cabeza y otra que el a afirmara que no era el tipo de hombre que estaba buscando. ¿Acaso se refería a que un vaquero que participaba en rodeos era poco para el a? La verdad era que aunque había invertido bien sus ganancias, en vez de dilapidarlas como hacían otros, ella era una escritora famosa, que debía estar ganando mucho dinero.

-Entonces, ¿lo de anoche fue solamente un revolcón de la jefa con el empleado?

-Mira, no tienes ningún derecho ha sentirte insultado -le replicó Abigail, enfadada-. Yo soy la que...

-¿Qué?

-La que no va a regresar a lomos de ese caballo contigo -respondió dándose cuenta a tiempo de que había estado a punto de revelarle sus verdaderos sentimientos, el amor que sentía por él-. Cuando llegues al rancho dile a Shem o a uno de sus hijos que traiga a Salvaje. Me quedaré aquí esperando a que llegue.

-Ni lo sueñes.

-Tal vez te hayas salido con la tuya antes, pero no lo vas a volver a hacer -le aseguró.

-Ya hablaremos de eso. Mientras tanto puedes irte en Viajero, si quieres, yo esperaré aquí. De todos modos, Randy y yo teníamos que comprobar el estado de unas vallas de esta parte de la finca. Mándalo aquí con Viajero.

-Muy bien.

Mientras la veía alejarse, Dylan pensó que sin duda los cabal os eran mucho más fáciles de entender que las mujeres.

-¿Qué estás haciendo aquí tan pronto? -preguntó Raj a Abigail al verla entrar en la cocina-. ¿Y no es ése el caballo de Dylan? ¿Ha

sucedido algo? -al ver la mirada de Abigail se dio cuenta de la pregunta tan tonta que acababa de hacer-. Claro que ha pasado algo. ¿Me lo quieres contar?

-Voy a llorar -le advirtió, alcanzando una caja de pañuelos.

-No te preocupes, los chicos ya han desayunado y están fuera trabajando -le puso el brazo por los hombros y la estrechó contra ella-. ¿Qué ha pasado?

-Dy... Dylan -se echó a llorar, y ya no fue capaz de continuar.

-¿Pero qué ha pasado?

Tras gastar casi una caja de pañuelos pareció capaz de seguir.

-Dylan me raptó ayer.

-¿Cómo? Me dejó una nota diciendo que os ibais a recorrer la finca.

-Me raptó.

-¿Te refieres a pedir una recompensa y todo eso?

-No. Se trata de una antigua tradición gitana en que se rapta a la novia.

Raj levantó una ceja.

-¿A la novia?

-Sí, yo también pensé lo mismo que tú estás pensando ahora.

-Y sospecho que no te tengo que felicitar...

-Has acertado. No iba en serio.

-¡Será miserable!

-Sí, es una rata de alcantarilla.

-Sin duda.

-¡No, no lo es! -Abigail se volvió a echar a l orar-. Puede ser gracioso y dulce. Sus besos son increíbles... Supongo que no se le puede culpar por no amarme.

-¡Entonces es estúpido! -dijo, Raj-. ¿Puedo preguntar dónde está?

Abigail sonrió entre sollozos.

-No le he asesinado, si es eso lo que te preocupa.

-Por lo menos lo habrás dejado desnudo y te habrás traído la ropa -le preguntó Raj, refiriéndose a una escena del libro que estaba escribiendo Abigail-. Dime que lo hiciste.

Abigail pensó que había tenido la oportunidad de hacerlo la tarde anterior, pero en cambio se había metido en el agua con él, como una estúpida.

Como las desgracias nunca vienen solas, el padre de Abigail llamó a última hora de la mañana.

-¿Ya te lo has quitado de la cabeza?

Claro que no se había quitado a Dylan de la cabeza, pero su padre no conocía siquiera su existencia. ¿A qué se refería entonces?

-¿Qué es lo que me tengo que quitar de la cabeza?

-Dirigir el rancho de mi hermano.

Era la primera vez que Abigail se daba cuenta de que su padre nunca l amaba por su nombre a las personas relacionadas con él. Nadie tenía una identidad propia, ni siquiera un nombre.

Siempre se refería a ella como a «mi hija», nunca como Abigail y la frase «mi hija»

siempre iba seguida de algún comentario reprobatorio sobre algo que ella tuviera planeado hacer.

Ni siquiera le había gustado que se hiciera bibliotecaria. Decía que en el futuro no se iban a necesitara los bibliotecarios.

-El rancho y yo estamos bien. Gracias, papá.

Su padre no percibió el sarcasmo de su voz, tal y como había imaginado.

-Para cuando te decidas a vender la finca, Redkins habrá bajado el precio -le advirtió.

-No se trata de un capricho, ¿sabes? -se lo había debido decir unas veinte veces desde que heredara el rancho en primavera-. No me voy a levantar una mañana y darme cuenta de que me he aburrido del rancho.

-A mí me pasó.

-No. A ti lo que te ocurrió fue que no pudiste resistir la tentación de aceptar el dinero de Redkins.

-Los ranchos familiares están en vías de extinción. La mitad de las fincas se están convirtiendo en estaciones de esquí o en grandes condominios. Ya sé que te aferras al pasado, por algo te gusta escribir sobre la historia del Oeste, y todo eso, pero ha llegado el momento de que seas realista.

Abigail pensó que quizás debiera ser realista en lo referente a que Dylan no la amaba.

Tal vez por eso escribía ficción, porque la realidad apestaba.

Para su sorpresa Ziggy se pasó por al í después de comer, trayendo un regalo, lo que hizo preguntarse a Abigail si Raj no habría contactado con él.

-¿Te gusta? -le preguntó Ziggy, sacando pecho con orgullo.

-Es muy bonito -respondió Abigail, a pesar de no estar segura de lo que era.

-Iba a ser una escultura, luego pensé en un banco y ahora la verdad es que no sé lo que es, pero pensé que te podría gustar -dijo Ziggy, al tiempo que dejaba la combinación de tres ramas y pedazos de madera sobre el suelo de la sala de estar-. Tal vez esto te haga sonreír -Abigail sonrió, aunque no de la manera en que tenía acostumbrados a sus amigos-. Si quieres puedo estrangular a ese bribón de vaquero tuyo.

-Gracias por el ofrecimiento, Ziggy, pero...

-¿Sabes que estuve casado cuatro veces? -la interrumpió.

-Sé que estuviste casado, pero no cuatro veces.

-Con esa trayectoria a mis espaldas, he aprendido una o dos cosas.

-Sí, o tres o cuatro -añadió Abbie, sin poder reprimirse.

-No todos los hombres tienen claro que quieren asentar la cabeza. Muchos necesitan que les muestren las ventajas.

-¿Eso fue lo que hicieron tus esposas? Pues siento decírtelo, Ziggy, pero parece que no tuvieron mucho éxito.

Ziggy se encogió de hombros. Vestía una camisa de franela de color rojo y negro que contrastaba con el amarillo de sus pantalones.

-Sí, pero mientras lo intentaron nos lo pasamos muy bien.

-Esa última parte es la que a mí no me gusta, pero gracias por tratar de animarme. Me siento afortunada por tener amigos tan buenos como Raj y tú.

-Y nosotros por tenerte a ti -de repente empezó a dar palmas-. Ya sé, esta noche haré una fondee.

-Será fantástico, gracias. Ya hacía mucho tiempo que no tomábamos tu fondee.

-El verano está terminando -señaló hacia la ventana con la cabeza-, y ya hace frío por las noches.

Tan sólo faltaba una semana para que terminara agosto. Abigail había empezado a notarlo en la naturaleza: las ardillas habían comenzado a recolectar comida para el invierno, y en algunos árboles se veían ya amarillear las hojas.

-Sí el tiempo se está acabando -murmuró.

Era inútil. No podía trabajar, así que decidió hacer algo que había estado todo el verano pensando en l evar a cabo: arreglar y pintar el columpio del porche.

-Dylan no es lo bastante bueno para ti -dijo Randy.

Asustada, dejó caer el pincel lleno de pintura blanca sobre el porche.

-No te había visto, Randy.

-Nunca me ves. Es como si últimamente sólo tuvieras ojos para Dylan.

-En este momento, sólo tengo ojos para este columpio.

-Puedo hacerlo por ti. Ya sabes que sólo tienes que pedírmelo. Haría cualquier cosa por tí.

-Te lo agradezco Randy, pero... -había algo que no le gustaba en su ardiente mirada.

Hacía que se sintiera incómoda.

-Te mereces lo mejor y Dylan no puede dártelo. Es demasiado joven para ti.

A Abigail no le gustó aquella observación.

-Sí, bueno...

-He leído todos tus libros. Hay pasajes que me los sé de memoria. Puedes pedirme que te recite el que quieras.

-Vale, vale. Te creo.

-No, venga. Dime cual quieres.

-No hace falta, de verdad.

Pero Randy parecía no haberla escuchado y se puso a recitar el comienzo de dos de sus últimos libros, palabra por palabra.

-Mi padre no lo sabe, pero tengo una gran memoria -se vanaglorió Randy.

-Ya lo veo -Abigail se sentía ya muy incómoda-. ¿No deberías estar limpiando los establos?

-Ya he terminado. Esto es más importante.

-¿El qué?

-Hablar contigo...

-Me siento halagada, pero la verdad es que hay mucho trabajo que hacer en el rancho...

-No tienes que preocuparte de eso. Ya me he preocupado yo.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que ya me he ocupado yo de todo –volvió a repetir-. Una mujer tan hermosa como tú no se debería estar preocupando de estas cosas, te hará envejecer antes de tiempo.

Abigail se dio cuenta de que ésa era otra frase de uno de sus libros. Deseó con todas sus fuerzas que apareciera Raj, pero recordó de repente que se había marchado a Big Rock a recoger unos vídeos de películas del oeste que había pedido por correo.

-De verdad que no tienes que preocuparte de mí -trató de tranquilizar a Randy.

-Ya sé que no, porque me he ocupado de que así fuera. Te quiero mostrar a qué me estoy refiriendo.

-Tal vez en otro momento. Ya ves que estoy pintando este columpio.

-Esperaré.

-No me gustaría tenerte ahí esperando.

-Entonces te lo pintaré yo.

-¡No! -intentó quitarle el pincel de la mano y el a lo sujetó como si en el o se le fuera la vida-. Prefiero hacerlo yo.

-Muy bien, si es lo que quieres -se conformó Randy, para alivio de Abigail.

-Lo es.

-Entonces iré a ayudar a Dylan y mi padre con esas vallas.

-Buena idea -dijo Abigail.

Cuando se fue, Abigail se dijo que tal vez se estuviera volviendo demasiado susceptible, porque en realidad Randy no había dicho nada malo u ofensivo, aunque el hecho de que le hubiera recitado pasajes de sus novelas era bastante raro. Meneó la cabeza y pensó que tal vez estuviera dando a las cosas una importancia que en realidad no

tenían. Tal vez lo que ocurría era que Dylan hubiera confundido sus sentimientos.

Acababa de dar la última capa de pintura al columpio, una hora más tarde, cuando vio llegar a Randy, a todo galope y gritando:

-Dylan está herido. Ha tenido un accidente y está preguntando por ti, Abbie. Será mejor que te des prisa.

-¿Por qué no pueden ser sinceras las mujeres y decir lo que sienten? No creo que sea mucho pedir, ¿no te parece? Fíjate lo bien que nos llevamos tú y yo. No tenemos ningún problema para comunicarnos. Conoces mis estados de ánimo, te das cuenta de mis cambios de humor, estamos cómodos juntos. ¿Cómo es posible que seas el único que me comprenda? -preguntó Dylan a Viajero, mientras le quitaba la silla-. ¿Y por qué estoy aquí hablando con mi caballo? No es que no disfrute de nuestras conversaciones, que ya sabes que sí.

Viajero relinchó como para corroborar lo que había dicho su amo.

Como premio, Dylan le echó más de comer, antes de encaminarse hacia el rancho.

Sabía que Abbie no le iba a recibir con calidez y todavía no estaba seguro de qué era lo que había ido mal aquella mañana. Estaban tan a gusto en la cama, haciéndose arrumacos y de repente había salido como un cohete. Sospechaba que tenía algo que ver con su reacción a la palabra «boda»

Pero ella había dicho que tan sólo se trataba de una broma y además le había lanzado la pulla de que él no era el hombre que estaba buscando. ¿Qué demonios significaba aquello? ¿Cómo se suponía que un hombre iba a saber si una mujer estaba loca por él, al hablarle de boda o al insinuarle que en todo caso él no sería el novio?

Al acercarse al porche vio en él al gato, sentado en la barandilla cercana al columpio.

Recordó cómo se había solidarizado con Abbie tras su última pelea en el granero, la semana anterior, siguiéndola hacia la casa. Desde entonces, el gato había estado distante con él, igual que Abbie. Hasta la noche anterior. Aquel a noche, Abbie no se había mostrado distante. Había estado... increíble.

Tratando de poner en práctica su habilidad para hacer las paces, Dylan se dirigió al gato.

-¿Así que tú tampoco te hablas conmigo? No quise ofenderte. Tienes que reconocer que los machos lo pasan mal teniendo que pelearse con las hembras, sean de la especie que sean.

-Abbie acaba de pintar ese columpio esta tarde, así que yo que tú no me acercaría demasiado. Tal vez esté aún húmeda la pintura -le advirtió Raj, desde la puerta de la cocina, con un paño en las manos.

-Ya lo veo. Por cierto, ¿dónde está Abbie?

-No lo sé. No estaba aquí cuando regresé de Big Rock. Debe

haberse marchado a toda prisa porque no ha recogido el bote de pintura y la brocha. Su caballo no está, ni el de Randy tampoco.

Al oír aquello se encendió una luz roja en el interior de Dylan.

-Ya casi es la hora de cenar.

-Lo sé. Empiezo a estar preocupada por el a. No me dijo nada de que pensara montar a caballo esta tarde. De hecho estaba esperando una llamada importante de su editor.

-Tal vez llamó su editor y Abbie decidió salir a montar.

-El problema es que cuando llegué el teléfono estaba sonando y era el editor, que aún no había podido hablar con Abbie. Y era una l amada muy importante. Nunca se hubiera marchado así, de no haber ocurrido algo grave.

-Bueno, la verdad es que estaba bastante disgustada -empezó a decir Dylan.

-Por tu culpa -le acusó Raj.

Como no sabía qué le había contado Abbie sobré lo sucedido en la cabaña, Dylan no supo que replicar.

El estruendo del claxon de Ziggy distrajo la atención de Dylan.

Ziggy se acercó a él, con cara de enfado.

-Abbie es demasiado buena para ti -le dijo, con un acento alemán más fuerte de lo normal.

-¿La has visto? -preguntó Dylan.

-Claro. He venido a hacer una fondee para ella.

-Pues no está aquí -le dijo Raj.

-Pues le dije que vendría a esta hora. ¿Dónde se ha metido? Hablé con ella por teléfono y me dijo que se iba a quedar pintando el columpio.

-¿Cuándo fue la última vez que viste a Abbie? -le preguntó Dylan.

-Esta tarde que la vi pasar a todo galope con Randy. Serían sobre las tres.

-¿Y no encontraste una nota al llegar a casa, Raj? -volvió a preguntar Dylan.

Ella negó con la cabeza.

-¿Crees que les ha pasado algo?

-No es probable. Mira ahí vuelven Shem y Hondo. Quizás ellos sepan lo que está ocurriendo.

-Tal vez Shem sí, pero Hondo nunca sabe lo que está pasando a su alrededor, así que dudo que lo sepa ahora -murmuró Raj.

-Shem, ¿has visto a Randy o a Abbie? -preguntó Dylan.

El anciano negó con la cabeza.

-La verdad es que no.

-¿Dijo Randy algo de salir a montar con Abbie esta tarde?

-Randy no me cuenta mucho últimamente -admitió Shem-. Está teniendo un comportamiento muy extraño, incluso para mí.

-¿Qué quieres decir?
-Bueno, no quiero echar tierra sobre mi hijo, pero ha estado mucho tiempo fuera del rancho, y hasta ha descuidado sus tareas.
-¿Ya dónde iba?
-Ese es el problema, que nunca me lo ha querido decir.
-Me da mala espina lo que estoy oyendo -dijo, Dylan.
-¿Adonde vas? -le preguntó Shem.
-A ver si consigo encontrar a Abbie.
-Randy nunca le haría daño.
-Espero que no, o es hombre muerto.
-A Randy le gusta Abbie -dijo Hondo-. Me hizo prometer que no diría nada.
-¡Lo que faltaba! -murmuró Dylan.
-Y tú no le caes bien -añadió Hondo.
-Pues el sentimiento es mutuo. ¡Vamos! Cada uno cabalgaremos en una dirección. Tú Ziggy, vete en el todo terreno hacia el sur, Hondo irá hacia el este, Shem hacia el oeste y yo hacia el norte.
-¿Y yo? -preguntó Raj.
-Tú te quedarás aquí por si regresa.
-Muy típico de las películas del oeste -murmuró Raj, mientras veía alejarse a los hombres-. La mujer se queda en la cocina al cuidado del fuego-. Dylan -gritó-, llévate el teléfono móvil de Abbie, lo ha dejado cargándose en el granero. Llámame en cuanto sepas algo y tráela a casa.
La primera parada de Dylan fue en la colina de detrás de la casa, de donde la había raptado... tan sólo el día anterior.
Gritó su nombre, por si se había escondido al oírle llegar, pero nadie respondió.
Aunque no creía que estuviera de muy buen humor con él para responderle, de todos modos.
-Ziggy ha venido para hacer la fondee. Vamos, Abbie, si estás por ahí, respóndeme. No te molestaré. Tal sólo quiero saber que estás bien.
Pero sus gritos fueron sólo respondidos por el viento y el sonido de una urraca. Una luz dorada iluminaba la colina, recordándole el color dorado que la luz del sol daba a los cabellos rubios de Abbie, al incidir en ellos. El olor a humo procedente del rancho le recordó al de la cabaña y las bromas de Abbie, diciéndole que sabía como encender el fuego, pero no sabía como controlarlo. Lo mismo le ocurría con su relación con el a. Sabía como prender el fuego entre el os, pero después no sabía como hacer para mantenerlo y que no llegara a quemarlos. No tenía ninguna experiencia en ese campo.
Sus padres le parecía que llevaban casados toda la vida y eran un matrimonio muy feliz. Pero desde que empezara en el mundo de los

rodeos había visto muy pocos matrimonios felices. Era un estilo de vida que no dejaba mucho tiempo para la familia y sí para buscarse problemas.

Dylan sabía que aquella ya no era su vida y aunque no sabía de qué estilo sería en adelante, tenía claro que deseaba que Abbie formara parte de ella.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que pudiera haberle sucedido algo y buscó algo en el bolsillo de la camisa para tranquilizarse: era un botón rojo de la blusa de Abbie. Se le había caído antes de hacer el amor con él la noche anterior y lo había encontrado después de que se marchara y le dejara solo. Su padre le había dicho, siendo niño, que daba buena suerte encontrarse algo rojo.

Dylan deseó que así fuera, porque empezaban a invadirle pensamientos negativos.

Sentía lo mismo en la boca del estómago que en algunos rodeos. Era como un sexto sentido que le decía que algo iba a ir mal. En el último rodeo no había hecho caso de ese sexto sentido y había mordido el polvo, hiriéndose gravemente en la pierna.

Pero esta vez no pensaba hacer caso omiso de su instinto. No iba a correr riesgos y encontraría a Abbie.

Capítulo Nueve

Cuando Dylan regresó al rancho ya había oscurecido. Raj no tuvo que decirle nada, porque por su expresión adivinó que Abbie aún no había aparecido.

-¿Nada? -preguntó, con preocupación en la voz.

Raj negó con la cabeza.

-En el ejército aprendí a rastrear y he seguido unas huellas que parecían las de los caballos de Randy y Abbie -dijo Ziggy-, pero se pierden en el río.

-Randy está tratando de borrar sus huellas -señaló Raj-. En las películas lo hacen continuamente.

-Voy a llamar a la policía -dijo Dylan.

-Ya lo hice yo -intervino Raj-. El sheriff dijo que tardaría una hora en llegar. Ah, puede que ése sea él.

El sheriff Tiber llegaba en aquel momento, con toda tranquilidad.

-¿Se os ha perdido el jefe? -preguntó el sheriff, antes de escupir el tabaco que tenía en la boca.

Dylan estuvo a punto de agarrar al hombre de la ley por el cuello y golpearlo contra su moderno coche de policía, pero se contuvo porque sabía que lo único que conseguiría con eso sería que lo detuvieran y no ayudaría en nada a Abbie.

-Lleva desaparecida desde primeras horas de la tarde -le dijo, secamente.

-Bueno, como ya le he dicho por teléfono a vuestra amiga extranjera, hasta que no amanezca no puedo organizar una patrulla de búsqueda. ¿Decís que salió a montar con Randy Buskirk? Pues a lo mejor están en algún sitio haciéndose arrumacos a la luz de las estrel as.

-O tal vez Hoss Redkins la ha raptado para tratar de convencerla personalmente de que le venda el rancho -intervino Dylan.

-Ten cuidado con lo que dices, que todavía no me he olvidado del incidente del baile en el que Hoss resultó herido. Todavía se pueden presentar cargos contra ti por aquello.

-Nunca había oído que fuera un delito mirar a alguien -respondió Dylan, sin dejarse intimidar por el sheriff.

-Debe ser en este país -murmuró Shem.

-¿Qué ha dicho el viejo? -preguntó el sheriff.

-Que debe ser en este país donde la gente no es lo bastante perspicaz como para saber lo que tienen con usted como agente de la ley -dijo Shem.

El sheriff frunció el ceño, inseguro de si le estaban insultando o haciendo un cumplido.

-Yo tampoco he entendido demasiado bien lo que ha dicho -le dijo Hondo, solidarizándose con él.

-Si Abigail no ha aparecido todavía mañana por la mañana, veré si puedo hacer que venga uno de mis hombres para que ayude en la búsqueda, pero tiene que llevar desaparecida veinticuatro horas.

La mano de Shem en el brazo de Dylan impidió que éste hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. Se estremeció al pensar que Abbie había sido siempre la que le ponía la mano en el brazo y se preguntó si la volvería a ver.

En el pasado lo que más había temido Dylan era perder su libertad, pero tras la desaparición de Abbie se daba cuenta que lo que más temía era perderla a ella.

Dylan vio desaparecer el coche del sheriff en la oscuridad y rezó. Era la primera vez que rezaba en mucho tiempo y pidió que Abbie estuviera bien, que no le hubieran hecho ningún daño y pudiera encontrarla pronto.

Después entró en la casa y telefoneó a Hoss Redkins.

-Está fuera de la ciudad en viaje de negocios -le dijo una mujer, con acento mejicano.

-Dígale que le hago responsable de la desaparición de Abbie Turner -le dijo, antes de colgar el teléfono con furia.

-Tal vez debiera ir yo mismo al rancho. Tal vez la tenga retenida allí.

-No creo que su mujer se lo permitiera -dijo Shem.

-Tiene muchas propiedades donde esconderla.

-No sabemos seguro que Redkins esté detrás de la desaparición de Abbie. Recuerda que se fue con Randy -le recordó Shem.

Dyaln pensó que por lo tanto las dos posibilidades existentes eran que a Abbie la hubiera raptado un loco enamorado como Randy o un bestia como Redkins, que quería sus tierras a toda costa.

Estaba pensando seriamente en dirigirse al rancho de Redkins, cuando sonó el teléfono.

-Es para ti -le dijo, Raj.

Pensando que podían tratarse de novedades acerca de Abigail, Dylan se apresuró a tomar el auricular.

-¿Dígame?

-Eh, hermano, ¿qué tal van las cosas en el rescate de la damisela? -le preguntó Michael, alegremente.

-Ha desaparecido.

-¿Quién? ¿Qué está pasando ahí?

-Abbie. Salió a montar con uno de los empleados esta tarde y no se sabe nada de el os. Tengo la sensación de que le ha pasado algo. De que tal vez esté herida. Escucha, no puedo hablarte ahora. Debo encontrarla -colgó el teléfono.

No habían pasado ni cinco segundos cuando sonó de nuevo y Dylan se apresuró a responder.

-Ponga a Dylan Janos al aparato -dijo una voz fingida.

-Al habla.

-Si quiere volver a ver a su novia Abbie viva tiene que ir hasta la cabaña… solo. Debe ser al amanecer. Si llega antes o después no la volverá a ver con vida.

-Si le pone una mano encima… -pero estaba hablando solo, porque quienquiera que fuera el que había llamado, ya había colgado.

-Randy tu sabes muy bien lo que va a ocurrir -le dijo Abbie con un tono de voz que sus compañeros de trabajo en la biblioteca hubieran definido como analítico. Era el que usaba con el director de la biblioteca cuando amenazaba con recortar el presupuesto-, van a venir a buscarme -Randy la tenía atada.

-De noche no. Y además aunque lo hicieran él no nos encontraría hasta que yo no lo quisiera.

-¿A quién te refieres con «él»?

-A Dylan. ¿A quién va a ser?

-¿Qué tienes en contra de Dylan o mía? ¿Por qué estás haciendo esto?

-Nunca deberías haber venido a esta cabaña con Dylan.

-¿Por qué no?

-No puedo hablar de eso. ¿Estás segura de que no quieres comer algo?

Abbie negó con la cabeza, haciendo lo posible para no temblar. Randy la había atado la muñeca y el tobil o derecho a la viga central de la cabaña y después había movido la cama para que Abigail pudiera sentarse en el a.

Abigail había hecho todo el camino hasta la cabaña preocupada pensando que Dylan estaba herido de gravedad. Hasta que no entró no se dio cuenta de que sucedía algo extraño. No había nadie y las flores que el a había recogido estaban ya secas en el jarrón.

La cama en que Dylan y ella habían hecho el amor no le resultaba cómoda en aquel momento, sino que encima le recordaba que las cosas no habían ido bien entre el os.

Todavía no podía dar crédito a todo lo sucedido en las últimas treinta y seis horas: la habían raptado, había nadado casi desnuda, la habían besado, acariciado y hecho el amor. Después todo había ido mal, empezando por lo humillada que se había sentido al ver que estaba confundida respecto a las intenciones de Dylan. Le había roto el corazón y se había puesto furiosa, pasando después a sentirse herida y deprimida. Después Randy la había engañado con el accidente de Dylan y allí estaba otra vez en la cabaña, sólo que en esta ocasión no se lo estaba pasando bien. Estaba aterrorizada, aunque hiciera lo posible para que no se le notara.

-Randy, ¿no podrías aflojarme la cuerda?

-Me gustaría hacerlo, pero no puedo arriesgarme a que te escapes.

-¿Y qué pasará cuando tenga que ir al servicio?

-Iré contigo y haré guardia fuera.

-¡Fantástico! -murmuró.

-Esto no ha sido todo idea mía -dijo Randy.

-¿De quién más ha sido entonces?

-No te lo puedo decir.

Cinco minutos más tarde Abigail preguntó:

-¿Puedes hacer fuego? Me estoy helando.

-Buena idea.

Abigail lo tenía todo planeado. Como la chimenea estaba bloqueada el humo les obligaría a salir de la cabaña y Randy tendría que desatarla. Aprovecharía la confusión para huir. Era un gran plan.

Por desgracia la chimenea no cooperó.

-¡Qué fuego más agradable! La chimenea estaba bloqueada, pero la limpié después de que se fuera Dylan esta mañana.

-¿Quieres decir que nos estuviste espiando? -sólo pensar en Randy viéndola en ropa interior o haciendo el amor con Dylan a la luz de las velas le ponía los pelos de punta.

-Sólo llegué a tiempo de verte marchar a lomos de su cabal o, pero imaginé lo que habíais estado haciendo. Pero sé que no fue idea tuya.

-Esto tampoco ha sido idea mía. Preferiría estar en casa.

-Lo sé. Estoy tratando que te sientas lo más cómoda posible. No soy un hombre al que se hiera fácilmente, pero te agradecería que fueras más comprensiva y entendieras lo difícil que esto me resulta.

-¿Que te resulta difícil? Pues deberías estar donde estoy yo.

-¿Qué te parece si te leo algún extracto de tu último libro? ¿No crees que me parezco a Ramón?

Abigail pensó que tal vez en el blanco de los ojos, pero no se lo dijo.

-No me leas nada -por la expresión de sus ojos sospechaba que quería leerle las escenas de amor, y no quería darle ideas-. Prefiero que me hables de ti -le dijo, tratando de mantenerlo ocupado hasta que vinieran a ayudarla.

-¿Quién ha llamado? -pregunto Raj.

-Mi hermano Michael desde Chicago.

-¿Las dos veces?

Dylan sabía que Raj y Abigail llevaban muchos años de amistad, pero, ¿cómo podía estar seguro de que no tenía nada que ver con el rapto? No podía arriesgarse a poner en peligro la vida de Abbie.

Decidió que sería mejor que hiciera aquello solo.

Pero ya no quería volver a estar solo. Deseaba estar con Abbie.

-¿Fue tu hermano las dos veces? -repitió Raj.

-Sí, le colgué tan rápido la primera vez que no le di tiempo a

decirme algo importante.

-Oh, esperaba que hubieran sido noticias de Abbie.

-Sí, yo también.

Mientras Dylan se acercaba a la cabaña pensaba en lo diferentes que podían ser las cosas de un día para otro. Veinticuatro horas antes había estado en aquel lugar haciendo el amor con Abbie y en aquel momento, sin embargo no sabía si estaba viva o muerta.

No paraba de repetirse a sí mismo que a su raptor le interesaba mantenerla con vida y en su mente había imaginado y descartado al menos media docena de intentos de rescate, porque ninguno de ellos podía garantizar la seguridad de Abbie.

No había hecho más que desmontar cuando vio aparecer a Randy con un rifle de caza en la mano.

-Las manos sobre la cabeza -le ordenó.

Dylan le obedeció. No tenía mucha elección.

-¿Dónde está Abbie? Más te vale que se encuentre bien.

-Yo nunca haría daño a Abbie. Tú fuiste el que la heriste -le replicó Randy.

Dylan no dijo nada porque sabía que Randy tenía razón. Había hecho daño a Abbie, pero no volvería a cometer semejante error.

-¿Está aquí tu jefe? -le preguntó Dylan.

Randy asintió.

-Está dentro.

-¿Y Abbie?

-Dentro también. Vamos, muévete -Randy le empujó hacia la puerta.

La cabaña estaba tenuemente iluminada por la luz del amanecer que estaba empezando a entrar por las ventanas. La primera preocupación de Dylan fue Abbie, pero enseguida la vio sentada encima de la cama.

-¿Estás bien, Abbie? -le preguntó, al tiempo que se dirigía de inmediato hacia ella, siendo detenido por la punta de un rifle en manos de Hoss Redkins hijo.

-Estoy bien -se apresuró a decir Abigail.

-Vaya, vaya, así que tu papá te envió a hacer este trabajo sucio -se burló Dylan.

-Esto no tiene nada que ver con mi padre -aseguró el hijo de Redkins-. No está al corriente.

-¿Y qué pretendes con esto?

-Importar una mercancía importante a través de la frontera canadiense. Ya sabes que el noroeste de esta finca limita con la frontera de Canadá. El viejo Pete nunca prestó demasiada atención a lo que pasaba al í, pero yo sabía que el nuevo propietario de la finca no lo dejaría pasar por alto. Por eso insistí a mi padre para que

comprara esta finca.

-¿Así que tú eras el que quería comprar la finca?

El hijo de Redkins asintió.

-No podía permitir que nadie me estropeara el negocio.

-¿Y qué clase de negocio es ése? ¿De ganado?

El joven se echó a reír.

-Es algo mucho más lucrativo.

-Drogas -dijo Dylan.

-Nada peligroso. Tan sólo marihuana -intervino Randy.

-¿Y tú cómo te metiste en este lío?

-Necesitaba dinero.

-¿Y qué tenemos que ver Abbie y yo en esto?

-Todo es culpa tuya. Si te hubieras ocupado de tus propios asuntos y no te hubieras detenido a ayudar a Abbie, nada de esto habría ocurrido. Yo era el que iba a ayudarla aquel día en que se desbocó su caballo. Lo tenía todo planeado.

-¿Así que fuiste tú el que pusiste los erizos debajo de la silla de montar? -preguntó Dylan.

-Así es. Tal vez a Salvaje no le gusten los extraños al principio, pero había estado ocupándome de ella durante un mes para que confiara en mí.

-¡Eres un hijo de...! -gruñó Dylan.

Dylan se abalanzó sobre Randy y empezó a vapulearlo como haría un terrier con una rata, pero de repente Redkins, hijo le golpeó en la pierna lesionada con la culata del rifle.

Dylan cayó de bruces, pero no se golpeó en la cara porque la protegió con las manos.

Lo malo fue que para hacerlo tuvo que soltar a Randy.

-¡Vaya Redkins, parece que no te rompí el pie en el baile después de todo! -dijo Dylan, apretando los dientes por el dolor que sentía en la pierna.

-No gracias a ti precisamente. Mi padre no es que sea el hombre más inteligente del país y no fue muy amable por tu parte aprovecharte de ello con todas esas estúpidas amenazas sobre maldiciones gitanas.

-O sea que el mal de ojo no funcionó contigo -le dijo Dylan.

-¡Bingo!

-Entonces tendré que probar con otra cosa, ¿no te parece?

-La verdad Janos es que te admiro por tu perseverancia. No te das por vencido fácilmente. En otras circunstancias podríamos haber trabajado juntos.

-Me parece que en esta vida no.

-Pues entonces tal vez en la siguiente. Porque ésta se te está acabando.

-Yo tenía que haber rescatado a Abbie, para que ella se apoyara en mí. Y cuando reventé los neumáticos debía haber acudido a mí. Tenía que haberse enamorado de mí.

No de ti.

-Escucha -le dijo Dylan, con suavidad-, ¿por qué no dejas que se vaya Abbie...?

-Muy caballeroso de tu parte, pero ella debe desaparecer también -intervino Redkins, hijo-. Así su padre heredará el rancho y se lo venderá al mío. A mi querido padre nunca se le ocurrirá tratar de averiguar qué es lo que pasa en el norte de la finca. ¿Por qué habría de hacerlo? Ya tiene a su hijo ocupándose de todo por él.

-Sí, su hijo, el camello.

-La marihuana no es peligrosa.

-Muy considerado por tu parte.

-Lo intentamos al modo de Randy, dejándole que tratara de asustarla para que vendiera, pero es una testaruda.

-Sí, es un rasgo de su carácter -dijo Dylan, mientras pensaba qué podría hacer para salir de aquello.

-Pero, dijiste que no ibas a hacer daño a Abbie -protestó Randy, que se acababa de dar cuenta de lo que había dicho Redkins-. No me voy a quedar aquí sentado mientras haces daño a Abbie.

-¡Entonces tendrás que sentarte... por allí! -Redkins le apuntó con el arma y después señaló la cama-. Átalo, Janos.

-¿Por qué había de hacerlo?

Dylan sabía que Redkins no les iba a dejar marchar porque sabían demasiado, así que les convenía que Randy siguiera distrayendo a su carcelero hasta que se le ocurriera algo. Si pudiera conseguir que Randy les ayudara...

-Porque dispararé a Abbie si no lo haces -respondió Redkins-. Bueno, no importa, la verdad es que si quieres que se lleve a cabo, lo mejor es que lo hagas tú mismo -sin más golpeó a Randy con la culata del rifle hasta dejarlo inconsciente-. Bueno, un idiota menos.

-¿Eres siempre tan amable con tus empleados? -le preguntó Dylan, burlón.

-¿Trabajas para una estúpida escritora de novelas rosas y te crees muy inteligente?

-Yo no soy ninguna estúpida -se apresuró a decir Abigail con dignidad. De repente se dio cuenta de que mantener la dignidad con un gusano como Redkins no merecía la pena y dando rienda suelta a su rabia esta vez le gritó-: ¡No soy ninguna estúpida!

-Pues no lo demuestras mucho gritando a un hombre que está apuntándote a ti y a tu amante vaquero -dijo Redkins, echándose a reír a carcajadas.

-¡No me gusta que se rían de mí! -gritó Abigail enfadada, al tiempo

que ponía las manos en la mesa y se apoyaba en ella, como para dar más entidad a su afirmación.

Al hacerlo la mesa, tan inestable como siempre cayó con gran estruendo.

Y aquello era justo lo que necesitaba Dylan…

Capítulo Diez

Dylan consiguió hacer que a Redkins hijo se le cayera el rifle de las manos. El arma aterrizó en el suelo, pero antes de que Dylan pudiera recogerla, Hoss le dio un puñetazo en el estómago.

Abigail hizo una mueca de dolor, como si se lo hubieran dado a el a, mientras trataba de liberarse de las ataduras que la tenían sujeta. Pero por más que se retorcía, el rifle permanecía lejos de su alcance.

Incluso tratando de alcanzar el rifle, no quitaba ojo a la pelea que tenía ante sí. Dylan era más rápido que Hoss hijo, pero este pesaba unas tres veces más. Tenía los puños de gran tamaño y golpeaba con ellos a Dylan que también le daba lo suyo. Cuando asestó un gancho con la izquierda a Hoss en la mejilla, Abigail empezó a gritar, dando botes:

-¡Ya es tuyo! ¡Ya es tuyo!

Por desgracia Dylan se distrajo al oírla y Hoss hijo volvió a golpearlo... y con fuerza.

Al verlo, Abigail hizo aún un esfuerzo mayor para alcanzar el rifle. Un poco más... un centímetro más...

Ya casi tenía la mano en la culata, cuando los dos hombres se tambalearon hacia atrás, y no sólo estuvieron a punto de pisarle los dedos, sino que empujaron el arma hasta la pared. Entonces, compungida, Abigail se dio cuenta de que ya no tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo, porque seguía atada y su movilidad era muy limitada.

De repente vio el jarrón en el que había colocado las flores el día anterior, que milagrosamente no se había roto tras caer la mesa. Lo tomó en sus manos y esperó hasta tener a Hoss a su alcance para golpearle en la cabeza con él, viendo entonces como caía al suelo sin conocimiento.

-¡Mi heroína! -exclamó Dylan, burlón.

-¡Oh, Dylan! -le agarró con la mano que tenía libre, atrayéndolo hacia ella, y sujetándolo entonces también con la otra mano.

Dylan le devolvió el abrazo.

-Déjame soltarte primero -le dijo, rozando sus labios con un beso que estaba lleno de promesas y algo más... En cuanto la liberó, Dylan le levantó el brazo derecho para besarle el interior de la muñeca, donde tenía la piel enrojecida por las cuerdas-. ¡Pobrecita mía!

-susurró contra su piel.

Hoss gruñó a sus pies, recordándoles su presencia. Haciendo gala de una sorprendente habilidad y eficiencia, Dylan utilizó la cuerda que había tenido prisionera a Abigail para atarlo, del mismo modo en que habría atado a una ternera en un rodeo: las manos y los pies juntos.

-Hay que darle un diez a este vaquero -gritó Abigail, como si formara parte del jurado.

Dylan la miró y le dedicó una de sus encantadoras sonrisas. Después se levantó a toda prisa y se refugió en los brazos que le tendía Abbie.

-He pasado tanto miedo pensando que pudiera hacerte daño. Oh, tu pobre labio

-Abigail acarició con ternura la perfecta curva de la boca masculina, ensangrentada porque Hoss le había partido el labio.

-No es nada. Lo que me daba miedo era que pudieran hacerte daño a ti -le dijo con suavidad-. ¿Seguro que estás bien? ¿No te han hecho daño? No podría soportar que te pasara algo.

-¡Oh, Dylan...! -le comió la boca a besos, evitando la zona herida.

Como era muy ingenioso, Dylan mantuvo una presión ligera sobre los labios de Abigail, y sin embargo intensificó el beso usando la lengua, que después de todo, no había resultado herida en la pelea.

Los besos apasionados hicieron sentir a Abigail un temblor en las rodillas y el deseo de más.

Hambriento de ella, Dylan no hacía más que apretarla contra él, sin dejar de recorrerle la espalda desde la nuca.

Al ver que hacía una mueca de dolor cuando le besaba la mejilla, Abigail se separó un poco de él.

-Has sido tan valiente viniendo aquí solo a salvarme...

Dylan se encogió de hombros.

-Ya sabes lo que se suele decir: cuando todo lo demás falle, compórtate con valentía.

En los rodeos solemos decir: ¡ánimo vaquero!

-Ahora no hace falta que te animen -se burló, al ver lo excitado que estaba.

Frunció el ceño, fingiendo enfadarse por lo que le había dicho.

-Estoy tratando de hablar en serio.

-¡Vaya, entonces hoy debe ser un gran día!

-Sí que lo es. El día en que te quiero pedir que te cases conmigo.

Abigail apoyó las manos en su pecho para separarlo de ella y lo miró con desaprobación.

-No me hace ninguna gracia.

-No estaba tratando de hacerme el gracioso. Esto es tan duro para mí como para ti...

-¡Vaya modo tan romántico de pedirme que me case contigo! -ironizó-, diciéndome que el matrimonio puede ser duro.

-Me refería al hecho de pedírtelo.

-Todavía no te lo he oído pedir.

-¿Te quieres casar conmigo?

-¿Por qué habría de querer?

-Porque te quiero, fierecilla. Mis días de vagabundeo han terminado -se pasó los dedos por el pelo-. He encontrado la libertad en

ti. Y ahora, ¿te vas a casar conmigo o no?

Después de todo lo que habían pasado juntos, ya no tenía importancia el hecho de que Dylan fuera más joven que el a. Lo importante era que estaba vivo y la amaba.

-Sí, sí -susurró-. Claro que me casaré contigo.

Dylan la estrechó de nuevo en sus brazos y la besó apasionadamente, sin acordarse siquiera de que tenía el labio roto.

En la seguridad que sentía en sus brazos, Abigail supo que estaba donde debía estar.

Al igual que las montañas le habían proporcionado la paz, el abrazo de Dylan la inundaba de alegría.

Al principio pensaron que el sonido que oían lo hacía la sangre golpeándoles las sienes, hasta que se dieron cuenta de que era un sonido que procedía de algún lugar por encima de sus cabezas.

-¡Vaya, me había olvidado de ellos! -se lamentó Dylan, tras separar de mala gana sus labios de los de Abigail.

-¿De quién? ¿Qué es ese ruido?

-Un helicóptero -Dylan abrió la puerta, pero en vez de agitar los brazos para que lo vieran, sacó el teléfono móvil de una de las bolsas de su sil a de montar.

-Como sabía que el sheriff Tiber no haría nada, pedí refuerzos de otra jurisdicción. Aquí Dylan. Cuando queráis. Estamos listos -contestó, tras apagar el teléfono, vio como lo miraba Abigail-. ¿Qué pasa?

-Corrígeme si me equivoco, pero ¿no eres tú el mismo que puso aquella cara de asco cuando le hablé de que esperaba una llamada importante de mi editor en mi teléfono móvil?

-¿Cuándo?

-El día que me salvaste. Me miraste como si yo fuera una extravagante estrella de Hollywood.

-Recuerdo haber pensado que debías ser muy cara de mantener.

-¿Y ahora qué piensas?

-Que no puedo vivir sin ti -se limitó a decir.

La hubiera estrechado entre sus brazos, pero el ruido del helicóptero aterrizando había asustado a su caballo, así que con una de las manos tenía que sujetarlo para que no saliera corriendo.

Aterrizó en un claro, lo bastante cerca como para recoger fácilmente a Hoss hijo y a Rady, pero no tanto como para asustar a los caballos.

-Iremos más tarde a Missoula para prestar declaración -dijo Dylan a los policías.

Abigail no se relajó hasta no ver desaparecer el helicóptero tras las montañas.

-¿Sabes lo que me gustaría hacer en este momento? -le dijo

Abigail.

-¿Tiene algo que ver con fresas y nata montada? -le preguntó Dylan, con picardía.

Ella sonrió.

-Podría ser... Lo que deseo es ir a casa, darme un baño caliente y...

-¿Y?

-Y hacer el amor contigo.

-Me parece un plan excelente.

Como no quería separarse de Abbie ni un momento, Dylan la llevó con él hasta el rancho a lomos de su cabal o, mientras que Salvaje los seguía, sin jinete.

-Esto me trae recuerdos -le dijo Abbie, echando la cabeza hacia atrás y apoyándola en el pecho de Dylan-. ¿Es ésta la tercera vez que cabalgo en tu silla?

-Mi silla está siempre a tu disposición -le susurró al oído, con voz profunda y sexy.

Deslizó sensualmente la mano hasta el muslo de Abbie, y después la subió hasta cubrirle su zona más erótica con la palma de la mano.

-Si sigues así, dentro de poco haremos algo más que montar un caballo, vaquero -su tono de voz delató lo excitada que estaba.

Estaba empezando a pensar en darse la vuelta, hasta rodearle la cintura con las piernas y hacer el amor con él allí mismo, sobre el caballo, cuando se dio cuenta de que casi habían llegado.

-Estoy impaciente por tenerte conmigo en la ducha -le dijo, con una sonrisa seductora-.

Te aseguro que no te arrepentirás -por el rabillo del ojo vio a un grupo de gente a la puerta del rancho, aunque no pudo reconocerlos porque estaban todavía demasiado lejos-. Parece como si alguien hubiera convocado a una patrulla de búsqueda para nosotros.

-Algo parecido.

Abigail notó algo raro en su forma de decirlo y le preguntó:

-¿Quiénes son?

-Mi familia -contestó pesaroso.

-¿Tu familia? -lo miró horrorizada y guardó la compostura de inmediato, apartándose más de él-. ¿Qué están haciendo aquí? Todavía no estoy preparada para conocer a tu familia. ¡Menudas pintas tengo! Pensarán que soy una pordiosera.

-Lo que pensarán es que soy el hombre más afortunado del mundo.

-Imagino que sería demasiado descarado hacer dar la vuelta al caballo y encaminarnos hacia las colinas, ¿verdad? -le preguntó Abbie.

-Relájate. Conocer a mi familia no es nada comparado con lo que has pasado hoy.

-Sí, claro -murmuró, al tiempo que hacía que Viajero se detuviera a la puerta del granero. Abigail permitió que Dylan la ayudara a bajar

del caballo-. ¿Qué tal está tu pierna? -le preguntó, preocupada.

-Me vendría bien darme una buena ducha en compañía de una rubia de largas piernas

-le respondió, con una sonrisa picarona.

-Conozco a la mujer que necesitas -le aseguró Abigail, antes de echarle el sombrero hacia atrás y besarlo.

-Eh, hermano pequeño, habíamos venido a ayudarte, pero ya veo que lo tienes todo bajo control -se burló Michael.

-Estás en lo cierto -le respondió Dylan, sin apartar los ojos de Abigail.

Shem y Hondo se hicieron cargo de los caballos y Dylan estaba a punto de presentar a Abigail a su familia, cuando llegó Raj, casi sin aliento y abrazó a su amiga.

-Lo siento -dijo Raj, dirigiéndose a Michael-, no tenía la intención de entrometerme en esta pequeña reunión familiar.

-Tú eres como de la familia. Y tú también Ziggy -añadió Abigail, cuando el artista se acercó a abrazarla también.

Mientras ocurría todo esto, Dylan le preguntó a Michael.

-¿Cómo habéis llegado con tanta rapidez?

Antes de que Michael pudiera responder, un torbel ino con media melena negra se echó en brazos de Dylan. Abigail no sabía si enfadarse o no hasta que vio la cara de la joven. El parecido de familia era claro.

-Me dan ganas de romperte todos los huesos por habernos tenido tan preocupados

-gritó Gaylynn, mientras volvía a abrazar a Dylan.

Al ver la mirada que le dirigía Dylan a su hermana, Michael se encogió de hombros y dijo lacónico:

-Gaylynn y Hunter habían ido a Chicago para visitar a los viejos. Por eso te l amé anoche. Pero cuando me enteré de que tenías problemas, Hunter y yo decidimos venir a ver si podíamos echarte una mano para recuperar a tu dama.

-Hunter es oficial de policía -le dijo Dylan a Abigail-, y ha estado lo bastante loco como para comprometerse con esta hermana mía tan salvaje.

-Hunter tiene un primo que trabaja en unas líneas aéreas...

-Hunter tiene muchos primos -intervino Gaylynn, soltando por fin a Dylan de su fraternal abrazo.

-Bueno, él yo íbamos a venir solos...

-Pero Gaylynn y yo no les hemos dejado -dijo, Brett-. Yo soy Brett Janos, la única persona normal de esta familia -tendió la mano a Abigail-. Soy la esposa de Michael y supongo que ya te habrás dado cuenta de que Gaylynn es la hermana de Dylan y Michael. Y ese hombre tan callado que está detrás de mí, haciendo esfuerzos para no

echarse a reír, es Hunter Davis, el marido de Gaylynn.

-Brett no es la única normal de la familia -replicó Hunter, con acento sureño-. Yo también soy normal.

-No sé que decirte -protestó Michael-. He oído decir que tuviste una tremenda discusión con una sierra mecánica. No creo que eso sea muy normal.

-¡No le veo la gracia! ¡Estuvo a punto de matarlo! -dijo Gaylynn, mientras acariciaba el brazo de su marido.

-Michael y Hunter son amigos de toda la vida -explicó Dylan a Abigail y luego preguntó a Michael-: ¿Dónde está mi adorable sobrina Esperanza? Ya debería ser capaz de decir mi nombre.

-Los viejos la están cuidando en Chicago -dijo Michael-. Bueno, ¿nos vas a presentar a la dama o no, hermanito? Por cierto mañana vas a tener un bonito ojo a la funerala.

-Me alegro de que te guste -le respondió Dylan, con sorna-. Te presento a Abbie Turner, la mujer con la que me voy a casar.

Abigail no daba crédito a la presentación tan directa que Dylan acababa de hacerle.

La sorpresa debió hacerse patente en su rostro, porque Brett se acercó a el a y le dio una palmadita en el brazo.

-No te preocupes, Michael me presentó a su familia de un modo más o menos parecido. Estos Janos no tienen mucho tacto que digamos.

-Bienvenida a la familia -le dijo Gaylynn, dándole un cariñoso abrazo-. Ya te dije que funcionaría la caja mágica -le dijo a Dylan.

-¿De qué caja mágica habláis? -preguntó Abigail.

-¿No te ha dicho nada?

-He estado muy ocupado últimamente -masculló Dylan.

-¿Rescatando damiselas en peligro? -le preguntó Michael.

Abigail los contempló perpleja y pensó que estaba claro que se querían mucho. El más callado parecía Michael, el hermano mayor, que tenía unos preciosos ojos castaños y un rostro afilado de altos pómulos.

Por el contrario su mujer, Brett, era muy abierta y animada. Su pelo corto y sus ojos azules le daban un aire de duendecillo, pero sus botas de montaña y su indumentaria, incluyendo una camiseta que decía *Dedícale tiempo a los niños,* indicaban que era una mujer práctica, con los pies muy bien puestos en el suelo.

Gaylynn era una persona muy enérgica, morena, de pelo despuntado y unos ojos castaños a los que parecía no escapárseles nada. Estaba claro que su marido, canoso y con los ojos verdes más vivos que había visto en su vida, la adoraba.

De repente alguien le puso una mano en el brazo: era Shem, que cambiaba inquieto el peso de su cuerpo de un pie al otro y la miraba

con cara avergonzada.

-Me siento en la obligación de pedir disculpas por el comportamiento de mi hijo Randy

-le dijo-. Las autoridades me han l amado para contarme lo sucedido. Lo siento tanto...

Haré el equipaje y me marcharé esta misma noche.

Abigail le dio un abrazo.

-No fue culpa tuya, Shem. Y me encontraré muy perdida sin tu ayuda.

-¿Está segura?

-Por completo. Y no te eches la culpa por lo sucedido con Randy. Y para que te sientas mejor te diré que estoy segura de que no quiso hacerme daño en ningún momento. De hecho me defendió delante de Hoss hijo.

-Gracias por decírmelo -le respondió Shem, antes de despedirse con un movimiento de cabeza.

Al verle marcharse, Abigail recordó de repente que aún tenía puesta la misma ropa de montar del día anterior. La reunión de familia tendría que continuar sin ella hasta que se diera una ducha... sola, por desgracia.

Diez minutos más tarde estaba otra vez abajo, con el cabello húmedo enrollado en una toalla, ropa limpia y oliendo a lilas. Al verla, Dylan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no estrecharla en sus brazos al í mismo.

Dylan se apresuró a colocarle los cojines detrás de la espalda en el sofá. La mirada burlona que le dedicó su hermana no pasó desapercibida para Abigail, que llegó a la conclusión de que aquel a era una faceta nueva de Dylan.

-Estoy bien -le dijo Abigail, indicándole que se sentara a su lado, para que no estuviera revoloteando como un moscón a su alrededor-. Ahora, cuéntame más sobre la caja cíngara.

-Es muy antigua -intervino Gaylynn, al ver que su hermano había perdido el habla, al mirar a Abigail-, lleva muchos años en la familia.

-La leyenda dice que una de cada dos generaciones déjanos encontrará el amor, si lo está buscando, después de abrir la caja -añadió Michael.

-Siempre terminas lo que yo he empezado a contar -protestó Gaylynn.

-Porque tardas siglos en decir las cosas.

-No has contado la parte más importante de la historia, la de la joven gitana que se enamora de un conde que no la amaba y desesperada acude a que le hagan un hechizo pero no se lo hicieron bien. Como ha dicho Michael, la primera persona que ves es de la que te enamoras. A Hunter y a mí nos funcionó, te lo puedo asegurar.

-Tú estabas enamorada de Hunter desde los catorce años -protestó Dylan.

-También funcionó con Michael y Brett -continuó Gaylynn-, y ahora con vosotros dos.

Tú fuiste la primera persona que vio Dylan tras abrir la caja.

-Ya te he dicho que Abbie me atrajo desde la primera vez que la vi -le dijo Dylan-.

Incluso antes de tener la caja.

-¿Y qué hay de lo bien que cantas ahora?

-¿Cantar? -intervino Michael-, dime que no lo hace.

Abigail acudió enseguida en su defensa.

-Dylan tiene una voz preciosa.

-Entonces, eso prueba que la caja es mágica de verdad -aceptó Michael, con sorna.

-Convirtió a Michael en un imán para los niños -dijo Brett-, antes no le gustaban, ni ellos se sentían a gusto con él. Deberías verlo ahora.

-Papá me dijo que estabais pensando en abrir un hogar para niños abandonados.

Brett asintió.

-Haréis una labor estupenda. Estoy seguro.

-Gracias -dijo Brett-. Tu padre dijo que la l ave que hay dentro de la caja ha abierto el corazón de Michael.

-¿Qué l ave? -preguntó Dylan-. Dentro de la caja lo único que había era una piedra plana.

-¿Una piedra? ¡Qué estás diciendo! Había una preciosa llave grabada. Más te vale no haberla perdido -dijo Michael.

-Estáis locos los dos -intervino Gaylynn-, lo que había era un medallón.

-Hay un modo muy fácil de terminar con esta discusión. Iré a buscar la caja.

Se fueron todos con él a la casa del capataz, colocándose alrededor de la mesita donde Dylan tenía la caja. Como Dylan la llevaba de la mano, para que no se apartara de él ni un momento, aunque Abigail no tenía ninguna intención de hacerlo, estaba lo suficientemente cerca como para apreciar los grabados de la caja. En la parte izquierda se veían cuatro lunas llenas, y a la derecha un sol poniente, con una especie de piedras rojas en el centro, aparecía un barco con las velas al viento. En el horizonte se adivinaba una cadena montañosa.

De repente Dylan movió los dedos y Abigail vio que habían estado tapando la figura de un hechicero, situada en la parte delantera de la caja.

-Venga, os enseñaré lo que hay dentro -dijo Dylan.

La caja estaba vacía.

-¡Vaya. Has perdido el medallón! -exclamó Gaylynn.

-Y la llave -dijo Michael.

-¡Ya os he dicho que lo que había era una piedra plana! -aseguró Dylan-. Os juro que estaba dentro.

-¿Qué es esto? -preguntó Abigail, señalando el fondo de la caja, donde había dos palabras grabadas a fuego en la madera.

-No lo sé. No las había visto antes.

-Yo tampoco -dijo Gaylynn-. Déjame pensar un poco en el o. He leído todo lo que he podido sobre esta caja, y en ningún momento menciona lo que había dentro. Es posible que cada uno de nosotros haya visto lo que necesitaba en aquel momento. Michael vio una l ave porque la necesitaba para abrir su corazón, tan cerrado hasta entonces a los demás. Y yo... yo vi el medallón. Era casi como una medalla al valor, y la verdad es que me dio fuerza cuando más la necesitaba. Tal vez no hubiera sido capaz de salvar la vida de Hunter cuando fue herido por la sierra eléctrica de no haber sido por ese medallón.

-Entonces, ¿qué se supone que ha hecho por mí la piedra plana? -preguntó Dylan.

Gaylynn frunció el ceño un momento pensativa hasta que, de repente se le iluminaron los ojos y chascó los dedos. ¿Estás seguro de que la piedra era plana?

-Sí -respondió Dylan-, no había visto nada parecido en mi vida.

-Una piedra plana no puede rodar, así que supongo que significa que tus días de rodar por el mundo como una piedra han terminado.

-¿Y estás palabras que significan? -preguntó Abigail, al tiempo que pasaba los dedos por el as, asombrada del calor que parecían emanar.

-Están escritas en húngaro -dijo Michael.

-Llama a casa y pregunta a papá -le dijo Dylan, alcanzándole el teléfono móvil.

-¿Papá? Sí, soy Michael. No, no pongas a Esperanza al teléfono... ¡Hola cariño! ¿Qué tal está la niña de papá? Muy bien, cielo, ahora dile al abuelo que se ponga -colorado como un tomate, les dio a todos la espalda y se puso a hacer una serie de ruiditos infantiles al teléfono. Abigail se dio cuenta de que Hunter y Dylan estaban haciendo unos esfuerzos tremendos para no echarse a reír, mientras que Brett miraba a su marido con tanto amor, que se le hizo un nudo en la garganta al contemplarla-. Escucha papá, tenemos que hacerte una pregunta sobre la caja húngara ¿Sabes lo que se supone que hay en la caja? Ya sé que te dije que había encontrado una llave, pero parece ser que los demás han encontrado otras cosas. ¿Es eso parte de la magia? ¿Y qué me dices de esto? -le deletreó las palabras escritas en el fondo-, ¿qué significa? Deja de reírte y dime lo que significa. ¿Cómo? No te entiendo. Ya, ya, vale, papá. Gracias papá y deja de reírte de ese modo o te va a dar algo.

-Bueno, ¿qué significan esas palabras? -preguntó Gaylynn.

-El amor hechiza.

-¡No me puedo creer que por fin estemos solos! -dijo Dylan, suspirando aliviado.

-Espero que tu familia se sienta cómoda en la casa del rancho -comentó Abigail, preocupada.

-Seguro que sí. De lo que no estoy tan seguro es de lo cómodos que estaremos nosotros en esta cama tan estrecha.

Abigail había dejado su cama a Michael y Brett, mientras que Gaylynn y Hunter dormían en una cama plegable que había en la sala de estar. Antes de acostarse, Abigail había estado dando consejos a Gaylynn sobre su actual trabajo como bibliotecaria en Lonesone Gap y ésta le había pedido además que le firmara un autógrafo en un ejemplar de su último libro.

Como Dylan dormía en la cabaña del capataz, Abigail había decidido quedarse allí con él.

-Estoy segura que podremos solucionar lo de la cama -dijo Abigail a Dylan con timidez, aunque sonriendo picarona, mientras le desabrochaba los botones de la camisa. Dylan, lejos de dejarse engañar por su tono de voz, se sintió intrigado por la promesa que leía en sus ojos azules y cautivado por su perfume de lilas.

-Siempre me han encantado las lilas -murmuró haciéndole cosquillas con la nariz en el cuello.

Epílogo

-Dime que no estoy loca por estar haciendo esto -pidió Abigail, nerviosa mientras se ponía su vestido de novia blanco de estilo Victoriano.

-No estás loca -le dijo Raj, obediente.

-Lo dices sólo para complacerme.

Raj levantó la vista al techo con resignación.

-¡Éh! ¿Qué tal van las cosas por ahí? -preguntó Gaylynn, asomando la cabeza por la puerta.

-Está un poco asustada -dijo Raj.

-¿Asustada yo? Di más bien aterrorizada.

-Bueno, era de esperar -afirmó Gaylynn.

-¿De esperar? -repitió Brett, que acababa de entrar-. ¿Estáis hablando de estados de buena esperanza? Ya me ha dado Hunter la buena noticia de tu embarazo. ¡Me alegro tanto por ti! -Bret abrazó a su cuñada con cariño.

-Debería habértelo dicho yo misma, pero... no quería disgustarte -le dijo Gaylynn.

-No te preocupes -al ver lo confusa que les miraba Abigail, Brett decidió explicárselo todo-. No puedo tener hijos propios, pero eso no significa que no vaya a tener hijos. Ya he adoptado a la pequeña Esperanza y Michael y yo estamos cada vez más decididos a crear una casa de acogida infantil. De hecho ayer nos dieron la noticia de que nos vendían una enorme casa victoriana en Du Page por el precio que habíamos ofrecido.

Necesita algunos arreglos, pero es preciosa y a mí se me da bien el bricolaje. Tiene cuatro habitaciones grandes y un patio con un roble, perfecto para poner un columpio. Y

esta boda también va a ser perfecta -aseguró Brett, acercándose a dar un abrazo a la nerviosa Abigail.

-Gracias, lo necesitaba. No puedo creerme que esto me esté sucediendo de verdad.

¿Puede algo ser tan perfecto? Pero si hasta a mi padre le cae bien Dylan, a él que nunca le gusta nadie.

-Dylan produce ese efecto en la gente -afirmó Gaylynn, con orgullo de hermana-. Todo el mundo se da cuenta de la tremenda confianza en sí mismo que tiene.

-¡Dime que no me he vuelto loco para estar haciendo una cosa así! -murmuró Dylan, al tiempo que se ajustaba, con dedos temblorosos, el lazo negro de cuero que se había puesto al cuello de su recién estrenada camisa blanca.

-No digas tonterías -le dijo Michael-. La verdad es que me encanta verte tan nervioso, aunque sigo diciendo que deberías haberte puesto un chaqué, como el mío y no sólo una americana -Dylan llevaba una

americana y unos vaqueros.

-No le hagas caso -le aconsejó Hunter-. Lo que le pasa es que le da rabia haberse tenido que poner chaqué. \b he sido más inteligente y me las he ingeniado para librarme.

Tampoco estaba tan loco como para ser el padrino.

-¡Lo-co! -chilló Esperanza, encantada de colgarse de la pierna de Michael. Después retrocedió unos pasos y volvió a correr hacia él, se agarró de nuevo a su pierna y aplastó la nariz contra ella-. ¡Lo-co! -esta vez su voz sonó más amortiguada, pero no menos alegre.

-Creía que a las chicas no les estaba permitido entrar aquí -fingió decir Hunter con enfado.

-Estate tranquilo. Esperanza es demasiado pequeña para revelar ningún secreto que se nos pueda escapar aquí. ¿Verdad, renacuajo?

-¡Se-cre-tos! -gritó Esperanza.

-Bueno, no se puede decir que sea una mujer cal adita precisamente -se burló Hunter.

-Sí, bueno, ya verás por ti mismo lo que es ser papá dentro de... siete meses, más o menos, ¿verdad? -replicó Michael.

-¿Así que Gaylynn te ha contado lo del bebé?

-A mí no me lo había dicho -se quejó Dylan.

-Porque tú te vas a casar dentro de -miró su reloj-... diez minutos.

-¿Diez minutos? -Dylan palideció-. ¿No deberíamos estar ya en el altar esperando a la novia?

-¡Pues sí! -respondieron Hunter y Michael al unísono.

-¡Vaya ayuda que tengo con vosotros! ¿Dónde está papá?

Como si hubiera oído mencionar su nombre, Konrad Janos hizo su aparición por la puerta en aquel momento.

-¿A qué se debe este retraso? -preguntó, al tiempo que se acercaba a Esperanza para hacerle una carantoña-. Vas a llegar tarde a tu propia boda, Dylan. Michael, ¿por qué estás tan despeinado?

Dylan no pudo evitar sonreír al notar la timidez de su hermano, que se apresuró a colocarse el pelo con una mano, mientras que con la otra sujetaba a su hija.

-Fue la niña, ¿verdad? Has estado haciéndole el caballito otra vez.

-Es como el Flautista de Hamelín de los niños. Van detrás de él como si fueran ratones

-bromeó Dylan.

-Sí, y no le podría haber pasado a un tipo más duro -aseguró Hunter, dándole una palmadita amistosa en la espalda.

Si las miradas matasen Dylan y Hunter habrían caído fulminados, pero en cambio reían con ganas.

-Ya basta -dijo Konrad, haciendo un gesto con la mano-. Ya ha llegado la hora... la hora de que vea casarse a mi hijo menor -se limpió una lágrima.

-Eh, creía que era el novio el que tenía que llorar -bromeó Dylan.

Konrad abrazó a su hijo con fuerza, mostrándole así todo su cariño.

-Vamos, ya ha llegado el momento.

Abbie caminó muy erguida hacia el altar del brazo de su padre. Aquella era la boda de sus sueños; ni en sus novelas podía haber escrito una escena mejor. Dylan estaba guapísimo con su mejor traje vaquero. Lo amaba tanto. En eso si que no tenía ninguna duda.

¿Entonces, por qué se le había quedado la mente en blanco? El sacerdote la estaba mirando de un modo extraño. ¿Le habría dicho algo? ¿Sería ésa la parte en que debía poner el anillo en el dedo de Dylan, o hacer las promesas? Oh, ¿por qué habría bebido aquel licor húngaro la noche anterior? Sin duda era esa la razón por la que sus pensamientos estaban tan confusos.

El pánico estaba a punto de hacerle perder el control, cuando Dylan le apretó los dedos temblorosos con suavidad y se inclinó hacia el a para susurrarle al oído:

-Este vaquero está listo para ti, Abbie.

Su sonrisa era contagiosa, como también lo era su amor. El pánico de Abbie desapareció de repente y pudo pronunciar las promesas nupciales con seguridad, pero antes susurró con picardía a su futuro marido:

-Ya me encargaré yo de que sea así.